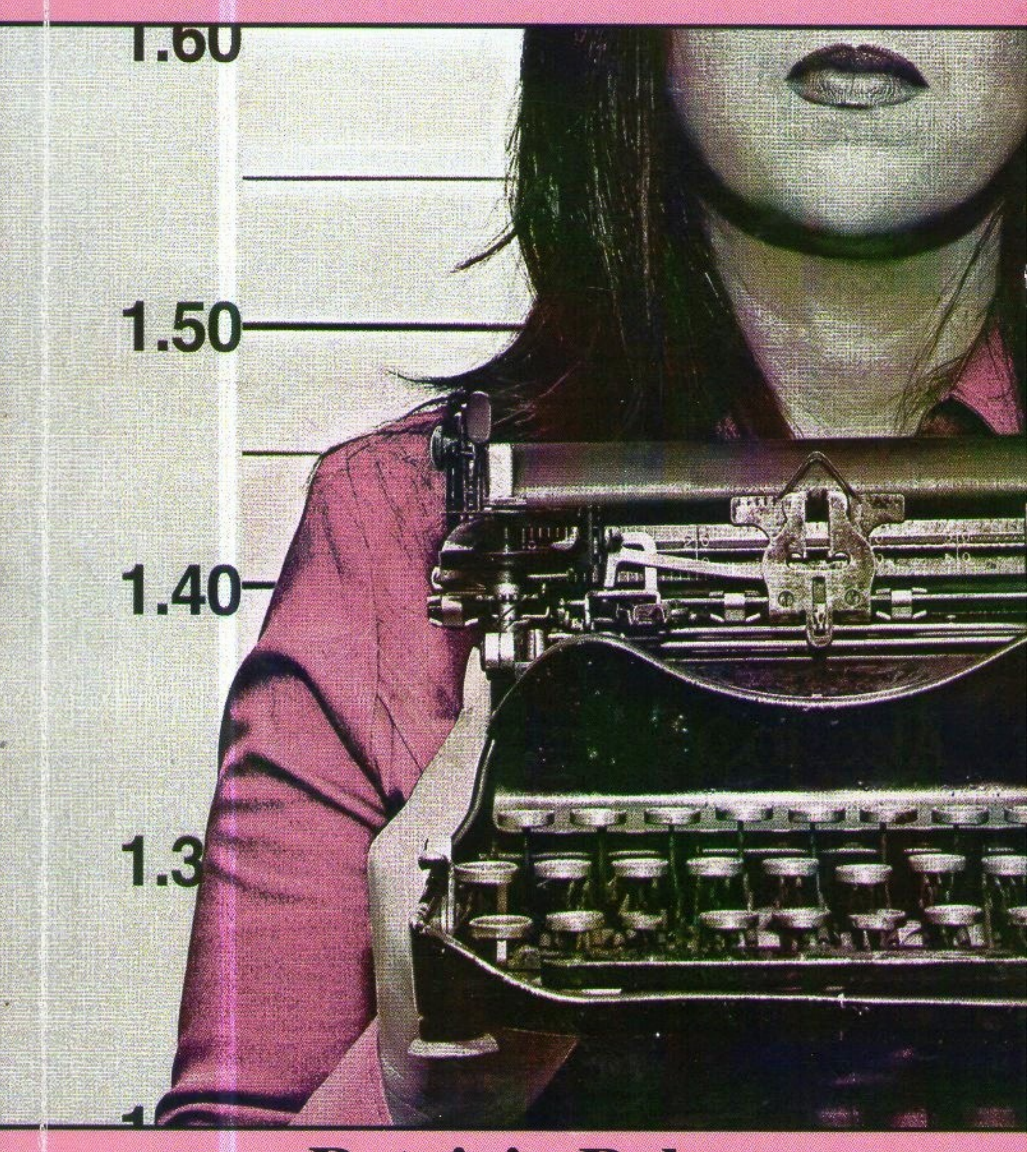
FUGITIVA en Rosa



Patricia Poleo

Fotografías y Diseño de Portada: Marlene Mata
Corrección: Marina Jacinto
Primera Edición: Noviembre del 2011
ISBN: 978-0-615-55867-7

Para contactos: www.patriciapoleo.com
email : fugitivaenrosa @ patriciapoleo.com

Impresión: Rodes Printing
8369 SW 40 ST.
Miami Fl. 33155
305 559 5263

UN TIEMPO PARA TESTIMONIAR

Hay un tiempo para todo y un momento
bajo el cielo para hacer cada cosa:
hay un tiempo de nacer y otro de morir;
un tiempo para plantar
y un tiempo para cosechar.
Un tiempo de dar muerte, y otro para sanar;
un tiempo de destruir
y un tiempo para construir.
Un tiempo para llorar y otro para reír;
un tiempo para los lamentos
y un tiempo para las danzas.
Un tiempo de esparcir piedras
y otro para recogerlas;
un tiempo de abrazarse y otro para separarse.
Un tiempo para ganar y otro para perder;
un tiempo de callar y otro de hablar.
Un tiempo para amar y otro para odiar;
un tiempo para la guerra
y un tiempo para la paz...

Eclesiastés 3,1 **-8**

DEDICATORIA

A mi hija Germania Patricia, compañera inseparable en este destierro doloroso.

A mi esposo Nixon Moreno, el amor en tiempos de Exilio y más allá.

A mis padres, artífices de mi carácter libre e indoblegable.

A todos los presos y perseguidos políticos que sufren la injusticia impuesta por el gobierno oprobioso de Hugo Chávez.

A los amigos que se fueron antes de tiempo, sin mi permiso, sin darme tiempo para despedirlos.

A todos los que han intentado dañarme con sus comentarios injuriosos y que sólo han logrado fortalecer en mí la fe.

A Venezuela, la tierra que me vio nacer, en la que aprendí el valor de la libertad, y la justicia, y a la que volveré en el tiempo perfecto de Dios.

Patricia Poleo

AGRADECIMIENTOS

A la "Profe" Mariaelena Morín Kannee, por haber sido la primera persona en darme la idea de dejar por escrito mi testimonio.

A mi familia en el exilio, especialmente a José Antonio Colina, Juan Olivares, Norma Reglero, Kennedy Bolívar, Franlirbeth Fajardo, Rommel Ramírez y Ñika que estuvieron todo el tiempo a mi lado apoyándome.

A Gonzalo Tirado quien siempre creyó en el éxito de este testimonio.

A Alejandra Romero que ejerció la presión necesaria y definitiva cuando pensé que no lo iba a culminar.

A Marlene Mata por el diseño de la portada que encierra todo lo que es este libro.

A Marina Jacinto por corregir esta obra sin perturbar en un ápice mi estilo.

A Federico Alves que me auxilió cada vez que los problemas técnicos se oponían a que avanzara escribiendo.

A Carlos Barrera, amigo, apoyo y guía.

A mis colegas periodistas en Venezuela, Estados Unidos, Perú y el mundo entero que no permitieron que mi caso quedara en el olvido.

A todos los que anónima o públicamente contribuyeron con mi salida de Venezuela, especialmente a Eligio Cedeño, permitiendo que este libro pudiera ser escrito en libertad y no tras las rejas.

A la comunidad cubana que ha acogido a los venezolanos con afecto y solidaridad.

A Estados Unidos y cada país del mundo que ha recibido un perseguido venezolano dándole la protección de asilo.

A los lectores de mi trabajo periodístico, que han seguido con avidez y lealtad cada una de mis investigaciones.

A Dios, que me ha dado la fortaleza para resistir y seguir luchando.

PRÓLOGO

PATRICIA POLEO
Y EL CÁRTEL DE CHÁVEZ

Carlos Alberto Montaner

Este libro, sin proponérselo, es un excelente manual para entender la perversidad del chavismo. Cuenta la historia de cómo el régimen bolivariano construye una retorcida trama policíaca para incriminar a sus adversarios y asesinarlos o encerrarlos en la cárcel. Quien lo lea llegará a la inevitable conclusión de que Venezuela no es una república organizada en torno al principio de que todas las personas deben subordinarse a la autoridad de la ley y al funcionamiento independiente de las instituciones, sino de que el Estado en ese país funciona como una mafia vertical en la que el capo y sus ayudantes hacen lo que les da la gana. Engañan, torturan y matan sin otro objetivo que mantenerse en el poder y silenciar a sus críticos. Más que un gobierno, estamos en presencia de un cártel político.

Patricia Poleo es la autora del libro, y, muy a su pesar, la protagonista y víctima del terrorífico atropello que aquí relata. Se trata de una joven y brillante periodista venezolana, hija de Rafael Poleo, uno de los grandes periodistas y analistas de su país, a la que el régimen de Hugo Chávez obligó a exiliarse en Miami. La acusaron, nada más y nada menos, de ser la autora intelectual del oscuro asesinato del fiscal Danilo Anderson junto a otras personas a las que ni siquiera conocía y que, como ella, nada tenían que ver con el crimen. El episodio se saldó con el asesinato de dos inocentes que fueron previamente torturados: Antonio López Castillo y Juan Carlos Sánchez, y el confinamiento de Juan Bautista, Otoniel y Rolando Guevara. Los crímenes fueron cometidos por la policía política, la Disip, tal vez bajo la orientación de los servicios cubanos, omnipresentes en casi todas las actividades represivas que se llevan a cabo en Venezuela.

Cuando pasen los años y el chavismo sea historia pasada, este relato, muy bien contado en primera persona por Patricia Poleo, será mucho más elocuente que cualquier estudio académico para desmontar la falacia de que el régimen venezolano se sostenía por medio de una suerte de legitimidad democrática. No es cierto: el chavismo ha sido erigido sobre la sistemática violación de las leyes y de la propia constitución que el teniente coronel hizo aprobar apenas comenzado su mandato.

Chávez controla los cuerpos represivos, el poder legislativo, el judicial, una buena parte de los medios de comunicación y la inmensa riada de petrodólares que desde hace más de una década inunda las arcas del país. Eso le permite llevar a cabo impunemente cualquier clase de abuso contra quienes se le oponen y presentar los hechos, además, de una manera totalmente distorsionada en la que la víctima parece el victimario y el crimen se desdibuja en medio de una espesa capa de mentiras, medias verdades o, sencillamente, silencios. Eso le permite -con los inmensos recursos que maneja- comprar conciencias, intimidar, arruinar y tratar de destruir a los espíritus libres que tienen el valor de oponérsele.

Uno de esos espíritus libres es Patricia Poleo. Chávez no ha podido con ella. No podrá nunca.

ÍNDICE

LA

CLANDESTINIDAD

I

CULPABLE POR DECRETO

Salir para nunca más volver

Un horror. Sólo así podía llamarle en esos días a aquella levantada muy de madrugada un viernes. Jamás fue fácil para mí pararme a esa hora, y alguien me explicó alguna vez que es cuestión de metabolismo. Cuando estudiaba en el colegio hacía el esfuerzo, llegaba a tiempo a clases, pero caía rendida sobre el pupitre al menos la primera hora. Los profesores ya sabían que a pesar de ello, mis notas eran inmejorables y me dejaban dormir.

Todo eso lo recordaba aquel 4 de noviembre del 2005. Iba a ser un día largo en lo planificado. Pero a aquellas horas aún oscuras de la mañana no imaginaba cuan largo sería en realidad. A veces hasta pienso que ese día aún no ha terminado.

Además era viernes, el día de la semana que más tarde solía levantarme. Una de mis tareas entonces, dentro de este oficio periodístico que ha marcado mi vida, era conducir un programa de radio en vivo, de 7 a 9 de la mañana, en el circuito AM más grande del país. Los viernes el espacio era moderado por un médico y yo aprovechaba para dormir más. Pero justo ese viernes eran otras las obligaciones que me impusieron aquel madrugón. Sabía la responsabilidad que tenía, pero algo hacía que me aferrara a mis sábanas, mi almohada, mi cama, mi casa, mi espacio. Más tarde, ese mismo día, entendería que esa sensación de no querer apartarme de ahí no era tan sólo producto del cansancio propio de una dura jornada. Era más que eso. Era la premonición de que jamás volvería a dormir allí.

Mientras daba vueltas en aquel cuarto tan particular que había hecho mío, escuchaba a Germania, mi hija entonces de 11 años, correr por toda la casa buscando el uniforme y sus útiles para irse al colegio. Cuando el ruido cesó en señal de que ya se había ido, me di cuenta de que no entró a darme un beso de despedida, a pesar de que estaba previsto que pasara el fin de semana con su abuela porque no había querido acompañarme en un viaje hacia el oriente del país. Sentí su ausencia de manera exagerada.

-Pero ¡si se acaba de ir..! -me repetía a mí misma recriminándome

tanta melancolía. Si ya en dos días la tienes contigo de nuevo. Pero ¡qué va!, -aquella angustia se ensañó conmigo. Y es que la vida me estaba alertando que no sería tan fácil volver a ver a mi hija.

Ese viernes estaba invitada a una asamblea de ciudadanos en Valencia, a dos horas de Caracas. El país estaba viviendo momentos de mucha tensión por la aproximación de las elecciones para la Asamblea Nacional en medio del debate auspiciado por la sociedad civil, la cual propugnaba que la oposición no debía participar bajo unas reglas electorales poco claras y llenas de trampas.

Mi lucha por la libertad de los presos políticos, y contra un Régimen evidentemente transgresor de la ley y violador de los Derechos Humanos, me había llevado a una posición de lucha en el país que no era para la que me había formado. Yo era periodista, una periodista de investigación. La que gracias a que su rostro no era tan conocido pudo trabajar con libertad casos que habían cobrado importancia internacional, como la presencia del prófugo peruano Vladimiro Montesinos en Venezuela, la relación del gobierno de Hugo Chávez con la guerrilla colombiana, los hechos de corrupción cometidos por el Plan Bolívar 2000 (el programa social emblemático del Gobierno). Así mismo trabajaba para la prensa escrita y la radio, de manera que mi rostro no era público hasta tres años atrás cuando la periodista había sido arrastrada por la ciudadana formada en su hogar para ser libre, para vivir en Democracia, sin negociar ninguno de estos privilegios y derechos.

Además de trabajar para la radio, y para el periódico de la familia del que era directora, daba clases en la escuela de Comunicación Social de la Universidad Santa María. La notoriedad que había alcanzado sin buscarla, y que arriesgaba además mis encuentros con las fuentes que me aportaban información, era un punto de curiosidad entre los estudiantes que se inscribían en mi curso, unos por admiración, otros porque pretendían enfrentarme políticamente en el aula. A ambos grupos me empeñé en demostrarles que no estaba ahí para hablar de política sino para enseñarles cómo hacer periodismo, y eso significaba trabajar para la verdad, no para gobierno o interés alguno.

Aquel viernes uno de mis alumnos me acompañaría hasta Valencia.

Marcelo Ruiz era uno de los estudiantes de la carrera de más edad. Había pasado por la Academia Militar, pero se decepcionó antes de graduarse y se marchó. Casado y con una hija, Marcelo trabajaba y estudiaba al mismo tiempo y no quería esperar hasta graduarse de periodista para reseñar en vivo cómo se estaba moviendo la sociedad civil en ese momento.

Por razones de seguridad yo nunca salía sola de la casa. Moncho Terra, un militar retirado, se había convertido en mi sombra por las circunstancias. Siempre estaba allí, aunque a veces se hacía invisible. Los tres: Moncho, Marcelo y yo salimos como estaba previsto muy temprano hacia Valencia para participar en una reunión organizada por mujeres de la región.

Aquella Asamblea había sido como todas... intensa. Los ciudadanos en Venezuela habían probado su poder durante años de lucha contra el régimen chavista y querían imponer su criterio a los partidos políticos de no participar en las elecciones parlamentarias de diciembre de ese mismo año.

Agotados pero satisfechos, Moncho, Marcelo y yo emprendimos el regreso a Caracas. Esa noche teníamos clase y yo debía pasar antes por el médico nutricionista que guiaba una de las cien dietas que he hecho en mi vida para mantener el peso. El tráfico, la distancia y el cansancio hacían aquello cuesta arriba, pero animé a Marcelo que se angustiaba por llegar a tiempo a las clases en la Universidad:

-Tranquilo, el tiempo de Dios es perfecto. Verás que sí llegamos.

Orden de captura avisada

Una vez en Caracas, Moncho nos dejó a Marcelo y a mí en el consultorio del nutricionista. Allí llamé a dos mototaxis para que nos llevaran hasta la universidad para llegar a tiempo.

Renzo era el mototaxista al que siempre llamaba. En el camino, intentando sobrepasar el ruido que ocasionaba su tubo de escape, me preguntó por el tema que ya estaba en la calle:

-¿Qué pasó, jefa? ¿Cómo es eso de que ahora me la van a acusar de haber asesinado a Danilo Anderson?

-Ja, ja, ja -me reí mientras me quitaba el casco y se lo entregaba, ya estando en el estacionamiento de la Universidad. Ni te preocupes por eso, chamo. Ya me han acusado de cualquier cosa. Y el que no la debe no la teme. Falta que digan ahora que yo maté al Niño Jesús.

-Bueno -me dijo Renzo- pero cuídese que esta gente es mala, jefa. No se descuide que usted es muy confiada.

No era confiada. Simplemente pensaba que ser inocente era suficiente. Y en eso me equivoqué. Sólo pasaría una hora para entender que Renzo era el sabio de esta parte de la historia.

La primera hora de clase era con la sección de Marcelo. Entramos a la hora en punto y de ahí salí directo a otra aula que me esperaba para las siguientes dos horas. Después de allí, unos amigos me irían a buscar a la Universidad para irnos directo a Carúpano, una población del oriente del país a 6 horas de la capital.

En el salón de clases, aquel día, como todos, me transformé en la profesora sin ideología que tenía la misión de enseñar a aquellos muchachos a buscar la verdad. Habíamos transitado varios semestres juntos y si algo logramos juntos fue la tolerancia. La polarización política que imperaba en Venezuela no impedía que nos tratáramos todos con respeto, y ellos ya habían entendido que jamás me sacarían en clase una opinión que no tuviera que ver con la materia que les impartía.

La clase, aquel día, estaba completa a pesar de ser viernes y ya de noche. El tema les interesaba a todos: Las herramientas para diferenciar la verdad de la mentira.

A pesar de que tenía tantos alumnos en varias secciones ya los conocía a todos. No sólo sus caras sino también sus nombres. Y sus problemas. Ese día nos reímos porque las chicas intentaron llevar el tema de la verdad y la mentira al plano personal para descubrir a la pareja que intentara engañarlas. En un momento en que explicaba una de las técnicas, Marcelo entró al salón sin pedir permiso y sin anunciarse. Entró con toda su enormidad y corpulencia, pero angustiado como un niño exclamó:

- ¡Patricia, tengo que sacarte ya de aquí! ¡Vámonos!

- Pero ¿qué pasó? -le pregunté con determinación- ¿Te volviste loco? ¡Estoy dando clases!

Marcelo había salido de su aula hacia la cafetería de la universidad y mientras se comía un sandwich y tomaba un refresco miraba sin interés el noticiero que transmitía un televisor apostado en un rincón alto del lugar, cuando de pronto anunciaron lo que sería el escándalo, no sólo del día sino de muchos meses:

A petición del Ministerio Público,
un tribunal ordena la captura de la periodista Patricia Poleo
acusada de ser la autora intelectual
del asesinato del fiscal Danilo Anderson...

-¡Vámonos! ¡Te están buscando! ¡Te mandaron a detener! -me insistió Marcelo.

-Pero ¿tú estás seguro? Eso es un rumor... ¿quién te dijo, dime?

-Ya está en todos los noticieros. Te están buscando. ¡Vámonos!

En ese momento, de manera irracional sólo pensé en la responsabilidad que tenía con esos estudiantes que estaban sentados frente a mí. Los miré a todos y me concentré en uno en particular de

quien sabía que era miembro activo del partido de Gobierno. Lo vi bajar la cabeza avergonzado. No quiso mirarme a pesar de que sabía que yo tenía mi mirada fija en él. Quería acercármele para decirle que no lo consideraba responsable y que no bajara la cabeza, pero entendí que mi mensaje debía ser dirigido a todos.

María Estela, la más aventajada de la clase lloraba con tristeza y con rabia. Los demás preguntaban atropellándose, gritando unos sobre otros, rompiendo el orden de disciplina que yo les había inculcado, mientras Marcelo me apuraba cumpliendo a cabalidad el mandato de sacarme de ahí lo antes posible.

Me despedí de mis alumnos, a quienes había jurado formar hasta el último semestre. Les aseguré que tal como yo les había enseñado la verdad siempre prevalecía, por ello esto se aclararía tan pronto que el lunes ya estaría con ellos continuando la clase, interrumpida en ese momento.

Nada tan lejos de la verdad, pues el infame montaje estaba planificado precisamente para alejarme indefinidamente de ellos y de lo que había sido mi vida hasta ese momento.

Un atentado conmociona al país

Que el rumor que venía rodando hace algunos meses se concretara en una realidad, era simplemente una pesadilla. ¿.Autora intelectual del crimen de Danilo Anderson? ¿Asesina? ¿Terrorista?

El 18 de noviembre del 2004 ya estaba acostada, lista para dormir, cuando la periodista Idania Chirinos me envió un mensaje a través del Tmotion, el equipo de comunicaciones que antecedió al Blackberry y que se había popularizado en Venezuela por su instantaneidad y por lo difícil que era interceptarlo por los organismos de inteligencia del Gobierno. El mensaje decía:

Una camioneta explotó en los alrededores de Santa Mónica y se presume que el cadáver calcinado en su interior es del fiscal Danilo Anderson... Cualquier vestigio de cansancio o de sueño se alejó de mí. ¿Danilo? ¿El fiscal favorito del Gobierno? ¿De qué se trataba esto?

Danilo Anderson se había convertido en todo un personaje en la política venezolana. Mientras unos lo odiaban, otros lo idolatraban y otros le temían, pero a nadie le era indiferente. Su historia personal cautivaba a los medios, pues se trataba de un joven abogado de extracción muy humilde, que había escalado posiciones muy rápidamente como fiscal

haciéndose cargo de los casos contra los adversarios del régimen de Hugo Chávez. En el momento de su muerte, Danilo estaba levantando cargos penales contra quienes habían participado en los hechos del 11 de abril, cuando el empresario Pedro Carmona asumió el Gobierno de Venezuela, después de que el general Lucas Rincón le anunció al país que el presidente Hugo Chávez había renunciado, debido a la masacre ocurrida durante la marcha multitudinaria que llegó hasta el palacio de Gobierno.

La muerte de Danilo estremeció a todo el país. Esa noche Venezuela no durmió esperando que los noticieros ampliaran la información de lo ocurrido y presentaran las primeras imágenes.

A tan sólo minutos de haberse ejecutado la explosión mostraban a miembros del gabinete, encabezados por el vicepresidente José Vicente Rangel, quien estaba en el lugar de los hechos contaminando la escena del crimen sin que los investigadores de la policía científica pudieran impedirlo.

El país se encontraba entre la estupefacción y la incredulidad pero sobre todo abrumado por el hecho de que en Venezuela comenzara a ejecutarse a las personas con técnicas terroristas, algo que estábamos acostumbrados a ver como actos ajenos a nuestra realidad. A nuestra historia. A nuestra idiosincrasia.

La confusión del hecho estuvo matizada aquellos días por las distintas versiones de lo que podría haber ocurrido, surgidas desde los más versados investigadores policiales, hasta los cuentos folklóricos de quienes aseguraban que aquel cadáver no pertenecía a Danilo pues lo habían visto en el Centro Comercial que solía frecuentar, o en los pasillos de la fiscalía donde alguien había escuchado su voz, etc. La realidad era que aquel cadáver totalmente calcinado, que había quedado sentado en el lugar del chofer en la misma posición en que se encontraba cuando ocurrió la explosión, correspondía a Danilo Baltazar Anderson, nacido en la popular parroquia La Vega el 29 de octubre de 1966. Casi un año, justo después de que yo había nacido, un 8 de noviembre del 1965.

II

DELGADA LÍNEA ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

Juicio Militar por divulgar una traición

De ahí en adelante, todos los juicios los enfrentaba con dos abogados, quienes a pesar de saber que cualquier causa relacionada conmigo estaba perdida, se esmeraban con dedicación pastoral a defenderme. Winston Oraá y Negar Granado, quienes se habían preparado para trabajar con la ley en la mano, se dieron cuenta de que comenzaba una etapa en Venezuela de violaciones a todos los derechos, especialmente a los de la defensa.

Uno de los juicios más arbitrarios que enfrentamos juntos fue en la instancia militar, en el año 2004. La primera violación consistía en que no podía ser juzgada en un tribunal militar por ser civil, pero el ministro de la Defensa de entonces, Jorge Luis García Carneiro, un militar envilecido por el alcohol, había dado la orden de llevarme a las cortes castrenses y enjuiciarme por Traición a la Patria. El "delito" que yo había cometido era mostrarle al país y al mundo entero un video, en el que aparecían militares cubanos llegando a una base militar venezolana. Los soldados nacionales cargaban las maletas a los cubanos, en lo que quizás fue la génesis de todas las humillaciones posteriores que colocaron a los militares venezolanos bajo el mando de los cubanos. Paradójicamente, el Ministerio de la Defensa no desmintió jamás que aquellos personajes que mostraba el video eran cubanos. El "delito" que según ellos había cometido era revelárselo al país, ya que el argumento esgrimido por el Régimen era que yo debía callar la verdad. Convertirme en cómplice de esa barbaridad, pues.

Aquel juicio mantuvo en vilo a toda mi familia durante 6 meses. La propuesta inicial de mi papá, Rafael Poleo, un periodista de larga trayectoria en Venezuela y una figura del periodismo continental, era que me fuera del país.

-¿Dónde quisieras pasar tu exilio? -me preguntó en aquella oportunidad, dejándome escoger el país sin darme más opción que la expatriación.

-En Perú -le respondí inmediatamente sin pensarlo mucho.

Pero olvídate de eso, porque yo no me voy de aquí -le advertí.

Meses más tarde, en el jardín de su casa, la confrontación con mi padre sobre el tema fue más dura. Me dijo que así tuviera que arrastrarme para sacarme del país lo haría. Y mi respuesta fue que rompería el pasaporte para que no hubiera forma de montarme en un avión. Aún no me habían acusado de asesina.

En el juicio militar me asignaron un fiscal cuya misión era meterme presa a cómo diera lugar. El teniente Esaúl Olivar Linares me citaba a declarar y me hacía esperar horas para desesperarme. Uno de esos días simplemente me paré y me fui, y me mandó a detener con todos los soldados que se encontraban de guardia. Uno de ellos me pidió en voz baja:

-Patricia, no me hagas esto. No me hagas llevarte por la fuerza. ¡Colabora, mija!

Winston y Negar, resistentes a aceptar las violaciones a mis derechos, mantuvieron siempre una posición valiente frente a los atropellos del fiscal Olivar Linares y jamás bajaron la cabeza.

El fiscal, cumpliendo su misión política y actuando como un esbirro, le pidió al juez, el mayor de la Aviación Rubén Darío Garcilazo, que me privara de libertad, porque él consideraba que yo podía fugarme en cualquier momento.

El día que se celebró la audiencia para esa decisión, salí muy temprano de la casa. Me despedí de mi hija abrazándola muy fuerte y le dije:

-Te amo. ¡Pórtate bien siempre, como si yo estuviera al lado viéndote!

Su respuesta fue esa risa que me arrastraba, que me arrastra, que inclina mi balanza, que pauta mi tiempo. Mi vida.

Antes de entrar a la Corte, Winston se sentó conmigo, y me anunció:

-Patricia, he hablado con la directora del INOF (Instituto Nacional de

Orientación Femenina. Cárcel de mujeres). Me dijo que ya le ordenaron tenerte una celda lista. Es decir que la decisión está tomada. ¿Quieres entrar? ¿Seguimos? Tú decides...

Al llegar, una reportera del canal de TV Venevisión me había advertido que ese día ordenarían mi detención.

-¡Seguimos! -fue mi decisión.

A la audiencia entré sola con Winston. Negar permaneció afuera porque sólo permitían un abogado. Antes de entrar le pedí a todos los que me habían acompañado que mantuvieran la calma y los hice reír para aliviar la tensión.

Winston y yo tenemos la misma edad. En ese momento no habíamos cumplido 40 años. Nos enfrentábamos a uno de los episodios más difíciles en cada una de nuestras vidas. El fiscal llegó seguido de un soldado que cargaba una caja pesadísima de códigos legales, escritos y supuestas pruebas en mi contra. Histriónicamente, Olivar hizo la solicitud de que me metieran presa por "peligrosa", de lo que me reí con verdadero desenfado. Aquello parecía un montaje teatral. Todos los funcionarios vestidos con uniforme de camuflaje, como si fueran a la guerra, y Winston y yo, los únicos de civil, enfrentando aquella bufonada.

Como siempre, Winston presentó de forma impecable sus alegatos esgrimiendo por qué no debía estar presa mientras se me hiciera juicio. Después me correspondió hablar a mí. Lo hice mirando fijamente al juez.

-Haga usted lo que le dicte su conciencia. Yo antes de venir me despedí de mi hija. Vine preparada para lo peor. Usted decida. Y allá su conciencia si después lo deja dormir.

El mayor Garcilazo, escrupulosamente uniformado con aquel traje de campaña al que no se le hacía ni una arruga, estiró los hombros y se echó para atrás como si mis palabras le hubieran dado un empujón. Nos pidió salir para tomar su decisión.

Esperamos afuera en un patio frente a la puerta principal de la Corte.

Allí seguían mi papá y mis amigos más cercanos. Mi mamá aguardaba noticias en su casa. Mientras esperábamos, la expectación crecía de forma directamente proporcional a nuestra impaciencia.

Winston me tranquilizaba asegurándome que él se encargaría de que en la Cárcel de Mujeres me ubicaran en una celda cómoda. Pero yo sabía que él mismo no estaba tranquilo. Se sentía impotente y yo para romper el hielo le pregunté:

-¿Y quién me va a secar el pelo?

Periodistas de todos los medios se agolpaban tras la reja que los separaba de la Corte. Esperaban no que saliera yo, pues ya la información de que me harían presa la daban por confirmada, pero lógicamente querían tomar las reacciones de los abogados defensores, del fiscal y de mi familia.

De repente vimos llegar a dos patrullas de la Disip, la policía política, con funcionarías femeninas.

-Patty, ellas vienen a buscarte. ¿Quieres quedarte? -insistió Winston.

Yo sentí que él prefería que yo me fuera. Como abogado sentía en aquel momento que aunque la ley estuviera de nuestro lado ya no había nada qué hacer.

Negar, que mide casi dos metros de altura, me abrazaba protegiéndome con toda su corpulencia y me decía:

-¡Piénsalo bien!

A mis dos abogados les estaba ocurriendo lo que a un médico cuando han de operar a un ser querido: el afecto los hacía dudar acerca de qué acción tomar.

Todos se habían dado cuenta de que la decisión estaba tomada y de que las patrullas venían por mí. Uno de mis amigos se puso a llorar y me pidió que me fuera. Pero yo insistí y me quedé.

Dos horas más tarde nos hicieron pasar para leernos la decisión. Sería juzgada en libertad con un régimen de presentación cada semana y prohibición de salida de la ciudad capital. Winston, que además de abogado es cinturón negro en kárate, mantenía mi mano tomada durante la lectura de la decisión y me apretó tan fuerte que grité.

Seis meses más tarde el fiscal general militar, el coronel Eladio Aponte Aponte, con quien durante el juicio había mantenido un constante enfrentamiento, ordenó archivar el caso. Fue lo último que hizo antes de asumir su cargo de magistrado en la Sala Penal del Tribunal Supremo de Justicia.

Aponte Aponte me recriminaba que gracias a mí los ciudadanos lo reconocían en la calle. Me señalaba de haberle robado "su paz" pues antes nadie sabía de su existencia.

Ese día le regalé una imagen de San Miguel arcángel y le dije:

-Póngalo en su oficina para que lo cuide, porque para donde lo mandan la cosa no va a ser fácil. Al salir de ahí le dije a Negar:

-En realidad quiero infiltrar a San Miguel en esa Corte para que nos cuide a los inocentes.

El resultado de aquel juicio en mi contra es que al fiscal militar Elisaúl Olivar Linares lo premiaron asignándole un tribunal en la jurisdicción penal ordinaria, de donde salió destituido por haberle cobrado una cantidad mil millonaria a una célebre asesina para ponerla en libertad. El mayor Garcilazo fue designado juez superior también en la jurisdicción penal ordinaria.

Eladio Aponte Aponte, ascendido a General por sus "servicios al Régimen" continúa en el Tribunal Supremo de Justicia y ha sido señalado como uno de los magistrados más corruptos. Se ha valido de la desesperación de algunos presos políticos para extorsionarlos, con lo que ha hecho una gran fortuna.

Días de clandestinidad

Todos esos recuerdos me venían comprimidos a la mente, mientras viajaba desde la universidad hasta la que sería mi primera "concha" o escondite. Estaba decidida a que esta vez también enfrentaría el juicio. No me había dado cuenta aún de la magnitud de la infamia que había sido montada no sólo para hacerme presa, sino para desviar las verdaderas razones por las cuales asesinaron a Danilo Anderson, y encubrir al poder detrás del crimen.

Oscar Pérez, un luchador de los Derechos Humanos en Venezuela convertido después en dirigente político, había decidido cuál sería el lugar donde me escondería, por lo menos esa noche. Era una casa junto al cerro El Ávila en Caracas perteneciente a un amigo cercano a Oscar, pero que yo casi no había tratado. Manny Gedman tenía un nombre anglosajón pero no podía ser más criollo en su aspecto y en el trato.

En el camino al que sería mi primer escondite llamé a mi mamá y sin dejarla hablar mucho le encargué a Germania hasta nuevo aviso. También llamé al papá de mi hija, Gastón, que se había manifestado siempre como parte del "Proceso", es decir, como chavista y de quien esperaba recriminaciones. Pero en cambio, sus palabras fueron:

-Cuenta conmigo para lo que sea. Tú sólo dime lo que tengo qué hacer.

Hice las llamadas a mis abogados Negar y Winston, y traté de comunicarme con mi papá, lo cual como solía ocurrir fue infructuoso por la cantidad de alcabalas que había que pasar hasta localizarlo. A las dos horas, viendo los noticieros, supe que mi papá, acompañado por muchos vecinos y reconocidas figuras públicas pertenecientes a distintos sectores de la sociedad estaban a las afueras de mi casa enfrentando lo que se veía venir: el allanamiento de los cuerpos de seguridad para capturarme.

A partir del momento en que me había enterado de que la orden de detención en mi contra era oficial, miraba a todo el que se me cruzaba con la pregunta en mis ojos:

-¿Tú crees que yo lo hice?

Sentí dudas de mucha gente cercana a mí. Después de todo, mi vida estaba llena del misterio que requería el desempeño de mi oficio, en función siempre de proteger a quienes me informaban.

El celular no dejaba de sonar. Los periodistas, los amigos, la familia. Aquel sonido me atormentaba y decidí no responder más llamadas.

Manny Gedman me recibió en su casa sin aspavientos, sin nacerme sentir que estaba haciéndome un gran favor. Más bien actuaba como cumpliendo con un deber y tenía todo listo para que yo estuviera cómoda los días que tuviera que pasar ahí.

A pesar de que la casa tenía varias habitaciones me ofreció la principal y sólo me advirtió que no debía asomarme a las semanas.

Me dio las instrucciones lógicas de no abrir la puerta ni . atestar el teléfono y me aseguró que nada me faltaría en su asa, porque él estaría pendiente de todo.

Oscar se desapareció, porque sin duda sería una de las pistas que el Gobierno seguiría para encontrarme. Con Manny en cambio nada me relacionaba.

Danilo y su red de extorsión

Las razones por las cuales habían asesinado a Danilo Anderson eran un tema que nos arrastraba a todos los periodistas de investigación en Venezuela.

Anderson, el brazo ejecutorio del Gobierno en las violaciones a los Derechos Humanos, fue velado en la sede de la Asamblea Nacional como un héroe, con la presencia de todos los representantes de los poderes públicos, incluido el propio presidente Hugo Chávez.

Allí, en la sede del parlamento, Isaías Rodríguez, el fiscal general de la República, dijo:

Han convertido a Danilo en un símbolo, en un hombre a emular. Como El Cid, seguirá ganando batallas después de muerto. La muerte de Danilo me ha dolido más que la de mi propia madre...

Para cerrar sus palabras, Isaías juró que se haría justicia y que los asesinos serían identificados.

El entierro estuvo lleno de manifestaciones de dolor, y plagado de curiosos que pretendían ver el cadáver, lo cual era imposible dadas las condiciones en las que quedó el cuerpo. Al estar totalmente calcinado la urna no fue abierta.

En diciembre del 2004, cuando aún no se había cumplido un mes del hecho, ya las fuentes de información comenzaron a abrirse y las actas policiales se filtraron a los periodistas que nos especializábamos en investigación.

En El Nuevo País, diario de la familia fundado en 1988, en el cual publicaba mi columna "Factores de Poder", reproduje las actas de entrevista que la comisión policial encargada de la investigación ya había levantado, y en las cuales se revelaba el móvil del homicidio.

Danilo Anderson se había convertido en una verdadera amenaza para quienes el 11 de abril del 2002 habían firmado el famoso Decreto de Pedro Carmona que disolvía las instituciones en Venezuela. Lista en mano

de quienes habían firmado, un grupo de abogados a quien la propia policía bautizó como "La Banda de los Enanos", visitaban persona por persona y les exigían una cuantiosa cantidad de dinero para sacarlos de la investigación y por ende del inminente juicio.

En las actas de entrevista, el abogado Sócrates Tiniaco, miembro de "La Banda de los Enanos", había confesado los métodos de extorsión que utilizaban con los firmantes del decreto del 11 -A y relató en detalle cómo cobraban el dinero y la forma de repartirlo. En esas actas de entrevista que se filtraron a la prensa se especificaba que José Vicente Rangel, vicepresidente de la República, había presionado a Danilo Anderson para que .. -ara la extorsión en contra del banquero Ignacio Salvatierra.

En la entrevista que la comisión investigadora de la Policía Científica le hizo a Lourdes, la hermana de Danilo Anderson, se reveló que el fiscal tenía algunos enemigos dentro del gobierno:

-Diga usted -preguntó el interrogador policial- si tenía conocimiento de que el hoy occiso Danilo Anderson le manifestó alguna vez que tenía enemigos dentro del gobierno.

-No contestó Lourdes- lo que yo sé es que estaba investigando al alcalde Freddy Berna! de quien me manifestó que no le caía bien para nada y quería que el concejal Richard Peñalver fuese preso por lo que hizo....

(Richard Peñalver fue uno de los pistoleros que asesinó a varias personas el 11 de abril abriendo fuego contra la manifestación civil que se encontraba en las inmediaciones de Puente Llaguno, ubicado en el centro de la ciudad, cerca del Palacio de Miraflores. Después fue electo concejal y pasó a ser protegido por el chavismo).

En esa entrevista, Lourdes pidió que se investigara la relación de Sócrates Tiniaco y el abogado del banquero Salvatierra de nombre Gustavo, porque había mucho dinero de por medio.

Lo que los medios publicábamos acerca de las investigaciones que se estaban adelantando con respecto al asesinato de Anderson señalaban

como responsables a la red de extorsión que éste encabezaba. Eso era para los expertos lo que había motivado el horrendo crimen.

Lourdes reveló que Sócrates Tiniaco le entregó a ella 80 millones de bolívares de la época procedente de "un negocio", y que el resto del dinero -no dijo cuánto- se había distribuido entre los fiscales Yoraco Bauza y Sonia Buznego, así como entre los jueces Belkis Cedeño, Iván Darío Bastardo, Maikel Moreno y Juan Carlos Gutiérrez.

En esa misma investigación surgieron evidencias de algo que era público y notorio en Venezuela: Danilo Anderson manejaba mucho más dinero del que podía justificar con su sueldo de fiscal. Poco tiempo antes de su muerte, en una entrevista que le hizo en televisión el periodista y abogado José Vicente Antonetti, Danilo confesó que le gustaba "la ropa de marca y las cosas caras". De hecho, era siempre visto por uno de los centros comerciales más conocidos de Caracas, El Sambil, adquiriendo de forma compulsiva y pagando en efectivo joyas, electrodomésticos y ropa costosa.

La comisión investigadora, encabezada por el comisario José Cuellar, había sacrificado las vacaciones de Navidad del 2004 adelantando las pesquisas. En enero surgieron informaciones de que los miembros de la comisión, todos policías de dilatada carrera y muy profesionales, estaban molestos porque el fiscal general Isaías Rodríguez había girado instrucciones de que se destruyeran las actas de entrevista que evidenciaban la extorsión como móvil del asesinato, en las cuales ya se advertían quiénes serían los sospechosos del crimen. Para cubrirse las espaldas y mantener su conciencia limpia, algunos funcionarios cercanos a la investigación filtraron las actas de entrevista que varios periodistas publicamos.

En diciembre del 2004, recibí una citación conminándome a comparecer el 10 de enero del año siguiente ante el fiscal Alejandro Castillo para declarar sobre las publicaciones que yo había hecho de las actas de entrevista.

Puntualmente asistí a la cita acompañada por mi abogado Negar Granado. El fiscal Castillo lucía demasiado joven para el cargo que

desempeñaba, y estaba claro que no tenía suficiente tiempo graduado de abogado para ser fiscal. Además, ni siquiera había nacido en Venezuela sino en Colombia, pero se había convertido en ficha importante del Régimen. Desde la muerte de Anderson, todos querían cubrir su vacante y disfrutar de la confianza del Gobierno.

Castillo no podía disimular esa prepotencia que lo hacía lucir femenino en algunos momentos, y con modos histéricos pretendió aplicarme la gastada fórmula del ablandamiento al dejarme varias horas esperando sin permitirme ir al baño, tomar agua o comer. Finalmente nos hizo pasar y sentados frente a él tuvimos que presenciar que hiciera varias llamadas telefónicas para tratar temas intrascendentes, flirtear con amigas, -y amigos-etc. Colmada mi paciencia me paré, le dije que no iba a esperar más y que me iba. Con un ademán ridículo intentó amedrentarme con detenerme y me advirtió que "no despertara el monstruo que había en su interior". De manera desenfadada me reí y le respondí burlándome:

- ¡Ay monstruo, despiértate, despiértate..!

Finalmente se decidió a comenzar el interrogatorio que se dirigió a averiguar quién me había dado las actas de entrevista. En todo momento, y acogiéndome a la ética periodística, me negué a responderle, preservando mi fuente informativa, hasta que finalmente me dejó ir... casi siete horas después.

Con su olfato casi canino, producto además de la pasantía que había hecho en cuerpos policiales antes de convertirse en abogado, Negar me advirtió:

-No sé por qué creo que esto no se va a quedar así. Tenemos que estar listos para un allanamiento.

Asesinan a mi escolta

Mi casa, por seguridad se había convertido en un bunker de trabajo. Advertida por Negar acerca de un posible allanamiento, y aunque estaba agotada, apenas llegué ese día de la Fiscalía recogí todos los documentos relacionados al Caso Anderson y a otros que investigaba. Metí en varias cajas lo que quería preservar incluyendo una hermosa pistola de un tiro que me había regalado un General del Ejército hacía unos meses. El oficial me enseñó a manejarla, y me dijo, apuntándome con sus dos dedos en la sien:

-Tiene un sólo tiro. Úsala cuando lo necesites en puntos seguros. No vaciles.

En el momento de meter la pistola en la caja pensé en la trágica razón por la que mi amigo militar me había dado aquella pistola. El 2 de septiembre del 2004, mi escolta Germán Delgado, un joven de apenas 25 años, había sido asesinado. A pesar de su juventud, Germán era sumamente valiente y arriesgado. Anteriormente había sido escolta del general Néstor González González, quien después de revelarse contra el Régimen había pasado a la clandestinidad.

El día que asesinaron a Germán es uno de los días dentro de esta delirante historia que me ha costado superar. Delgadito, como lo llamaban todos, era cinturón negro en kárate. Se defendía con su arte marcial, no con armas, y más que respeto sentía idolatría por González González. Algunas veces, además de cuidarme a mí, le pedía a Delgado que llevara a Germania a alguna actividad que tuviera en las tardes, porque estaba segura de que si querían hacerme daño, la vía era a través de mi hija.

Aquel 2 de septiembre, Delgado me sorprendió cerca del mediodía cuando íbamos a almorzar diciéndome que saldría a hacer una diligencia personal y regresaría a las 3 de la tarde para llevar a Germania a sus clases de música. Hacía varios días lo notaba extraño y con ingenuidad me llegó a decir que "su General" -refiriéndose a González González- se había comunicado con él y que pronto se verían. Yo sabía que el General estaba tan escondido que nadie podía verlo, pues el Gobierno lo estaba

literalmente "cazando". Era absurdo que intentara verse con Delgadito que estaba tan identificado con él. Le advertí con firmeza maternal que no se fiara de llamadas en nombre de González González y que se anduviera con cuidado.

Pero Germán no me escuchó. A las 3 de la tarde, hora en que había prometido regresar, el joven no se apareció. Por primera vez el muchacho fallaba a su trabajo, y en primera instancia me indigné por lo que quería creer que era una indisciplina. Lo quería creer así pero algo me decía que mi escolta no estaba bien.

Al día siguiente Delgado tampoco apareció. Ya habíamos alertado a la familia, la cual confirmó que el día que salió de mi casa llegó a visitar a su hermano Oscar acompañado de un motorizado. Almorzaron y se fueron, él sentado atrás en la moto del desconocido. Su cuñada había sido la última en verlo.

Habiéndose cumplido 24 horas de su desaparición, me comuniqué con Moncho y varios amigos. En mi casa nos sentamos a hacer el plan de búsqueda y Moncho me preguntó:

- ¿Por dónde empezamos?

- Por lo peor, Moncho. Vámonos a la Morgue.

Me negué a quedarme en la casa y fui con ellos hasta la Morgue. Moncho entró con varios compañeros y yo me quedé afuera esperando ansiosa, y pidiéndole a Dios que no lo encontraran.

No pasó ni siquiera una hora cuando Moncho salió a darme la mala noticia:

-Mi reina, allí está. Delgadito está muerto. Lo mataron.

La rabia contra Germán y el sentimiento de culpa se apoderaron de mí.

-¿Por qué no me hizo caso? ¡Yo se lo dije! ¿Por qué lo dejé ir, Moncho? ¿Por qué no se lo impedí? - le dije indignada.

Un trabajador de la morgue conminó a Moncho a tomarle imágenes al cadáver para que después no pudiesen tergiversarse los hechos. Con la complicidad del mismo funcionario, Moncho ingresó con una cámara hasta donde reposaba, tirado en una bandeja mortuoria, el cuerpo de Germán Delgado. Rápidamente hizo un video y varias fotografías que fueron las que posteriormente impidieron que se levantara una infamia contra ese joven, quien me convenció de que lo contratara como escolta el día que llegó a mi casa diciéndome:

-Jefa, si ya no puedo servirle a mi general González González, déjeme cuidarla a usted. El único trabajo que yo quiero es protegerla. ¡Déme el trabajito, Jefa!

Germán era reservista del Ejército de donde egresó con el grado de Cabo 1. Me constaba que González González había puesto muchas veces su vida en las manos de este jovencito, y que lo estimaba por su valentía y preparación militar. A pesar de que me resistía a la idea, porque lo consideraba una criatura, aunque con el arrojo de un guerrero, necesitaba un escolta y él un trabajo y por eso lo contraté.

En una oportunidad, antes de salir a una marcha de protesta hacia la Asamblea Nacional, en la que nos habían informado que los grupos violentos del Gobierno nos interceptarían con una emboscada, Germán me dijo, señalándome con su dedo índice:

-Mire jefa, acuérdese de que el escolta aquí soy yo. Si usted ve que me disparan, que me golpean, que me caigo al suelo, me deja ahí y se va. No quiero que me esté protegiendo, ¿oyó? Le repito: El escolta soy yo. Prométame que si pasa algo usted me deja y se va...

Nunca le contesté y lo que me pasó por la mente en ese momento fue:

-¿Dejarte atrás? Eso sería como dejar atrás a mi propio hijo... ¿Cómo le explico a González González que te dejé atrás..?

De aquello hacía dos meses y ahora yo estaba afuera en la morgue,

prácticamente en la calle, preguntándome cómo les diría esto a Fanny, la mamá de Delgado, a sus hermanos. A tanta gente que lo quería. Me imaginaba la furia de González González cuando se enterara, estuviera donde estuviera.

Los medios de comunicación alertados ya sobre la desaparición de Delgadito, llegaron casi inmediatamente a la Morgue. La fuente lógica en aquellos momentos era el director de la policía científica, Marcos Chávez, quien se atrevió a decir que Germán se había enfrentado a una comisión policial que lo encontró infraganti robando un camión blindado.

Pero el cuerpo de Delgado desmentía aquello. Las imágenes mostraban cómo había sido golpeado antes de que le dispararan cinco tiros prácticamente a quemarropa. Evidentemente Germán no había resistido las torturas y se les murió a los esbirros en medio de una brutal golpiza.

Las investigaciones serias realizadas por una fiscal del Ministerio Público, que después fue destituida, llegaron a la conclusión de que Germán Delgado había sido emboscado por dos funcionarios de la Policía Política.

El día de su entierro, decenas de niños, alumnos de kárate de Germán le hicieron un homenaje. Allí estaban sus noviecitas peleándose el derecho a llorarlo. Sus ex-compañeros del Ejército, el hijo del general González González. Y Fanny, una madre que en un principio renegó de Dios, porque no entendía que se hubiera llevado así a su hijo. Nadie como yo podía sentir su dolor, pues había aprendido a querer a Germán como a un hijo. Yo no podía parar de llorar y el hecho había afectado a Germania de tal manera que no podía conciliar el sueño. Mi hija además, había tenido un sueño premonitorio días antes, en el que vio morir a Germán.

Corazonada de salvación

Un motorizado que en sus últimos días de vida frecuentó a Germán, aparecía como la persona que lo había entregado a la comisión de la Disip.

Esto coincidía con que dos semanas antes del asesinato de Delgado tenía previsto hacer un programa de radio en vivo desde La Pastora, una zona popular de Caracas. Para instalar los equipos y organizar a los invitados, quienes eran miembros de la comunidad de todas las tendencias políticas, debíamos llegar a las 6 de la mañana al lugar. Es decir, salir de la casa prácticamente de noche.

Delgado había planificado que nos fuéramos con aquellos motorizados precisamente. A las 5 y 30 de la mañana llegó puntual a buscarme y salimos de la casa. Allí estaban esperándonos tres motorizados. Se suponía que yo iría en la moto con uno, Delgado con el segundo. Y además nos acompañaría el tercer motorizado.

Apenas los vi, sentí un frío en el cuerpo y cambié los planes: -Germán, vámonos en el carro y si ellos quieren que nos sigan.

-Pero -Germán protestó- ¿Por qué, jefa? ¡Es más rápido con ellos!

-No tenemos apuro. Es temprano. Busca las llaves del carro.

Y así lo hicimos. Después de la muerte de Germán nos enteramos de que los planes de los tres motorizados eran asesinarnos a los dos en la Cota Mil, la autopista que tomaríamos para llegar a la locación del programa, y lanzarnos a la cuneta.

Los funcionarios de la Disip, la policía política, que participaron en el homicidio de Germán, dejaron suficientes huellas para identificarlos. Después de matarlo, lo abandonaron en la madrugada en el Hospital Periférico de Coche, a bordo de la patrulla placas 200-333. El traslado estuvo a cargo de hombres que vestían de negro, el uniforme de la Disip.

A Delgado lo colocaron en una camilla. Los policías dijeron que la víctima se había caído y rodó por un barranco para explicar que estaba

lleno de arena. Empleados del centro de salud observaron que el cuerpo de mi escolta tenía dos disparos a próximo contacto, con tatuaje de pólvora, cerca del corazón, además de otros 3 orificios de proyectil en un costado. Le apreciaron hematomas en la cabeza y golpes en la cara. En una muñeca tenía una pulsera con la palabra Adiós.

El intento que la Disip hizo para hacer creer que Germán había sido ultimado en un enfrentamiento, y que se le habían decomisado armas de guerra, quedó desvirtuado con las declaraciones de testigos que vieron cuando funcionarios de la policía política sacaron de una patrulla un fusil y lo colocaron al lado del cadáver de Delgado.

Semanas después me encontré en un lugar apartado de Caracas con el general Néstor González González, quien estuvo dos años en la clandestinidad antes de salir al exilio en Costa Rica.

Aquel hombre fuerte que se había convertido en un icono de la resistencia me abrazó al verme y lloró desconsolado como un niño por la pérdida de Germán. Aquella vez, la última que nos vimos, le dedicamos casi todo el tiempo a recordar a ese valiente jovencito, que siendo casi un niño fue leal hasta la muerte y cuya vida fue tan corta como ejemplarizante.

Después de que Germán fue asesinado, decidí que jamás tendría escoltas pues aún no superaba la responsabilidad que sentía por su muerte. Aquella pistola que me había entregado mi amigo militar para que me defendiera significaba un peligro para mí si me allanaban, así que la metí en la caja. Esa misma noche saqué todo de mi casa y se lo entregué a una amiga que vivía muy cerca.

Efectivamente, el 28 de enero del 2005 recibí en mi casa la visita oficial del fiscal Alejandro Castillo para allanarme.

A la caza de los informantes

Flavio era un músico sinfónico que había conocido el 31 de diciembre del 2004 en un concierto público de Año Nuevo. Con evidentes signos de que había tomado más de la cuenta se me acercó para declararme su admiración. El Músico se convirtió en la nota simpática de una noche en que yo no estaba para nada animada, porque como era la costumbre desde que me separé de Gastón, el padre de Germania, mi hija pasaba el fin de año con él.

A partir de ese momento, Flavio se dedicó a conquistarme desplegando todas sus estrategias. Al reintegrarme en enero al programa de radio se me aparecía en las mañanas con un desayuno en el estudio, y además me seleccionaba buena música para acompañar los temas difíciles que trataba cada día.

Sin duda, el Músico era una grata compañía sobre todo en aquellos días en que abundaban los sobresaltos, las demandas, los juicios, la persecución.

El 28 de enero después de mi programa, a las 10 de la mañana, el Músico trotaba en un parque cerca de mi casa y llegó a pie a visitarme.

Ya la amistad se tornaba romántica pero yo me resistía en aquellos días a establecer una relación, porque la vida que me estaba tocando vivir no me permitía la paz que requiere lo sentimental.

Sentados frente a frente en la cocina, yo trataba de explicarle esto al Músico:

-Mira Flavio, de verdad que tú eres un tipo encantador. Pero yo no soy para ti... Mira, es que un día vamos a estar en medio de una cena romántica, tú me vas a estar poniendo un anillo de compromiso y en ese momento va a llegar la policía buscándome para meterme presa. Tú eres el amor, la música, la paz. Yo soy la guerra, los líos, los juicios. No, no, no. No somos el uno para el otro...

Mientras yo le hablaba, Flavio, que estaba de frente al ventanal que

daba a la calle se había quedado en silencio, como petrificado.

-Allá abajo está la policía llegando -me dijo.

-De verdad, Flavio. Te hablo en serio, deja la broma.

-Te lo juro, Patricia. Allí están.

Efectivamente, me subí a la misma silla donde había estado sentada y pude verlos. Cuatro patrullas de la Policía Científica estaban estacionadas frente a mi casa.

-¡Uy! -fue lo único que atiné a decir- ¡Palabra cierta!

En menos de cinco minutos, decenas de policías habían subido a mi casa, ubicada en la segunda planta de una quinta, con la finalidad de allanarme. A la cabeza, tal como lo había imaginado Negar, estaba el fiscal Alejandro Castillo, quien de manera socarrona me entregó la orden.

Lo primero que hice fue verle la cara a Flavio. - ¡Qué pena con este tipo! -fue lo que pensé y le dije:

-Mejor es que te vayas antes de que aquí se arme un lío.
-No. Yo me quedo.

Y se quedó.

Acto seguido llamé a mis dos abogados y ambos se encontraban fuera de Caracas, por lo que no iban a poder asistirme. Me comuniqué con los medios de comunicación, con mi papá y con Oscar Pérez quien no tardó en llegar a la casa. Los vecinos acudieron a protestar en la calle y una vez más le di gracias a Dios porque Germania no estaba en la casa a esa hora.

La orden de allanamiento especificaba, como lo dicta la ley, que los funcionarios buscarían documentos que tuviesen relación con las actas de investigación sobre el Caso Anderson que yo había publicado. Yo estaba clara en que no localizarían nada pues había sacado todo dos semanas atrás.

Negar, por teléfono, me dio la instrucción de no permitir que se llevaran nada que no tuviera relación con lo especificado en la boleta de allanamiento.

En aquel momento trabajaba para mí un matrimonio, padres de un bebé de 1 año. Ese día me habían entregado en la radio unas pruebas sobre hechos de corrupción. Se los entregué al trabajador, quien inmediatamente los metió dentro del pañal de su hijo.

Oscar Pérez se percató enseguida de que el Fiscal llevaba un pendrive colgado en el pecho y me alertó que podría contener alguna información para sembrármela en la computadora.

En medio de la confusión yo miraba de reojo a Flavio, quien me había dicho que no llevaba consigo cédula ni identificación. Aún así, los policías lo designaron testigo del allanamiento junto a un trabajador del aseo urbano.

Los policías me preguntaron dónde estaba la computadora y les mostré el camino hacia mi cuarto, que era donde tenía el centro de trabajo. A Castillo le advertí que no permitiría que usara su pendrive y Oscar Pérez se le enfrentó haciéndolo retroceder. Al lado de la computadora había tres cajas llenas de diskettes con el trabajo de toda mi vida almacenado. Los funcionarios comenzaron a meterlos en bolsas para llevárselos cuando los detuve:

-¡Hey un momento! La orden de allanamiento dice claramente que ustedes sólo pueden llevarse material en relación a las actas de investigación del Caso Anderson, así que tienen que revisar uno a uno cada diskette. De manera que aquí estaremos uno año revisando. Estoy lista.

Aquello, yo lo sabía por la cantidad de diskettes, podría llevarles semanas. Sin embargo, comenzaron en mi presencia a introducir uno por uno, y cuando apenas llevaban 12 diskettes uno de los funcionarios metió un clip en una ranura de la computadora y le informó a Castillo que se había dañado el aparato.

En medio de la tensión, una mujer policía me levantó la voz y mi respuesta fue agarrarla por el cuello de la camisa del uniforme.

-¿Qué te pasa a ti, chica? ¿Tú crees que vas a venir a mi casa a levantarme la voz porque tienes un uniforme? -le increpé.

La mujer se echó para atrás sorprendida ante mi reacción, y el policía que encabezaba la comisión intervino para calmar los ánimos.

La mayoría de los funcionarios estaban haciendo aquello a regañadientes. Me guiñaban el ojo y se reían mientras yo insultaba al Fiscal. Les advertí que no les permitiría entrar en el cuarto de mi hija y lo respetaron.

A las dos horas, Flavio me dijo que se tenía que ir porque lo esperaban en el trabajo. Me despedí de él pidiéndole disculpas por el mal rato y pensando que no lo vería más después de aquello.

El allanamiento continuó. Los funcionarios se agotaron primero que yo porque debían revisar cada libreta, cada papel, cada documento y eso era simplemente delirante.

Finalmente, después de casi 6 horas de trabajo metidos en mi casa, se fueron sin nada, pero dejando todo revuelto: las gavetas fuera de sus muebles, la ropa tirada. Era como si un tsunami hubiera arrasado mi hogar.

Cuando salieron, les permití a los medios que subieran para captar las imágenes de aquel desastre. Todos mis colegas escandalizados me comentaron las declaraciones que durante el allanamiento había dado el Fiscal General razonando la acción en mi contra:

La periodista Poleo ha venido publicando informaciones "demasiado exactas" y es nuestro deber investigar de dónde las obtiene.

¡Dios! Ésta era la primera vez que veía que a un periodista se le sometía a una imputación. Al ser allanada quedaba automáticamente imputada penalmente y ¡por decir la verdad!

Con esta declaración, el fiscal general Isaías Rodríguez estaba reconociéndole al país que las actas publicadas hasta ese momento, las cuales revelaban que Danilo Anderson manejaba una red de extorsión que pudiera haber sido el móvil de su homicidio, eran fidedignas. Estaba además poniéndole a mi trabajo un sello de credibilidad.

Tras regresar mi hija del colegio se sorprendió al ver el desastre en el que se encontraba la casa que ella había dejado impecable en la mañana, y me preguntó con la misma voz resignada que usaba para estos casos:

-Mamá... ¿Y ahora qué pasó? ¿Por qué la casa está así?

-Bueno, porque vino la policía buscando lo que no se les ha perdido.

Pero me hicieron un favor porque con la revolcada que le dieron a esta casa aparecieron un montón de cosas que andaba buscando...

Ese mismo día en la noche, cuando ya empezaba a recoger y poner cada cosa en su sitio, Flavio llamó a mi teléfono celular:

-Mira, yo sé que lo que ocurrió hoy fue muy desagradable -le dije sin dejarlo hablar- No vayas a creer que voy a pensar mal de ti porque no te aparezcas más. Así que tranquilo. Seguimos siendo amigos como siempre.

-¡No, te equivocas! -me respondió- ahora más que nunca te digo que me quedo. Que quiero estar contigo.

Su respuesta no me sorprendió porque siempre entendí que Flavio, más que amarme a mí, amaba mi lucha y lo que yo representaba. Su lealtad con mi situación hasta que esa accidentada relación terminó, fue incondicional.

En aquella primera "concha" que me albergó, vi las informaciones sobre la orden de captura en mi contra que había sido dada personalmente por el Fiscal General, a quien yo había enfrentado públicamente en varias oportunidades.

Aunque la decisión de detenerme me había aturdido aquel viernes en

el que comenzaba para mí una etapa de clandestinidad los rumores de que el Gobierno me acusaría de haber planificado la muerte de Anderson habían comenzado dos meses antes. El primer alerta despertó en mí más que asombro, hilaridad. Un trabajador de la Fiscalía me había advertido:

-Patricia, está muy pendiente porque hay un plan para involucrarte en la muerte de Danilo...

A ese mensaje le siguieron otras informaciones, las cuales daban por cierto que sería acusada de planificar el crimen, pero ya había transcurrido casi un año del asesinato y era imposible vincularme ni con las personas que habían sido detenidas hasta ese momento acusadas por el crimen, ni con los dos jóvenes venezolanos que habían sido asesinados por los cuerpos policiales del Estado, y que supuestamente estaban también relacionadas con el crimen.

El día del que tanto hablamos

De la universidad salí montada en la camioneta de Oscar Pérez, con quien habíamos compartido faenas muy duras de pelea por la libertad de

los presos políticos. Junto a Oscar, al dirigente político Antonio Ledezma y a mi amigo el militar retirado Iván Ballesteros, fundamos el Frente por la Libertad de los Presos Políticos y después creamos el Comando de la Resistencia, que había ampliado la lucha por los derechos civiles en Venezuela movilizando a la calle a la población que estaba harta del Gobierno. En el Comando tuvimos como mentor y guía fundamental al cardenal José Rosalio Castillo Lara.

El propio Oscar junto a su chofer me había ido a buscar, además del incondicional Moncho. Marcelo y yo nos montamos en el vehículo y en menos de diez minutos ya habíamos salido del campus universitario.

Moncho asumió la jefatura de mi seguridad en esos momentos. Con firmeza, pero con cariño, esa mezcla que caracterizaba su trato hacia mí, me alertó:

-Bueno mi reina, llegó el día del que tanto hablamos. ¡Ahora a ponernos los pantalones!

Llena de indignación y de rabia sin poder descargarme, dentro del carro pensaba en el día del que tanto hablamos. Moncho y yo habíamos atravesado juntos muchas circunstancias difíciles. Y siempre hablamos del momento en que nos tocara salvarnos de la muerte o de la cárcel. Fueron muchas las horas en las que discutimos acerca de qué haría yo en caso de que se hiciera efectivo alguno de los numerosos intentos que había hecho el Régimen por ponerme tras las rejas. Yo era partidaria de enfrentar los juicios hasta el final, siempre con la verdad por delante. Moncho en cambio me advertía, o más bien me amenazaba conque así tuviera que secuestrarme, jamás iba a permitir que el Gobierno me capturara.

Y sí. Habían sido muchos los intentos del Gobierno. Los dos últimos años de mi vida prácticamente los pasé metida en un tribunal, acusada de un delito o de otro, pero siempre acusada.

El primer intento de ponerme frente a un tribunal fue precisamente por los hechos del 11 de abril del 2002. Pero en aquella oportunidad escribí una serie de reportajes titulados "¿Qué Pasó?", en los cuales le aclaraba al país qué había ocurrido en realidad el 11 de abril, y quiénes

desde la acera de la oposición, por ambición de poder, habían traicionado una salida democrática que estaba prevista.

Recuerdo que los ejemplares publicados sobre esa serie "desaparecían" de los quioscos tan pronto como llegaban. La avidez de los ciudadanos por obtener respuestas veraces sobre los cruentos eventos de aquel fatídico día impulsó la aparición de pregoneros, quienes se apostaban en las esquinas más concurridas vendiendo ejemplares fotocopiados de esos reportajes.

A una interpelación sobre el tema en el parlamento, me acompañó como abogado José Gregorio Rodríguez, quien semanas después de haber aparecido en todas las imágenes de prensa a mis espaldas, durante el interrogatorio, fue nombrado juez de la República. De manera inteligente, el Gobierno me quitaba al abogado, y años después cuando a José Gregorio se lo tragó la burocracia de la Dictadura, me di cuenta de que también había perdido al amigo.

De igual modo resentí que Levy Benshimol, mi profesor en la Universidad, quien siendo presidente del Colegio Nacional de Periodistas y Director de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello, me recomendara dar unas declaraciones que pusieran a Isaías Rodríguez entre la espada y la pared con respecto a la acusación en mi contra, y cuando se ordenó mi detención guardara un pasmoso silencio.

III

VÍCTIMAS DEL MAQUIAVÉLICO COMPLOT

Los presos

Transcurridos apenas unos días de la muerte de Anderson fueron detenidos tres funcionarios policiales de apellido Guevara (dos hermanos y un primo), señalados de haber sido los autores materiales del atentado contra Danilo.

Juan Bautista, Otoniel y Rolando Guevara fueron capturados en diciembre del 2004, en circunstancias muy irregulares, pues a pesar de que hubo testigos de los momentos en que se los llevaban detenidos, cada uno por separado, los cuerpos de seguridad, y el propio fiscal Isaías Rodríguez aseguraban que no estaban detenidos.

En el año 2001, cuando realicé la investigación sobre la presencia del prófugo peruano Vladimiro Montesinos en Venezuela, se supo que los Guevara habían sido los encargados de protegerlo y custodiarlo en el país a petición del vicepresidente José Vicente Rangel para quien trabajaban. En aquel momento, a pesar de las evidencias, los Guevara no fueron sometidos a juicio por ese hecho, pero en el año 2004 fueron capturados por haber sido supuestamente los autores materiales del crimen.

Los Guevara fueron torturados de tal manera durante los interrogatorios, que las audiencias de presentación en los tribunales hubo que posponerlas varias veces, porque los signos de golpes en sus cuerpos eran evidencia de las brutales torturas sufridas.

Los muertos

El 23 de noviembre del 2004, una noticia movilizó a los reporteros de la fuente de sucesos: un joven abogado, Antonio López Castillo, había sido abatido por una comisión de la Policía Científica mientras se trasladaba en su vehículo por la Plaza Venezuela, una de las más congestionadas de la ciudad capital.

Los voceros policiales aseguraron que López Castillo se había enfrentado a tiros con los policías y por eso habían tenido que matarlo. En el intercambio de disparos murió también un funcionario policial, Luis Alberto Pavón.

Ese mismo día, la policía allanó la casa de los padres de Antonio López. Su madre, Haydeé Castillo, había sido una militante del partido Copei, de ideología socialcristiana y había ejercido cargos gubernamentales importantes. El padre, Antonio López Acosta, había sido Contralor General de la República.

Haydeé Castillo se caracterizó siempre en la actividad pública por su carácter impenetrable. Tenía fama de mujer de hierro, implacable, infranqueable. Aquel día, los funcionarios policiales se presentaron encapuchados en su casa cuando aún ella no se había enterado de la muerte de su hijo y se lo anunciaron así:

-Hemos matado a su hijo como un perro...

Cualquier vestigio del severo carácter de la senadora Castillo, como la llamaba todo el mundo, se desmoronó en aquel momento. Los policías entraron en aquel hogar integrado por dos ancianos, llevándose todo por delante y buscando evidencias que relacionaran a Antonio Castillo con la muerte de Anderson. Finalmente, en un lugar tan insólito como debajo de la mesa de la cocina dijeron haber localizado armas y explosivos.

Jesse Chacón, ministro del Interior para el momento, declaró que los organismos de inteligencia tenían varios días haciéndole un seguimiento a Antonio López Castillo. ¿Por qué entonces, si el abogado era tan importante para las investigaciones sobre la muerte de Danilo, no lo capturaron vivo en su casa u oficina? Eso jamás supieron responderlo.

Al día siguiente, cuando aún el cadáver de Antonio López no había podido ser retirado de la morgue, la policía se llevó presos a sus ancianos padres. Los sacaron a empujones de su residencia, esposados y vejados ante toda la opinión pública nacional que contemplaba atónita -a través de las pantallas de televisión- el ensañamiento de que eran objeto ambas figuras, quienes enfrentaban aquella atrocidad dirigida desde el alto Gobierno con la serenidad propia de los hombres que se enfrentan a la adversidad con estoicismo. Durante tres días ambos permanecieron incomunicados. Haydeé Castillo, llena de aplomo, no permitió que ningún familiar retirara el cadáver de su hijo:

-Cualquiera que vaya a la morgue a buscar a Antonio, también puede ser detenido -advirtió.

A los 3 días, la pareja fue dejada en libertad y finalmente pudieron darle cristiana sepultura a su hijo menor. Antes, expertos analizaron el cadáver y advirtieron que la mayoría de las perforaciones halladas en su cuerpo demostraban que había sido acribillado dentro del carro, por lo que resultó falsa la versión oficial de que se había bajado del vehículo para enfrentarse a la comisión policial. Al abogado ni siquiera le dio tiempo de sacar su pistola porque la orden era matarlo. Una vez en el piso, uno de los policías le disparó en la barbilla para asegurarse de que estaba muerto.

Lo más doloroso para la familia de la policía científica fue constatar que el comisario Luis Alberto Pavón, muerto en la balacera, había sido asesinado por accidente a manos de uno de sus compañeros.

López Castillo no fue velado sólo. En la capilla a su lado, reposaba el cuerpo de otro joven venezolano, Juan Carlos Sánchez, a quien los investigadores relacionaban también con el homicidio de Anderson. Según la versión oficial, Sánchez había sido abatido en un hotel en Barquisimeto,

ciudad a cuatro horas de la capital, por haberse enfrentado a una comisión policial. Semanas después se comprobaría que Sánchez murió mientras lo torturaban en los calabozos de la policía política, y después le dieron los tiros en el pecho para simular el enfrentamiento.

A sólo dos días de su entierro, me reuní con José María Sánchez Bravo, padre de Juan Carlos Sánchez y con su tía Mary Carmen.

Esa tarde tuve que sobreponerme para hacer mi trabajo periodístico, porque el dolor que me transmitían esas dos personas me conmovía profundamente. José María era un anciano cuya piel, aunque ya ajada por los años, dejaba traslucir que había sido un hombre muy apuesto, además de que su gran tamaño le prestaba una elegancia innata. Había llegado a Venezuela de su natal España hacía más de cuatro décadas. Sus ojos azulísimos tenían zanjas rojas que dejaban ver cuánto había llorado a su hijo.

La tía, Mary Carmen, cuyo sobrino consentido era Juan Carlos, fue la primera en enterarse de su muerte mientras escuchaba un programa de radio donde transmitían la información. Mary Carmen se había comunicado con el periodista y éste le confirmó la fatal noticia. La familia se trasladó entonces a Barquisimeto, donde el padre y la tía reconocieron el cadáver de Juan Carlos.

-Quiero que me pongas atención -me dijo aquel hombre con una dulzura que provenía de su dolor de padre. Quiero describirte cómo estaba el cadáver de mi hijo: sus dos ojos estaban morados. El izquierdo tenía un morado en ambos párpados. Mientras que el ojo derecho tenía un hematoma en el párpado superior. Pero lo que más me impresionó fueron sus manos que estaban totalmente moradas...

La tía Mary Carmen fue quien tuvo fuerzas para pedir que le descubrieran el cadáver arropado con una sábana blanca y así fue como le contaron cuatro tiros, todos en el pecho.

Los hematomas, tanto en los ojos como en las manos, son un indicio claro de tortura física. En los ojos no se forman los depósitos de sangre por caer al piso, sino con golpes contundentes localizados. Las manos se

tornan moradas si son atadas de tal forma en las muñecas que no circula sangre a través de ellas.

Juan Carlos era campeón de tiro. Había sido formado por los mejores instructores. La posición de los tiros indicaba que se había quedado de pie, sin movilizarse, mientras le disparaban. Si se enfrentó a la comisión policial, ¿cómo este diestro joven resultó tan estratégicamente abaleado, y ninguno de los policías resultó herido en el supuesto enfrentamiento?

Todas las evidencias llevaban a concluir que Juan Carlos Sánchez fue amarrado, torturado físicamente, y estando inmóvil lo asesinaron.

José María Sánchez luchó por reivindicar la memoria de su hijo hasta que ya no pudo más y murió en el año 2010.

En el año 2004 la policía de Hugo Chávez había torturado y masacrado a tres jóvenes venezolanos: Germán Delgado, Antonio López Castillo y Juan Carlos Sánchez. Las sospechas de la participación de la policía política -Disip- en el crimen de Anderson surgieron desde el primer momento...

El puñal de la desconfianza

Mientras veía las informaciones que los noticieros escupían estrepitosamente, intentaba deducir cómo haría el Régimen para vincularme con las personas a quienes hasta el momento ellos habían relacionado con el crimen.

¿Cómo relacionarme con tres policías a quienes yo había acusado de proteger al prófugo peruano Vladimiro Montesinos? ¿Cómo vincularme a estos tres hombres que podían considerarse mis enemigos?

Con respecto a Antonio López y a Juan Carlos Sánchez sólo supe que existían cuando ya estaban muertos. ¿Cómo probarían que yo me había asociado con ellos para planificar el atentado contra Danilo Anderson? ¿Cómo justificarían el montaje?

Aquella noche del 4 de noviembre estaba segura de que lo mejor sería entregarme, pues no existía forma de probar mi participación en el crimen y yo tenía que demostrar mi inocencia. A pesar de todo lo que había vivido, pensaba que si era inocente nada podría pasarme.

La recomendación de mis abogados fue mantenerme escondida hasta que ellos revisaran qué había en el expediente.

-¿Qué va a haber en el expediente? -le increpé ese mismo día a mi abogado Negar Granado. ¡Nada! ¿O tú crees que yo maté a Danilo Anderson? -le pregunté.

Algunos comentarios de amigos con los que había hablado antes de incomunicarme, o que me enviaban mensajes de texto, me hacían entender que me creían capaz de algo como aquello. Cosas como: "Estamos contigo pase lo que pase", "aunque hayas hecho lo que hayas hecho te acompañaré siempre", "no me importa si eres inocente o culpable..." sólo contribuían a potenciar mi rabia en aquel momento, y los sentía como puñales de desconfianza que me enterraban en el corazón.

Esa misma noche di unas declaraciones vía telefónica al canal de noticias Globovisión y me comprometí con mi amigo Miguel Ángel Rodríguez, entonces periodista del canal de televisión Radio Caracas, que al día siguiente lo mandaría a buscar para que me hiciera una entrevista.

Alrededor del televisor nos sentamos Manny, Moncho, Flavio, mi alumno Marcelo y yo. Los noticieros transmitían una y otra vez la imagen de la fachada de mi casa rodeada de vecinos que esperaban a los policías que irían a capturarme para repudiarlos. Veía en aquella pantalla y trataba de ubicar las piezas del rompecabezas de mi vida que había allí adentro: mis mascotas (11 gatos que se habían criado conmigo), mis libros, las cartas de amor entre mis padres, mis fotos, mis recuerdos.

Los medios de comunicación, mis colegas y amigos periodistas reventaban las casillas de mensajes en mis teléfonos. Llamaban a mi papá, a mi familia... intentaban dar conmigo para que diera una declaración.

De un teléfono de Manny hice dos llamadas que a ellos les sorprendieron: a mi manicurista y a mi peluquera. Ambas me atendieron con cautela porque no querían comprometerme. Les pedí que fueran a atenderme al día siguiente, aunque les advertí que si no querían arriesgarse yo lo entendería. Las dos me respondieron valientemente que enviara a alguien a buscarlas.

La tensión se rompió cuando todos se echaron a reír porque ni siquiera en aquellos momentos tan difíciles descuidaba mi apariencia personal:

-No es coquetería -les aclaré a todos. Es que no pienso presentarme ante el enemigo derrotada. Quiero que vean lo mejor de mí.

La búsqueda implacable

Esa noche del 4 de noviembre apenas pude dormir. Cerraba los ojos y enseguida sentía una voz que me alertaba a no descuidarme. Escuchaba ruidos y daba vueltas recorriendo aquella inmensa cama mil veces, llena de rabia, de impotencia, y pensando en las opciones que me presentaba la vida.

Manny me había prestado un mono y una franela porque yo no tenía más ropa que la que llevaba puesta. Sabía que la policía vigilaba mi casa para seguir a cualquiera que entrara a buscar algo para mí, por lo que tenía que olvidarme de lo que había dejado atrás.

A ratos sentía náuseas y me paraba a vomitar, pero por más esfuerzo que hacía nada podía salir de un estómago vacío. Me mantuve un rato inclinada en el retrete quizás tratando de vaciar la rabia y la impotencia que no me dejaban pensar.

Veía el reloj cada segundo y aquella noche se hacía interminable.

Muy temprano el sábado, Moncho se encargaría de buscar a la manicurista y a mi peluquera. Claro que él no estaba de acuerdo en que nadie supiera dónde me encontraba yo, pero cedió ante mi decisión de no aparecer desarreglada en cámara. Además -le dije para convencerlo- no sé cuándo podré volver a arreglarme el cabello y las uñas.

Marcelo tenía la misión de encontrarse con el periodista Miguel Ángel Rodríguez en un punto de la ciudad para llevarlo con los ojos vendados hasta donde yo me encontraba. Claro que no desconfiaba de mi colega, que además había sido un amigo incondicional, en cuyo programa pude dar a conocer mis investigaciones periodísticas muchas veces. Pero temía que después de difundirse la entrevista que me haría, los esbirros de Hugo Chávez lo obligaran de alguna forma a revelar mi ubicación. De cualquier modo estaba previsto, según los planes que habíamos hecho, que al terminar la entrevista con Miguel Ángel yo me movería a otro escondite.

Al amanecer nos enteramos de que la policía política había hecho allanamientos en casas de personas relacionadas conmigo en el oriente del país, a donde yo tenía planificado viajar esa noche.

Una de las personas "visitadas" por ellos fue Lucrecia, una activista con la que había establecido una estrecha amistad. Ya vestida para dormir, Lucky, como yo la llamaba, le abrió la puerta a la comisión policial que llegó a buscarme a su casa. Los funcionarios se sorprendieron ante la tranquilidad con la que actuaba esa mujer, quien enfrentaba sola la llegada casi a la medianoche de una decena de hombres armados hasta los dientes, dispuestos a revolverle toda su casa buscándome.

Con una serenidad pasmosa, y cargada de ironía, Lucky mostró la parte de mí que había en su casa: el Puky, un espectacular gato persa rosado que me había regalado Flavio, y que me vi obligada a entregarle a mi amiga en custodia porque se peleaba con el resto de mis felinos. Los policías, creyendo que Lucky se burlaba de ellos, la amenazaron con llevársela presa, a lo que ella reaccionó colocando hacia adelante sus dos brazos juntos en señal de que le pusieran las esposas.

Simultáneamente, otra comisión allanaba viviendas de amigos en Carúpano, el lugar a donde tenía planificado viajar el viernes en la noche. A mi casa no habían ido, pues estaba claro que sabían ya que no me encontraba allí.

Antes de las 9 llegaron la manicurista y la peluquera. Las dos me abrazaron muy fuerte cuando me vieron y entendí que más allá de ser su dienta ambas sentían afecto por mí. Hicieron su trabajo con gran esmero. La peluquera, una mujer ya mayor que se distinguía por su elegancia y clase, me preguntó, como tratando de no ser imprudente:

-¿Tú crees que tus abogados puedan arreglar que yo entre al sitio ése donde vas a estar para arreglarte?

Aquello significó para mí un gran gesto de solidaridad. Que aquella mujer, que no salía de su elegante salón y de las casas más refinadas en Caracas y Europa, se pusiera a la orden para arreglarme el pelo en la cárcel. Me levantó el ánimo ese día en que pensaba erróneamente que la

vida había terminado para mí.

Mientras tanto, Miguel Ángel y el camarógrafo me esperaban pacientemente en la cocina de la casa, pues me preparaba para la entrevista y me decía a mí misma que no debía mostrar sentimientos de debilidad aunque me moría por gritar, llorar... La impotencia me impedía hasta respirar por segundos. Debía mantener la serenidad.

Miguel Ángel Rodríguez me agradeció haberle concedido la entrevista, pero en mi interior sentía que yo era quien debía agradecerle a él el riesgo que estaba asumiendo. No habían transcurrido aún 24 horas de la orden de detención en mi contra y ya empezaba a sentir como hasta mi gente más cercana tenía temor de que los relacionaran conmigo. La duda acerca de si yo había efectivamente planificado el atentado contra Danilo Anderson ya estaba sembrada.

El colega, o mejor dicho, el amigo, fuera de cámara me preguntó qué iba a hacer y mi respuesta reflejaba lo que había decidido hasta el momento:

-Entregarme, Miguel... ¿qué más puedo hacer? Yo no puedo esconderme o irme sin enfrentar esto...

Como sospechábamos, al difundirse la entrevista el lunes, a Miguel Ángel Rodríguez lo citaron a declarar en la Fiscalía para que revelara dónde me encontraba, pero el periodista fiel a su oficio, y a la amistad, no les dijo nada.

Mi encuentro con los medios

El sábado, al irse Miguel Ángel, nos sentamos nuevamente a tomar decisiones. Mis abogados me habían pedido esperar hasta el lunes para que ellos pudieran revisar el expediente. Yo sabía que debía moverme de la casa de Manny lo más pronto posible.

De un teléfono celular que Moncho trajo ese día, llamé mil veces a mi hija que se encontraba en la casa de mi mamá. Esa niña de apenas 11 años nunca dudó de su mamá y siempre se mantuvo serena ante las circunstancias. Su única angustia era cuándo volveríamos a vernos, pues ambas estábamos tan unidas, que hasta dormíamos juntas.

Le rogué a mi mamá que no enviara a Germania al colegio por unos días, pues sabía que los esbirros que me buscaban como perros de presa la estarían siguiendo para ubicarme a mí. Además me resistía a exponerla a la curiosidad natural que el caso había despertado en la gente. Quería protegerla porque sabía que le harían preguntas que ella no sabría responder, o en el peor de los casos, que algún niño amparado en la

crueldad propia de la infancia, acusara a su mamá de asesina.

La Fiscalía no sólo había ordenado mi detención sino la de otras tres personas: el empresario Nelson Mezerhane, el general retirado de la Guardia Nacional Eugenio Añez y Salvador Romaní, el hijo de un reconocido cubano luchador contra la dictadura de Fidel Castro.

Por más que le daba a la cabeza, no entendía cómo podían relacionarme con estas tres personas, con las que estaban presas, y con los dos jóvenes que habían sido asesinados por la policía política.

A Mezerhane lo conocía sólo por referencia, pues además era propietario de medios de comunicación. Al general Añez nunca lo había visto aunque sabía quién era, pues una de mis fuentes de trabajo era el sector militar. Y de Salvador Romaní ni siquiera sabía de su existencia, aunque sí conocía bien a su homónimo padre.

Las primeras declaraciones que los fiscales dieron sobre el caso nos acusaban de haber participado en reuniones donde "estudiamos las posibilidades para vulnerar al Gobierno Nacional".

El vocero era el fiscal Yoraco Bauza, uno de los que precisamente había sido mencionado en el inicio de la investigación, como parte de la banda de extorsionadores que encabezaba Danilo Anderson.

En febrero del 2005, cuando mi casa acababa de ser allanada por orden de Isaías Rodríguez, quien me acusaba de publicar informaciones "demasiado exactas", ofrecí una rueda de prensa en la que presenté a periodistas venezolanos, corresponsales extranjeros y a organizaciones defensoras de la Libertad de Expresión toda la investigación que hasta el momento yo había realizado sobre el crimen.

Isaías Rodríguez me había amenazado públicamente con abrirme un juicio, alegando que yo había obtenido de forma ilegal las pruebas que había publicado sobre el Caso. Lo que intentaba el Fiscal era definitivamente detener las investigaciones que los periodistas estábamos publicando.

En la rueda de prensa expuse las evidencias que demostraban que detrás del asesinato había manos poderosas, pues entre otras cosas, los escoltas de Anderson -que nunca se separaban del Fiscal- no estaban con él el día en que atentaron contra su vida. Jamás fueron llamados a declarar y nunca pudieron ser ubicados por los periodistas que investigaban el caso. Además se demostró que funcionarios de la policía política -Disip- habían estado horas antes de los hechos en los alrededores de la avenida Las Ciencias, donde explotó la camioneta del fiscal, despejando la zona y llegando incluso a ordenarle a los establecimientos comerciales de los alrededores que cerraran sus puertas. ¿Cómo sabían esos funcionarios lo que ocurriría allí esa misma tarde?

El camino a seguir

Moncho había sido el primero en alertarme sobre el peligro que se cernía sobre mí, pues los contactos que conservaba dentro de los cuerpos de seguridad le habían informado que el vicepresidente José Vicente Rangel estaba destinando una considerable cantidad de dinero para quién entregara datos detallados de todas mis actividades.

Meses atrás cuando había comenzado a rodar el rumor de que me acusarían del crimen, una de las primeras acciones que tomé de la mano de mis abogados, fue solicitar formalmente ante el fiscal Yoraco Bauza que me informara si estaba siendo objeto de alguna investigación relacionada con el hecho. En contra de lo que ordena la Ley jamás recibí respuesta. Después sabría que la razón es que se estaba fraguando el infame montaje en mi contra, y el fiscal Bauza era parte importante en el plan.

Este fiscal había jurado públicamente que me pasaría factura por haber revelado su alianza con Anderson para extorsionar a ciudadanos sometidos a investigación.

En esos días, le pedí a mi padre, el periodista Rafael Poleo, que intentara por su parte conseguir información sobre la acusación que tramaban en mi contra. Mi papá le había hecho varias llamadas al fiscal Isaías Rodríguez, y estando en el barbero cortándose el cabello, recibió en su celular la llamada de este funcionario confirmándole los rumores:

-¿Isaías, qué hay de cierto en que a Patricia la están investigando por la muerte de Danilo Anderson?

(Mi papá había conocido al Fiscal muchos años atrás, y por eso lo trató con confianza).

-Sí... -le respondió esquivo Isaías. Algo de eso hay...

-Entonces, ¿tú me recomiendas que la saque del país?, le preguntó perspicaz mi papá.

-Pues... tú eres el padre... -respondió Isaías en una frase que mi papá consideró como un "¡Sí!".

Después de esa conversación, mi papá se mostró caviloso como suele hacer cuando se entrega a analizar los toros desde la barrera con la pericia y la frialdad de un cirujano. Se comunicó conmigo y me informó lo que estaba ocurriendo. Quedamos en encontrarnos más tarde para tratar el asunto. En su casa, mi papá me pidió por segunda vez que me fuera del

país:

-Yo te mantengo afuera para que vivas con dignidad al lado de mi nieta. Pero aquí no te puedes quedar -sentenció.

Nuevamente me negué a esa posibilidad. Traté de enfrentarlo con la realidad de que no podía irme hasta conocer en detalle qué había contra mí, pues sabía que no había forma de conectarme con el maquiavélico montaje.

Mi papá me propuso entonces que conversara con varias personas para pedirles su opinión con respecto a qué deberíamos hacer. La primera persona que contactamos fue al cardenal Rosalio Castillo Lara, un sacerdote militante de la defensa de los Derechos Humanos, y cuyas posiciones duras frente al gobierno de Hugo Chávez lo habían convertido en una especie de mentor de la lucha por la Democracia en Venezuela.

El cardenal Castillo Lara, un hombre que hizo su carrera en el Vaticano como la mano derecha del papa Juan Pablo II, creía fervientemente en el precepto del Santo Padre: "No tengáis miedo", y esa frase había creado en mí una especie de dogma, de religión.

En aquellos días, cuando ya debía estar dedicado a sus libros, sus recuerdos y al merecido reposo del guerrero, el Cardenal enfrentaba con valentía una persecución implacable del Gobierno no sólo contra la Iglesia Católica, sino contra él en particular. Pese a su ya avanzada edad, ningún miembro de la Iglesia Católica en aquel momento acompañó tan enérgicamente las luchas ciudadanas como Castillo Lara, quien siempre hablaba de forjar valores para evitar que las generaciones futuras conocieran más tiranías.

Mientras muchos otros religiosos venezolanos guardaban silencio, él escogió el sendero mas difícil, el de allanarle el camino a un gobierno dispuesto a atacar y desprestigiar a la Iglesia Católica, y tuvo una claridad admirable para advertir la opresión planificada por el Régimen contra lo cual sólo se podía luchar, en su opinión, con un pueblo movilizado y un programa de inclusión social. "Justicia para que exista libertad" -era su lema. En su vida pastoral conocía muy de cerca el comunismo, y por eso

dedicó sus últimos años a luchar contra él para que éste sistema no se implantara en Venezuela.

Encuentro con el Cardenal

Los últimos días de octubre del 2005 estuvieron llenos de tensión, de la angustia propia de no saber sobre qué piso caminábamos.

El Cardenal nos recibió casi inmediatamente en su casa de Güiripa, a una hora y media de Caracas. Salimos muy de madrugada para ser puntuales. Flavio manejaba, mi papá iba a su lado y yo en el asiento trasero. En mitad del camino, el celular de mi papá sonó y lo escuché saludar de forma afable a José Vicente Rangel, el entonces vicepresidente de la República:

-¡Hola, José Vicente! ¡Gusto en saludarte! ¿Cómo estás?...

Uno de los puntos de confrontación entre mi padre y yo era precisamente su relación con ese siniestro personaje, a quien insistía en llamar "amigo" a pesar de la cuestionada actuación que tuvo durante el gobierno de Hugo Chávez.

Flavio me miró a través del retrovisor pidiéndome con su mirada que mantuviera la calma. El sabía lo explosiva e hiriente que yo podía ser en esas circunstancias.

Apenas terminó la llamada, mi papá de forma solemne nos contó que José Vicente estaba sumamente avergonzado con lo que se planificaba contra mí, y le aclaró que él no tenía nada que ver con el asunto.

Sin poder evitarlo le respondí con sarcasmo a mi padre, quien se mostraba complacido con las palabras de José Vicente:

-¡Por favor! ¿De verdad tú le creíste a José Vicente que él siendo

vicepresidente no tiene nada qué ver con este perverso montaje?

-No tengo porqué no creerle -me respondió.

Flavio insistía calmándome con la expresión de sus ojos a través de retrovisor, y decidí callarme para evitar un percance en la peligrosa carretera.

Apenas entramos en la casa del Cardenal, la paz regresó a mí de forma mágica. Sentados en la sencilla sala de su residencia escuchó con atención el planteamiento de mi papá acerca de lo que estaba por venir, y le comentó la conversación que él había sostenido con el fiscal Isaías Rodríguez.

Castillo Lara no se mostró sorprendido de que el Gobierno fuese capaz de encerrarme en una cárcel por 30 años, y me aconsejó cuidarme y preservarme:

-Tú eres una luchadora incansable. Has demostrado fortaleza, dignidad, valor. No permitas que te arranquen a juro todo eso poniéndote tras las rejas indefinidamente. Tú haces falta... mucha falta. Pero presa no valdrás nada.

En un tono de voz firme me dijo:

-No importan los peligros, hay que levantar la bandera de la verdad siempre. La labor que escogiste como misión de vida está llena de desafíos. Tienes una gran responsabilidad.

Antes de irnos, el Cardenal me bendijo y no pude evitar que mis ojos se enrojecieran. La historia de ese hombre de Dios y mi corta relación con él marcaron mi vida quizás para siempre. De forma Divina, cada vez que sentía que la paz me abandonaba, que ya no quería luchar más, recibía una llamada telefónica de Rosalio Castillo Lara llenándome de valor y fuerza. El Cardenal murió justo dos años después de ese encuentro, el 16 de octubre del 2007 y aún me acompaña y me sostiene espiritualmente. Aún está ahí bendiciéndome cada mañana.

El regreso a Caracas aquel día fue en absoluto silencio. Yo sólo

pensaba con mi mente demasiado lógica que el Gobierno no tendría forma de probar mi autoría en un crimen tan horrendo como el de Danilo Anderson. Pensaba entonces que en esa fase, muy ingenuamente el Gobierno le estaba aplicando a mi papá una operación sicológica para "quebrarlo" como si no conocieran lo curtido que él ya estaba en estas lides, pues ya había pasado por dos experiencias que lo habían empujado al exilio, de modo que su capacidad para sentir miedo no se dispararía así tan fácilmente. Él ya sabía muy bien por dónde venían todos los tiros.

Esa insinuación del Fiscal General para amilanarlo con el fin de que yo emprendiera cuanto antes la huida hacía muy evidente la desesperación del Gobierno. Yo me había convertido en una figura demasiado incómoda tanto en la calle como por mi trabajo en El Nuevo País debido a las graves denuncias que publicaba, con el respaldo de las pruebas. En la calle desestabilizaba al régimen, porque las marchas que convocaba junto a los demás miembros del Frente por la Libertad de los Presos Políticos y luego con el Comando por la Resistencia atraían concentraciones multitudinarias de ciudadanos de todos los estratos de la sociedad hambrientos de paz, libertad y justicia. Una de las protestas más concurridas fue precisamente la que convocamos contra el fiscal general Isaías Rodríguez que ahora me pasaba la factura.

IV

EL INFIERNO DEL CAUTIVO

Búsqueda sin cuartel

El sábado en la tarde se me despertó un apetito voraz. Fue cuando me di cuenta de que no había comido nada desde hacía más de 24 horas. Entonces le pedí a Flavio que fuera a La Posada, mi restaurant favorito, al que iba cuando era adolescente y comprara comida para todos.

Apenas Flavio entró en el lugar, Pancho, un mesonero que tendría 30 años atendiendo en el restaurant, no lo dejó ni siquiera hablar y le despachó enseguida, sin cobrarle, los platos que yo solía comer allí.

Cuando llegó con el encargo, nos sentamos en la mesa de la cocina Moncho, Manny, Flavio y yo. Todos comimos con voracidad y en silencio, porque estábamos hambrientos y sumidos en nuestros propios pensamientos ante la difícil encrucijada que ahora nos tocaba afrontar.

En ese momento entró Marcelo cargado con los periódicos del día y nos contó que una comisión de la Policía Política había pasado por la urbanización donde vivía, averiguando su dirección. Ya sabían que había sido Marcelo el que me había sacado de la Universidad la noche anterior.

Si en alguien confiaba mi seguridad, era en Moncho. A pesar de que consideraba que estábamos en un sitio seguro, insistía en que debíamos salir de allí hacia otro lugar lo más pronto posible. El tenía información de que la orden impartida por los cuerpos policiales y militares era localizarme dónde estuviera.

Ya conscientes de que se habían activado todos los mecanismos de una sañuda persecución contra mí, como estrategia para desorientar la búsqueda, Moncho viajó hacia las afueras de Caracas con mi teléfono celular y lo encendió en diferentes zonas, para que los cuerpos de seguridad detectaran la ubicación de las celdas. El plan de Moncho funcionó, pues horas después el lugar fue tomado por gran cantidad de funcionarios que creían que me habían ubicado.

El Comando Nacional de la Resistencia, organización de la que había sido fundadora, se reunió ese mismo sábado en el Hotel Coliseo en Caracas para debatir las acciones a tomar en protesta por las medidas

judiciales dictadas contra mí. La Policía Política allanó el lugar y revisó varias habitaciones porque pensaban que yo me encontraba allí, hasta que tuvieron que abandonarlo por la protesta de quienes asistían a la reunión.

El general Eugenio Añez y Salvador Romaní habían sido capturados el mismo viernes en la noche. Faltábamos Nelson Mezerhane y yo.

Eligio: Un amigo para siempre

La primera persona que se comunicó conmigo para ponerse a la orden apenas se conoció el escándalo, fue el banquero Eligio Cedeño. A él lo conocí en el año 2001 y siempre había contado con su apoyo económico para la organización de marchas, protestas y todos los eventos vinculados a la lucha por los Derechos Humanos, sobre todo por los presos políticos.

Apenas su nombre surgió en el escenario financiero en Venezuela, Eligio se convirtió en una especie de mito sobre quien se tejían cuentos que llegaron a ser leyendas. La razón es que se trataba de un hombre muy joven, con una gran fortuna, que había irrumpido inesperadamente entre los banqueros tradicionales del país como una figura competitiva y arriesgada. Lo más fácil para muchos era desacreditar el origen de su dinero, pero eso no lo amilanó nunca porque explicaba con detalles a quien quisiera escucharlo de dónde había sacado cada centavo.

Ivana Trujillo, una vendedora de publicidad que trabajaba para el periódico de mi familia, El Nuevo País, un día me pidió que la acompañara a un almuerzo con "un cliente que quiere conocerte". Se trataba de Eligió Cedeño. Accedí con gusto porque además sería un placer para mí conocer a "la leyenda", y nos citamos para almorzar.

Para nuestra sorpresa, Eligio llegó al restaurant manejando su propio vehículo, que además no era lujoso. Apenas nos estrechamos las manos supe que aquel era un hombre bueno y que estábamos sellando una relación de amistad para siempre. Aunque por supuesto en aquel momento no imaginaba lo importante que Eligió sería en el futuro para la

preservación de mi libertad y hasta de mi vida y la de mi hija.

En aquel almuerzo, él me manifestó su disposición de contribuir en lo que fuera necesario para la restitución de la democracia en Venezuela. Se mostró admirado de la lucha que llevaba hasta ese momento el dirigente sindical Carlos Ortega, y demostró conocer bien mi trabajo periodístico que calificaba como muy valiente.

Al saber que me habían mandado a detener, Eligio se comunicó conmigo para preguntarme qué pensaba hacer. En primera instancia le dije que tenía que esperar que mis abogados revisaran el expediente. El sábado en la tarde volví a comunicarme con él, y me dijo que había comprado varios teléfonos celulares a nombre de personas ajenas a mí para poder comunicarnos con seguridad.

Moncho salió a buscar los teléfonos que distribuimos entre Manny, Flavio y Marcelo. Le envié uno a mi mamá para poder comunicarme con Germania y Eligio conservó uno por el que nos comunicábamos cada hora

El sábado me comuniqué con mi papá y nos citamos para vernos el domingo en la casa de "la Jirafa", una amiga que había escondido anteriormente al general Néstor González González. La idea era quedarme en ese sitio hasta que decidiéramos qué hacer.

Para salir de la casa el domingo en la tarde, Manny me prestó una chaqueta azul oscura con una capucha. Mi abogado Negar y Flavio me fueron a buscar en una camioneta que estacionaron en el garaje dentro de la casa, y con las puertas cerradas me metí en la parte trasera y me acosté. Los pantalones que vestía desde que salí de mi casa el viernes eran amarillos y se reflejaban mucho en los vidrios por lo que Negar me puso encima unas bolsas de basura negra para que nadie pudiera verme.

Luego, para llegar a la casa de la Jirafa tomaríamos la Cota Mil, una autopista rápida que tenía una salida justo en la urbanización donde ella vivía. Pero las cosas no fueron tan fáciles en aquel traslado. Estaba lloviendo y había ocurrido un accidente por lo que de repente quedamos rodeados por varios vehículos policiales, y justo al lado, se estacionó una camioneta más alta que la nuestra llena de guardias nacionales.

Desde atrás le preguntaba a Flavio y a Negar qué estaba pasando, porque escuchaba las sirenas y veía las luces de las cocteleras de las patrullas policiales.

Negar me habló mirando siempre hacia adelante:

-Quédate tranquila que estamos rodeados de guardias nacionales. ¡Ni respires!

Y así lo hice. Lo menos que quería era que me capturaran en medio de la calle, una noche de lluvia, y que me vejaran como les diera la gana. Prácticamente me fusioné contra el piso de la camioneta hasta que llegamos a la casa de la Jirafa.

Allí estaba ya mi papá esperándome. La Jirafa me ofreció comida, pero yo lo menos que quería era comer en aquel momento. Sólo quería hablar con mi papá a quien se le notaba la gran preocupación que tenía.

-Lo primero que tienes que hacer es incomunicarte. Si sigues hablando por teléfono te van a encontrar -me dijo exasperado.

Hasta ese momento no teníamos claro en qué se habían basado para acusarme de planificar el homicidio de Anderson, pero mi papá insistió en que debía irme porque las circunstancias indicaban que las cosas no se aclararían a corto plazo.

La Jirafa insistió en que me quedara escondida en un anexo de su casa, pero desde que llegamos había gente entrando y saliendo, y sentí que la seguridad allí era muy precaria. Cualquiera podría contar que me había visto allí por lo que preferí regresar a casa de Manny. Antes me tomé una sopa de pescado que había preparado la Jirafa. Me despedí de mi papá con un abrazo muy fuerte y me fui.

Una acusación viciada

Una vez de regreso en casa de Manny nos dedicamos a ver las noticias. El Fiscal General declaró que había doce indicios en mi contra y destacó uno que fue el que llamó la atención de los medios:

Una declaración de alguien que vio, oyó, tocó, olfateó y tuvo mal gusto, y con todos esos sentidos percibió la información}' la entregó al Ministerio Público.

Por más que le daba a la cabeza no hallaba algo que pudiese estar siendo utilizado por Isaías Rodríguez para incriminarme. ¿Quién era ese testigo? ¿Cómo podía haberme señalado a mí? ¿De qué se trataba todo el asunto?

A mi defensa se había unido el abogado Alonso Medina Roa. Junto a Negar intentaba calmarme alegando que había muchos vicios en la acusación, en primer lugar porque nunca me habían llamado para declarar y de esa forma corroborar si ese testigo decía la verdad.

Los periodistas se avocaron inmediatamente a identificar a ese personaje que me había acusado a mí y a otros tres venezolanos más, dos de ellos ya presos para entonces.

Isaías Rodríguez adelantó ese día sin dar detalles que yo había participado en varias reuniones para planificar el crimen de Anderson: una en Maracaibo, otra en Miami y una tercera en Panamá.

Le pedí entonces a Flavio que buscara mi pasaporte, gracias al cual yo podía demostrar que no había viajado a Miami y mucho menos a Panamá, país que nunca había visitado. De acuerdo con mis abogados, eso y mi movimiento migratorio serían pruebas contundentes para mi defensa.

El domingo me llevé una sorpresa al enterarme de que Isaías Rodríguez acusaba también al general Jaime Escalante de ser cómplice de los autores intelectuales. Es decir mi cómplice. Aquello me llenó de indignación toda vez que el general Escalante era un oficial muy ligado al

Gobierno, a quien yo había denunciado en numerosas publicaciones. ¡Dios! ¿Cómo podía yo ser cómplice de aquel personaje?

Un segundo escondite

Eligio me llamó ese domingo. Me dijo que tenía listo un lugar para esconderme y que el lunes me llamaría para ponernos de acuerdo. Moncho se alegró de la noticia, porque ya teníamos que movernos de la casa de Manny.

Como estaba previsto, al comenzar la semana mis abogados se presentaron ante el tribunal, a cuyo cargo estaba la juez María Alejandra Rivas, acompañados de mi papá, quien sería el encargado de nombrarlos como mis defensores. Ese día se encontraron con la negativa de la institución, la cual sólo aceptaría que yo me presentara.

La noche del lunes salimos hacia el nuevo escondite. Flavio me sacó de casa de Manny escondida en la maleta de un carro. Era la primera vez que me trasladaban así y no pude dejar de recordar un secuestro famoso en Venezuela, el del niño Vegas Pérez, que se le murió en la maleta a sus plagiarios.

Encerrada en la maleta del carro, recé muchos Padrenuestros hasta que llegamos al lugar donde Eligió nos estaba esperando, en el sótano de un edificio en El Rosal. Allí, en un carro que había alquilado, estaba Eligió junto a una señora muy rubia, quien a pesar de que ya debía haber pasado los sesenta años conservaba un rostro hermoso.

Eligio me saludó afectuoso y, como solía hacer, le restó importancia a la situación asegurándome que todo se iba a aclarar. Me presentó a la señora que lo acompañaba. Su nombre era Rosa y sería la encargada de llevarme todos los días la comida al apartamento dónde me escondería, además de servir como vehículo de comunicación.

Aquella señora enseguida me transmitió afecto y dulzura. Al conocerla percibí, a pesar de los sentimientos negativos que se estaban incubando dentro de mí, que no todo el mundo era malo.

Eligio me advirtió que Flavio no debía ir hasta el apartamento, lo cual era lógico, así que nos despedimos sin saber cuándo nos volveríamos a ver.

Le pedí que estuviera pendiente de mi casa porque la había dejado prácticamente abandonada.

Rosa me llevó en su carro hasta el apartamento. El edificio recién construido estaba prácticamente desocupado por lo que me dijo que no teníamos que preocuparnos de hallar a nadie en el camino. De cualquier forma, la chaqueta que Manny me prestó tenía una capucha que no me había quitado desde que salí de su casa.

Ya en el apartamento, Rosa me llevó hasta el cuarto que ocuparía y me mostró todas las habitaciones, así como el lugar donde estaban guardadas las toallas y la cocina, aunque yo no tendría que hacerme la comida porque ella se encargaría.

Me preguntó qué acostumbraba comer, y le respondí que antes de todo esto tenía una dieta para adelgazar pero que solía comer cualquier cosa. La verdad es que en esos delirantes días aquello era lo que menos me preocupaba.

Rosa me aconsejó que si tenía ganas de llorar que lo hiciera. Que me desahogara. Pero yo me negaba a expresar cualquier debilidad que significara una derrota.

Le dije que necesitaba ropa. Le di mi talla, que ella anotó en su celular como si fuera un número telefónico. La observé bien y me di cuenta de que aquella mujer a pesar de no tener estudios formales era sumamente inteligente, y sentí que estaba en buenas manos. Pero necesitaba tener cerca a Moncho y me decidí a tocarle el tema a Rosa, a pesar de que la orden de Eligió era que yo no podía ver a nadie hasta que resolviéramos qué iba a hacer.

Rosa llamó entonces desde un celular seguro a Moncho. Le pedí que se pusiera de acuerdo con ella para encontrarse dos días después y que él pudiera ir a verme al apartamento.

Antes de que se fuera, le dije a Rosa con mucha tristeza:

-¿Sabes? Mañana cumplo 40 años. Siempre soñé con cumplir 40 años. Y fíjate. La vida se ensaña conmigo. Aquí los cumpliré. Encerrada en este apartamento y sola...

Los anhelados 40's

El martes 8 del año 2005 había sido la fecha que había esperado toda mi vida. Era el día que cumplía 40 años. A diferencia de la mayoría de las mujeres, siempre soñé con cumplir 40 años. Pensaba que a esa edad ya mi vida sería estable, emocional y profesionalmente, y que empezaría a disfrutar entonces de las cosas sencillas y hermosas que realmente son las que me satisfacen.

En agosto de ese mismo año, habíamos estado un grupo de amigos en un balneario celebrando el cumpleaños del periodista Gustavo Azocar, en la lancha del abogado Alonso Medina Roa. Ese día hicimos cita para celebrar mis 40 años en el mismo lugar. Bromeando le dije entonces a Alonso:

-Uno no tiene que tener lancha sino tener amigos que la tengan.

Y Alonso respondió riendo:

-¡Eso es correcto!

Ese plan se había reducido al apartamento de Eligió, en el que amanecí sola el día de mi cumpleaños. No quería abrir los ojos. Me negaba a enfrentarme a un día más de ansiedad, de angustia, de impotencia. Me quedé en la cama pensando que en condiciones normales ya habría recibido varias llamadas de felicitación, pero estaba prácticamente incomunicada. A las 11 de la mañana me despertó un ruido que no podía identificar. Y venía de muy cerca.

Me asomé a la ventana de la habitación y vi a un montón de niños jugando y riendo en un patio. Fue cuando me di cuenta de que el apartamento estaba ubicado justo detrás del colegio "Santo Domingo de Guzmán" donde me había graduado de bachiller. No pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas. En aquella escuela había conocido a la monja dominica María Teresa Sancho, que había ejercido una influencia determinante en mí. Era una mujer valiente, luchadora, que me enseñó el gran valor de la verdad. Cuando era considerada por todos los profesores como una niña de mala conducta, la Madre Teresa abogaba por mí manifestando que simplemente era una joven rebelde que defendía sus opiniones.

En el último año de bachillerato intenté inscribirme en la Universidad para estudiar cualquier cosa que no fuera Periodismo, evadiendo seguir el camino de mi padre, que había sido y sigue siendo una verdadera estrella del periodismo venezolano. No quería ser para siempre "la hija de..."

En una oportunidad, la religiosa me dijo:

-¡No, señor! ¡Usted no sirve para más nada en la vida que para ser periodista!

Y me tomó prácticamente de la mano para que no desviara mi vocación. Y aquí estaba yo, buscada como una criminal precisamente por ejercer mi oficio con vocación.

Asomada en aquella ventana, viendo el patio por el que yo también corrí, sentí que la Madre Teresa me enviaba un mensaje de fortaleza y no pude menos que sentirme privilegiada. Era mi regalo de cumpleaños.

Pasé aquel primer día en el apartamento reconociendo todo. Eligió me había prestado una laptop y comencé a abrir los correos. Tenía decenas de mensajes de solidaridad y de cariño felicitándome por mi cumpleaños.

Llamé a Germania porque sabía que se despertaría deseando darme el feliz cumpleaños. Ya era martes y tenía dos días sin ir al colegio. Desde pequeñita había sido muy responsable y después de felicitarme con su voz ronquita, me hizo la pregunta que esperaba:

-Ma... ¿No voy a ir más al colegio?

-¡Claro, mi bebé! -le respondí fingiendo alegría en la voz. Aprovecha estos días para levantarte tarde. Que pronto vuelves...

Mi hija estudiaba en un colegio religioso y ya Flavio había ido el lunes a hablar con las monjas que se mostraron solidarias. Una de ellas me envió la oración de Santa Teresa que me ha acompañado hasta el día de hoy:

Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa,
Dios no se muda.
La paciencia
todo lo alcanza;
quien a Dios tiene
nada le falta:
Sólo Dios basta.
Eleva el pensamiento,

al cielo sube,
por nada te acongojes,
nada te turbe.
A Jesucristo sigue
con pecho grande,
y, venga lo que venga,
nada te espante.
¿Ves la gloria del mundo
es gloria vana;
nada tiene de estable,
todo se pasa.
Aspira a lo celeste,
que siempre dura;
fiel y rico en promesas,
Dios no se muda.
Ámala cual merece
bondad inmensa;
pero no hay amor fino
sin la paciencia.
Confianza y fe viva
mantenga el alma,
que quien cree y espera
todo lo alcanza.
Del infierno acosado
aunque se viere,
burlará sus furores
quien a Dios tiene.
Vénganle desamparos,
cruces, desgracias;
siendo Dios su tesoro
nada le falta.
Id, pues, bienes del mundo;
id, dichas vanas;
aunque todo lo pierda,
sólo Dios basta.

Germania sabía que podía llamarla sólo brevemente, y aprovechó para preguntarme atropellándose cuándo volveríamos a estar juntas.

Era la pregunta que me atormentaba a mí también. Desde que mi hija nació había existido una conexión entre ambas, y según algunos videntes y metafísicos que había conocido, ese vínculo era tan fuerte que venía de vidas pasadas. Yo sólo sabía que no resistiría mucho tiempo más lejos de ella. Fue la primera vez que lloré desde que toda esta pesadilla había comenzado.

Al mediodía, los noticieros transmitieron imágenes de un grupo de personas que en la sede de la radio donde trabajaba me cantaban cumpleaños hasta con un pastel de chocolate. Iván Ballesteros que también tenía un programa en el circuito, mi amigo incondicional, mi hermano, encabezaba la celebración jurando que nunca dejaría de luchar porque se hiciera justicia en mi caso. Y hasta el sol de hoy ha hecho honor a ese juramento.

En la tarde, Rosa me llamó para decirme que me tenía una sorpresa de cumpleaños. Creí que me llevaría a mi hija, porque eso era lo que más deseaba. Pero no fue así. A cambio, llegó en la tarde acompañada de Flavio, que me llevó una rica torta hecha por su mamá. Les agradecí a ambos todo el esfuerzo que hacían por levantarme el ánimo. En silencio juré que algún día celebraría mi cumpleaños número 40, pero sólo cuando se hiciera justicia en mi caso.

V

FRENTE A MI REALIDAD

El Reglamento del Clandestino

Los días que siguieron a mi cumpleaños detecté en mí los signos de depresión que siempre me habían preocupado. Dormía mucho, comía poco y estaba descuidando mi apariencia personal. Tenía que hacer un gran esfuerzo hasta para bañarme y cepillarme los dientes.

De forma providencial, recibí a través del *T-motion* un mensaje que marcó mi conducta a partir de ese momento.

Desde el lugar donde aún se encontraba clandestino hacía más de un año, el general Néstor González González me enviaba una serie de recomendaciones sobre cómo evitar que aquella adversidad me derrotara:

Tienes que comportarte como si estuvieras llevando tu vida normal. Pon el despertador todos los días a una hora temprana y levántate. Haz tu rutina de aseo: báñate, lávate el pelo, péinate. Arréglate como si fueras a salir. Maquíllate. Ponte bonita. No descuides tu presencia. Lee los periódicos, haz tus anotaciones. Escribe tus columnas aunque no salgan publicadas. Mantente activa y haz ejercicios.

Pensé que González González seguro había pasado por las mismas circunstancias y las había superado, de modo que sus palabras me proporcionaban un aliviado respiro.

Inmediatamente me levanté de aquella cama y seguí al pie de la letra lo que llamé el "Reglamento del Clandestino", aunque lo del ejercicio no se me había dado nunca, y no tenía mucha ropa para escoger, porque sólo contaba con algunas cosas que mi mamá había logrado mandarme a casa de Manny con Negar, mi abogado.

Danilo supersticioso

Pasé muchas horas bajo la ducha, con los ojos cerrados, dejando que el agua cayera sobre mí para tratar de no pensar. Pero era imposible. La imagen de Danilo Anderson irrumpía en mi cabeza una y otra vez, y hasta me había acostumbrado a hablarle en voz alta, como si pudiera escucharme:

-Danilo, tú sabes que yo no tuve nada que ver, así que haz algo desde dónde estés.

-Danilo, mira lo que está haciendo tu supuesto mentor, Isaías Rodríguez acusando a inocentes para encubrir a los verdaderos culpables.

-Danilo, ¿qué pasó pana? ¿Tú te vas a quedar tranquilo mientras me acusan de algo que yo no hice?

Y es que si alguien no tenía razón para matar a Anderson, esa era yo. Cuando el Fiscal General comenzó las investigaciones sobre los hechos del 11 de abril del 2002, el ministro del Interior y Justicia, Jesse Chacón, lo había conminado a citarme. La razón era porque yo había estado en una reunión en Miraflores (el palacio de Gobierno) con todos los propietarios de medios de comunicación al igual que Pedro Carmona, el empresario que había asumido la Presidencia después de que Hugo Chávez renunciara.

La respuesta de Danilo entonces fue:

-Yo a esa señora no la voy a investigar porque eso es pavoso.

Rumores persistentes decían que Anderson era muy supersticioso, y probablemente una persona con "poderes" le había alertado sobre algún peligro si intentaba ir contra mí, pues fue obediente a la advertencia y citó a todos los asistentes a la reunión excepto a mí. Si es cierto que hay vida después de la vida. Danilo no permitiría que la patraña en mi contra se concretara.

Se develan las caras de los testigos de Isaías

Moncho y Rosa se encontraron días después en el centro de Caracas, en un viejo estacionamiento público. Moncho se montó en el carro de Rosa y entre ambos surgió una afinidad de forma inmediata. Se parecían tanto físicamente que acordaron decir en el edificio que Moncho era hijo de Rosa. A partir de ese momento, Moncho la llamó mamá.

Acordada la forma de tratamiento que utilizarían de ahora en adelante, cuando llegaron al edificio se encontraron con el vigilante, y Rosa de la manera más natural, presentó a Moncho como su hijo.

Ya tenía varios días encerrada en el apartamento y al ver a Moncho le eché los brazos encima. Los días habían pasado con mucha lentitud y ya no soportaba más aquella incertidumbre. Prefería entregarme y así se lo planteé.

Moncho se negó rotundamente. Me sacudió diciéndome que el plan del Gobierno era vejarme para darle un escarmiento a toda la sociedad civil que habíamos convocado en las protestas ciudadanas. Me pidió tiempo para buscar una salida y accedí.

Justo ese día supimos por los medios de comunicación cuál era el testimonio central en el que se basaba Isaías Rodríguez para ordenar mi detención.

Se trataba de un hombre llamado Giovanny Vásquez de Armas, supuestamente de profesión siquiatra, que aseguraba haber estado presente en todas las reuniones realizadas para planificar el crimen.

Cuando le vi el rostro a este llamado Testigo Estrella sentí asco por primera vez en mi vida hacia una persona. Aquel hombre tenía un aspecto desagradable y nadie podía creer que se tratara del "respetable siquiatra" que Isaías Rodríguez describía. Por fin le veía el rostro al hombre que, según el Fiscal General había oído, tocado, olfateado...

Rosa me llevaba todas las mañanas el periódico, y la información completa sobre lo que habían declarado los testigos la leí en un artículo publicado en la prensa nacional por el periodista Edgar López:

El documento comienza refiriendo que el 26 de agosto de 2005, a las 10:30 am, Vásquez De Armas compareció "de forma espontánea" ante el despacho del fiscal Gilberto Landaeta. Se precisó que era colombiano, natural de Maicao (La Guajira), médico de profesión (no ejerciendo por los

momentos) residenciado en la calle 138 con avenida 53, edificio Diana, piso 5, apartamento 503, Bogotá, titular de la cédula de identidadE-84.086.579. El colombiano dijo que tenía conocimiento del asesinato de Anderson, ocurrido el 18 de noviembre de 2004. El fiscal sólo le habría preguntado si se encontraba bajo coacción o apremio.

El relato de Vásquez De Armas es casi idéntico al que tres días después rindió ante el Tribunal 19 de Control, a cargo de Gúmer Quintana, y que la Fiscalía presentó como prueba "anticipada" ante el Tribunal 34 de Control, en contra de Patricia Poleo, Nelson Mezerhane, el general (r) Eugenio Añez Núñez y Salvador Romaní Orue, en tanto presuntos autores intelectuales del homicidio de Anderson. Sin embargo, entre una y otra declaración hay variaciones. En la rendida el 26 de agosto, Vásquez De Armas dijo que en la reunión que se habría llevado a cabo entre el 4 y el 6 de septiembre de 2003, en una finca propiedad del líder de las Autodefensas Unidas de Colombia, conocido como Urdinola, ubicada en una zona selvática de Darién, participaron Patricia Poleo, Salvador Romaní, Pedro Lander, Orlando Urdaneta, el anciano de apellido Laray la dama que lo acompañaba, un jefe del FBI de apellido Pesquera, un jefe de la CÍA de apellido Morrinson, el capitán Luis García, un grupo de miembros del sector financiero liderado por "el señor Mezerhane", el comandante Jorge 40, el piloto José Zurilla, un hombre de tez morena con una verruga del lado derecho de la nariz, unos panameños encargados de lavar dinero, así como otras personas que no supo identificar. En su declaración del 29 de agosto de 2004, mencionó a Poleo, Urdaneta, Pesquera, Morrison, García e Israel Pinckeski. («Vásquez implicó a un "anciano con crucifijo de apellido Lara», en El Universal, 2005, 12 de noviembre).

Aquella hilera de nombres me saltaban a los ojos como piezas de rompecabezas que no podía armar. No conocía a nadie y mi mente objetiva, propia de mi oficio de investigadora, insistía en tratar de entender cómo se pudieron conectar a todos los acusados. En ese momento no importaba que hubiera pruebas, o que tuviera suficientes formas de demostrar mi inocencia, porque la orden era meterme presa y punto.

La nota de prensa publicada por Edgar López informaba, además, que Vásquez de Armas acusaba también a un hombre de la Iglesia, que por la descripción, no era otro más que el cardenal Rosalio Castillo Lara:

Giovanni José Vásquez De Armas aseguró que en la reunión que se habría llevado a cabo en Panamá para planificar el crimen estuvo presente "un señor anciano de aproximadamente 70 años, quizás de apellido Lara, a quien le colgaba en el pecho un crucifijo y estaba

acompañado de una señora más joven que él, como de 50 años, de tez blanca, alta, muy elegante, cabello arreglado castaño oscuro, quien también tenía una gargantilla colgada al cuello con una lágrima de oro o por lo menos dorada.
(Ibidem).

Esta descripción hacía que la jugada política del Gobierno fuera muy obvia. Castillo Lara se había convertido en una piedra en el zapato para el Gobierno, que intentaba por todos los medios reprimir la desobediencia ciudadana.

Todos los periódicos reseñaban las declaraciones de Vásquez de Armas con ironía. Los periodistas dejaban colar frases sin emitir opiniones directas, que revelaban su incredulidad ante los hechos.

El Testigo Estrella -que cautivó al Fiscal General porque según éste le dio la impresión de haber revelado algunas verdades, aunque no todas- le había declarado a la fiscalía que en esa supuesta reunión:

> *La periodista Patricia Poleo hizo una exposición y nos entregó una fotografía de un fiscal de nombre Danilo Anderson. Dijo que con esa persona se le haría más daño al Poder Judicial si la víctima era ese fiscal, ya que él era la cara visible de la justicia venezolana, ya que llevaba ciertos casos que podían ser peligrosos para la operación. Se le consideró blanco vulnerable y que atacando al fiscal se reforzarían más las medidas de seguridad del presidente Hugo Chávez, luego sería más difícil acceder a él. Para eso ellos tenían gente infiltrada dentro de los dos organismos de seguridad de Estado, Disip y PTJ. Así podían lograr con éxito la muerte del fiscal Danilo Anderson. ("Testigo clave aseguró que Moreno Palmar recibió el C4", en El Universal, 2005, 14 de noviembre).*

Por si fuera poco, Vásquez De Armas había afirmado en esa declaración, que dos de los supuestos involucrados en la muerte de Danilo, estaban involucrados en actividades vinculadas con el tráfico de armas y explosivos:

Para el 15 de marzo de 2004, viajé a la ciudad de Panamá a recoger el dinero. Se trasladó el explosivo de Colombia para Venezuela por instrucciones del comandante Jorge 40. Fue entregado en el Zulia, cerca de El Moján, en una casa que tiene un bohío, en el sector denominado Paraguachón, propiedad de un señor llamado Fernando Moreno Palmar: gordo, alto, de tez blanca, cabello liso, cara tipo guajiro, que le dicen Macho, amigo de Belisario Molina, quien se encarga de la logística para el tráfico de armas y otros negocios de esa naturaleza con el general Escalante. Luego, en esa casa lo recogieron en una camioneta que tenía

una leyenda de Marshall Security, compañía de Salvador Romaní, quien había quedado que la llevarían hasta la ciudad de La Guaira, la cual se le entregó a un abogado en un apartamento, creo que era propiedad de éste. (Ibidem).

¡Dios!, mientras más leía sobre esta caricatura borrosa y deformada de la realidad que eran las declaraciones del supuesto siquiatra Giovanni Vásquez, menos entendía de qué se trataba todo este aberrante asunto. No identificaba nombres, ni lugares.

¡Nada! Aquello me parecía más bien una joya propia del Teatro del Absurdo.

Además de Giovanny Vásquez, el Fiscal tenía más testigos "espontáneos", sobre cuyas identidades y paraderos el periodista Edgar López reseñó así:

Según consta en otra acta de entrevista que la Fiscalía presentó contra los Guevara, el 12 de mayo de 2005, a las 2:30 pm, compareció "espontáneamente" Rodolfo Peñuela Márquez de nacionalidad venezolana, natural de Caracas Distrito Capital, fecha de nacimiento 07-08-1971, de 33 años de edad, de estado civil divorciado, de profesión u oficio seguridad (investigador privado), actualmente desempleado, residenciado en la urbanización Valle Fresco, manzana A, casa número 5, Tur mero, estado Aragua, teléfono 04164892653, titular de la cédula de identidad número V12.066.061". Peñuela Márquez aseguró que en agosto de 2004 fue a Galerías Magnum y Otoniel Guevara le dijo que su hermano Rolando Guevara tenía "un trabajito para mí, el cual consistía en colocarle un tumbarrancho a un funcionario público que estaba echando mucha vaina y no iba a cumplir con lo pautado ".

Inicialmente, no le habrían revelado quién era el funcionario público. En la oficina de Rolando Guevara y en presencia de Juan Carlos Sánchez, Johan Peña y Pedro Lander, continúa el relato, aceptó "echarle bolas al trabajito", pues estaba desempleado y le habrían ofrecido 20 mil dólares.

Pedro Lander habría sido quien le explicó que no era un tumbarrancho sino C4. Al parecer, Peñuela Márquez fingió que estaba de acuerdo, pero, en definitiva, se habría quedado con 7.500 dólares que le habían adelantado. "Me entregaron el dinero. Quedamos en que yo les daba respuesta para el fin de semana de lo que me habían mandado a averiguar de los fusiles. De ahí, ellos se retiraron y me les desaparecí. Nunca volvieron a saber de mí. No les dije más nada de los fusiles ni del trabajito". Según el documento, el fiscal Landaeta le preguntó por qué

acudía al Ministerio Público: "Lo hago -contestó- porque luego de que me quedé con el dinero, ellos mandaran a matarme. Yo sé cómo se maneja esta información en la PTJ, ya que en un tiempo fui informante de ellos". («Vásquez implicó a un "anciano con crucifijo de apellido Lara», en El Universal, 2005, 12 de noviembre). Sin duda, el testimonio de Peñuela le daba al Gobierno bases para justificar las muertes de Juan Carlos Sánchez y Antonio López, y el enjuiciamiento de los Guevara. Después venía otro testigo. Se trataba de Fernando Moreno Palmar, a quien Giovanny Vásquez había identificado como la persona que recibió y posiblemente guardó el explosivo utilizado para cometer el crimen.

La doble de Patricia Poleo

Apenas supe las fechas en las que los supuestos testigos aseguraban haber estado reunidos conmigo para planificar el crimen de Anderson, le pedí a Nora (la productora de mi programa de radio, una joven estudiante de periodismo) ubicar qué invitados había tenido yo esos días. Mi espacio era en vivo y siempre tenía entrevistados presentes.

Efectivamente, Nora ubicó a las personas que habían estado en mi programa en esas fechas, dirigentes políticos importantes que además corroboraron con sus agendas haber estado al aire conmigo en los programas de radio, de manera que era imposible que yo estuviera en Colombia, Panamá o cualquier lugar fuera de Caracas.

Mi abogado, Negar Granado, ante la imposibilidad de defenderme en tribunales, ofreció una rueda de prensa para dar esa información y mostrar mi pasaporte para probar que no había salido del país.

La desatinada respuesta del fiscal general, Isaías Rodríguez, a estas evidencias contundentes, fue una de las razones por las cuales finalmente decidí no presentarme a juicio. Las palabras de este hombre despreciable fueron una campanada para mí.

Sin ninguna vergüenza, Isaías Rodríguez -que había jurado hacer justicia por la muerte de Danilo- le declaraba al país que yo había dejado en Venezuela una doble, una mujer exacta a mí, mientras yo salía del país a conspirar para asesinar a Anderson.

¡Una doble! Aquello me martilló durante horas la cabeza. Mirándome al espejo del apartamento de Eligio me decía a mí misma:

-¡Una doble! ¿Y dónde encontraría yo a una mujer con una nariz tan particular como la mía? ¿Una doble tan perfecta que mi hija no la descubrió? ¿Una doble con mi timbre de voz que fue capaz de engañar no sólo a los invitados en la radio, sino a los miles de oyentes que tenía?

Aquel disparate se lo había dicho Isaías Rodríguez en un programa de televisión a Carlos Croes, un periodista muy reconocido en Venezuela, que me sorprendió que no se le riera en la cara al Fiscal cuando hizo semejante declaración.

Ese mismo día me visitó en el apartamento alguien que nunca dudó de mi inocencia. Sentado frente a mí, Eligio me propuso entregarme alegando que yo era inocente y jamás podrían condenarme. Ya él había

adelantado conversaciones con un abogado que le estaba cobrando una cantidad exorbitante en dólares para defenderme y él había aceptado pagarlos. Yo estaba clara en que aquello no era cuestión de abogados, pues si lo fuese yo tenía los míos, y le respondí:

-Ni se te ocurra pagarle esa cantidad a nadie por mí, Eligio, que en mi caso no hay nada qué hacer. A mí no me salva nadie de ésta.

Como muchas de nuestras conversaciones, esa vez tampoco quedamos de acuerdo, pero Eligio dejó la decisión en mis manos. Cuando se fue, me entristecí pensando que quizás mi amigo me había propuesto la opción de entregarme porque no quería seguir arriesgándose por mí. Pero no pasó mucho tiempo antes de darme cuenta de que Eligio, a diferencia de muchas personas, jamás me abandonaría.

Un lugar rodeado por el enemigo

Los días transcurrían lentamente mientras mi situación se ponía cada vez más sombría. Ya Germania se había reincorporado al colegio para no alterar su rutina. Por encima de todo, quería evitar que mi desgracia la afectara a ella.

Todas las tardes la llamaba a casa de mi mamá y me cargaba de energía con su voz. Pero cada vez se me hacía más difícil la comunicación y me di cuenta de que mi mamá evitaba ponérmela al teléfono, alegando que podían ubicarme al intervenir las líneas.

Los desencuentros con mi familia apenas comenzaban. No estaba dispuesta a aceptar que me dijeran cuándo y cómo podía comunicarme con mi hija por lo que llamé a Gastón, su papá, y le pedí que buscara a Germania a casa de mi mamá y se la llevara, con la condición de que me la pasara cuando yo llamara. No poder verla ya era un castigo muy duro para mí, pero sabía que no soportaría la clandestinidad si tampoco podía escucharla.

Gastón vivía fuera de Caracas, en la isla de Margarita, y al día siguiente de anunciarse la orden de detenerme, llegó a la capital para estar pendiente de Germania. Apenas se lo pedí la buscó en la casa de mi madre y se quedó con ella.

En el apartamento de Eligio me costaba mucho conciliar el sueño. Estaba muy cerca del aeropuerto de La Carlota, donde aterrizaba el helicóptero de la Policía Política. Cada vez que sobrevolaba cerca, yo pensaba que aterrizarían en el propio techo del edificio para capturarme. Además, una patrulla de la Policía Científica se estacionaba a diario frente a la puerta principal y hasta que no se iban, yo no me despegaba del ventanal que daba a la calle. Después supe que uno de los policías tenía un romance con una doméstica que trabajaba en el edificio y la visitaba cada tarde. Pero yo sentía que estaba rodeada por el enemigo.

La falta de descanso estaba haciendo mella en mí, aunado a que cada día veía más difícil la posibilidad de defenderme. Negar y Alonso, que habían asumido con estoicidad mi defensa, hablaron conmigo para

explicarme lo que yo tenía claro:

-No habría prueba que me librara de la cárcel. ¿Cuánto tiempo más podría mantenerme escondida?

La tercera concha

Mi amor por la artesanía me llevó una tarde del 2003 a una exposición navideña en un Hotel de Caracas. Un puesto en particular llamó mi atención. Lo atendía un matrimonio formado por un hombre altísimo de una voz estruendosa y su esposa, una mujer diminuta y delicada. Ambos pasaban los 60 años de edad.

El hombre fue el primero en reconocerme y me saludó con admiración. Ella, más tímida también, fue muy cariñosa y después de hablar de política, el tema favorito en aquellos días, pasamos a conversar sobre su hermoso trabajo artesanal.

Faustino y Mercedes acapararon mi atención entre las decenas de artesanos que exponían ese día. Me dieron su tarjeta y les prometí contactarlos para conocer su granja-taller, que describían como un paraíso.

Apenas unas semanas después cumplí mi promesa de visitarlos. Vivían en un pueblo de montaña a casi dos horas de Caracas, en una casita cuyo acceso era intrincado, por el cual se accedía a través de una vía muy estrecha y empinada.

Pero una vez allí, valía la pena cualquier sacrificio que se hiciera para llegar. El clima, aunque húmedo, era delicioso y la casita era lo que yo había imaginado de niña cuando leía los cuentos de Heidi. La decoración era sencilla pero de muy buen gusto, y casi todos los muebles habían sido fabricados artesanalmente por Faustino. El arte de Mercedes estaba por doquier. Sus obras realizadas en arcilla caracterizaban personajes que tenían algo común en el rostro, pero todas recreaban momentos de paz y esparcimiento.

Germania había ido conmigo a visitarlos, y a sus 11 años consideraba que había demasiada tranquilidad y silencio en aquel sitio. Era cierto. Era un lugar para dedicarse a escribir, a descansar, a soñar... En broma entonces les dije:

-Este es el mejor sitio para esconderse, y ellos riendo me

respondieron: -¡Así es! Cuando lo necesites aquí estamos...

Había llegado el momento de necesitarlos y ahora no sabía cómo localizarlos porque no ubicaba su número de teléfono.

Tampoco podía enviar a nadie a su casa porque no recordaba bien dónde era. Mi sentido de orientación siempre había sido muy malo.

Desde la orden de detención en mi contra, Moncho asistía a todas las concentraciones que convocaban para darme apoyo y detectar si se presentaban los organismos de seguridad. En una marcha, sintió que alguien le tocó el hombre. Se trataba de Faustino.

-Joven -le dijo- mi nombre es Faustino. Yo siempre lo veo a usted con Patricia. Si tiene contacto con ella, dígale que sigo a su orden.

Y le entregó una tarjeta con su teléfono a Moncho.

Esa misma tarde, Moncho fue con Rosa hasta el apartamento, y ya casi se iba cuando se acordó del mensaje de Faustino.

-¡Moncho! -le grité emocionada- ¡Dios existe! No sabes cómo he buscado el teléfono de esa gente. Vamos a llamarlos. ¡Allí es donde voy a esconderme!

De uno de los celulares seguros que Eligio nos había comprado, llamé a Faustino. No tuve que hablar mucho para que aquel inteligente hombre me reconociera. Le dije que necesitaba alojamiento y me respondió que ya tenía todo listo para recibirme.

Le comuniqué a Moncho y ambos se pusieron de acuerdo para mi traslado a la granja al día siguiente.

Esa noche no pude dormir. Sentía ruidos que en realidad no existían. Escuchaba que tocaban la puerta del apartamento y estuve asomada a la ventana durante horas.

Moncho y Faustino se encontraron en el sótano de un restaurant de comida rápida y se fueron a buscarme.

Rosa estaba conmigo esperándolos en el apartamento, y con su voz dulce trataba en vano de tranquilizarme. Por un mensaje de texto, Moncho le avisó que estaba llegando al edificio. Recogí mis cosas y Rosa me llenó de bendiciones con los ojos llenos de lágrimas. Le pedí que le avisara a Flavio cuando yo hubiera salido de allí.

Una vez más me puse la chaqueta que Manny me había dado al salir de su casa. La sentía como un talismán y sólo con ella me sentía segura.

Moncho y yo bajamos rápidamente en el ascensor a encontrarnos con Faustino, que ya tenía abierta la puerta trasera de su camioneta, esperándome.

El vehículo era un Fiat Fiorino cuya maleta no quedaba totalmente aislada de los asientos delanteros. Faustino me dijo que me metiera tranquila y me acostara que el viaje era largo pero todo saldría bien. En silencio le agradecí a Dios por haber puesto en mi camino a este hombre que se arriesgaba por mí a cambio de nada.

Efectivamente, el compartimiento donde me acomodé era pequeño, como una especie de filo en el que me coloqué de lado. Pero Faustino había tenido la previsión de acondicionarlo con una cobija que lo acolchaba.

Impaciente, iba todo el camino hablándoles desde atrás, interrogándolos sobre si todo estaba bien, si no había problemas, y haciendo decenas de veces la pregunta infantil: ¿Cuánto falta?

Sabía que había una pequeña alcabala antes de subir la cuesta que nos llevaría a la granja y era el punto del trayecto que más me angustiaba. Pero Faustino me había asegurado que no habría problema, porque todos los guardias que trabajaban allí, en todos los turnos, ya lo conocían bien.

Y así fue. Nos detuvimos apenas unos segundos en esa alcabala, los guardias saludaron a Faustino que contestó campechanamente, y

seguimos. Ya lo peor había pasado.

En la granja estaba esperándome Mercedes. El clima ese día estaba fresco y la sensación de encierro mermó dentro de mí. En este lugar al menos podría caminar, ver salir el sol y estaría siempre acompañada.

Moncho se quedó esa noche en la granja. Revisó cada rincón y se preocupó por la presencia de un matrimonio que trabajaba ayudando a Faustino y a Mercedes. Pero ellos ya habían tomado las previsiones, y le habían dicho a los trabajadores que yo me llamaba Raquel, y que era una sobrina de ambos que sufría una depresión debido a la muerte de su esposo, por lo que no debían molestarme.

VI

LA ENCRUCIJADA

El riesgo de mi amistad

Durante las dos semanas que estuve en la granja, la tensión a mi alrededor crecía porque no había cesado la intensidad de mi búsqueda y el escándalo sobre el Caso era cada vez peor.

A la angustia de la terrible situación, se sumaban los temas domésticos que apremiaba resolver.

Tres años atrás, mi papá me había regalado una casa a la que tenía previsto mudarme justo en esos días. El lugar donde vivía era alquilado y tenía que entregarlo pero no había embalado aún mis cosas.

Sabía que mi situación podía afectar a todo el que relacionaran conmigo y sin duda mi casa estaba vigilada. Eso era un obstáculo a la hora de pedirle a alguien que atendiera la mudanza. Sin embargo, a través de Flavio, Lucky me envió el mensaje de que estaba dispuesta a mudarse unos días a mi casa para embalar todo.

El primer día de faena de Lucky en la casa, Flavio la invitó a cenar como un gesto amable. Se fueron ambos a un restaurant y cuando estaban comiendo, Flavio vio entrar a una pareja que había visto el mismo día en otro lugar. Enseguida entendió que lo estaban siguiendo y se lo dijo a Lucky quien le pidió mantener la calma.

A la media hora entró un sujeto que indudablemente no iba a comer, pues no se sentó en ninguna mesa, sino que se paseó por todo el restaurant mirando fijamente a cada comensal. Finalmente, se detuvo al lado de Lucky y con voz de autoridad le pidió su identificación.

Con la misma frialdad que Lucky había demostrado el día que le allanaron su casa buscándome, sacó la cédula de identidad de la cartera diciéndole al funcionario:

-¡Claro mi vida! ¡Con mucho gusto!

El sujeto revisó la cédula y miró fijamente a Lucky, detallando sus rasgos.

-Gracias -le dijo devolviéndole el documento.

Flavio preguntó entonces si también quería ver su identificación, y el funcionario le respondió que no. Flavio se alteró entonces, increpando al sujeto sobre la irregularidad de meterse de esa forma en el restaurant a perturbar la tranquilidad de las personas y el propietario del establecimiento se unió a la queja. En menos de 5 minutos todos los asistentes le gritaban al funcionario que se fuera. Cuando Flavio se asomó a la puerta vio decenas de patrullas de la Policía Política apostadas en la calle. Sin duda, la pareja que venía siguiendo desde la mañana a Flavio creyó que la mujer que lo acompañaba era yo disfrazada. Creían que habían dado finalmente conmigo pero se fueron con las manos vacías.

Lucky se fue al día siguiente y la casa quedó en el mismo desastre.

En la tranquilidad de la granja, intentaba poner en orden mis cosas, pero era imposible. Los sueños que había postergado en mi vida para disfrutarlos hasta el final de mis días se estaban deshaciendo y yo no podía evitarlo. Ese día entendí que por responsabilidad no podía involucrar a más nadie en mi problema y que ser mi amigo implicaba un riesgo.

La casa que me había regalado mi papá la estuve remodelando a mi gusto durante los últimos tres años. Cada centavo que ganaba con mi trabajo lo invertía en la construcción. Tenía previsto mudarme a mediados de noviembre, y había comprado una gran mesa para el comedor porque quería reunir a mi familia y a mis amigos el Día de Acción de Gracias.

Todo había sido hecho a mi gusto porque era allí el último lugar en el que pensaba vivir. El viernes que ordenaron mi detención, me había llamado la gerente del banco dónde tenía mi dinero para informarme que me habían aprobado un crédito de 20 millones de bolívares que necesitaba para terminar la casa. El lunes siguiente ella misma, avergonzada, me hizo saber que dada mi situación de prófuga, el préstamo no se había hecho líquido. Ya empezaban algunas personas a tratarme como una delincuente.

Un día con el amor más grande

Para visitarme, Flavio había seguido las instrucciones de seguridad que le había dado Moncho.

Se fue vestido con traje y corbata hasta un McDonald's en la urbanización La Castellana. Dejó estacionado el carro en el sótano y sacó un morral de la maleta con ropa deportiva.

En el baño del McDonald's se cambió y se quedó un rato leyendo el periódico y comiendo. A las dos horas, volvió a bajar al sótano y sacó otro morral. Salió a pie por una puerta distinta a la que había entrado y tomó un taxi hasta la Plaza Altamira. El chofer al saber a dónde iba le recomendó irse a pie, porque era más fácil pero Flavio insistió.

En la Plaza Altamira tomó el Metro hacia el oeste de la ciudad. Se bajó en la última estación y se montó nuevamente de regreso para quedarse en Plaza Venezuela. Allí tomó un taxi hasta el terminal de autobuses de La Bandera donde alquiló todos los puestos de un carro y pidió que lo llevaran hasta La Victoria, la ciudad que quedaba más cerca de La Granja.

Una vez en La Victoria, y después de haberse percatado de que nadie lo había seguido, Flavio se comunicó con Faustino quien lo buscó para traerlo conmigo.

Aquella travesía para llegar a mi escondite había durado prácticamente todo el día y yo lo agradecía. Pero nada me bastaba. A pesar de que me sentía segura, el clima y la incomunicación, me tornaron especialmente triste aquellos días.

Ya tenía dos semanas sin ver a Germania y desesperada le propuse a Moncho:

-Por favor, vete al colegio de Germania. Habla con la monja rectora. Dile que me mande un hábito que me sirva para entrar disfrazada de monja a ver a mi hija.

Moncho se me quedó mirando conteniendo la risa, y finalmente me

dijo:

-Mi Reina, si tu quieres yo voy y pido el hábito. Pero... ¿Tú crees que aunque te disfraces de monja no te van a descubrir por la nariz?

Aquello me hizo reír como hacía muchos días no me reía. Mi nariz larga y afilada siempre era objeto de burla entre mis amigos, pero yo siempre me mostraba orgullosa de mi perfil.

Moncho sabía que yo no aguantaría mucho tiempo más en esa situación y me prometió entonces que me llevaría a Germania el fin de semana.

Lo abracé llorando, haciéndole repetir mil veces la promesa.

El día que fijamos para el encuentro con Germania me desperté muy temprano. Era sábado y ella estaría conmigo hasta el domingo en la tarde.

Quería arreglarme y ponerme bonita. Que mi hija me viera bien, sin tristezas y llena de ánimo.

Faustino y Mercedes hacían todos los esfuerzos inimaginables para calmarme, porque la impaciencia me hacía caminar de un lado a otro de la puerta, esperando que llegara Moncho.

-¡Muchacha, le vas a abrir una zanja al piso! -me habían dicho.

La hospitalidad de aquel matrimonio a veces me hacía olvidar el gran lío en el que estaba metida. Pero me angustiaba que pasaban los días y aún no decidíamos qué íbamos a hacer. Le tenía terror a que llegara diciembre, los días navideños, y yo aún estuviera en la misma situación.

Pensando en eso escuché un carro subiendo la empinada cuesta a la casa. Era Moncho. Tenía que ser Moncho con Germania.

Faustino me obligó a esperar adentro de la casa tal como Moncho había dicho que debíamos hacer para evitar que alguien me viera.

A los pocos minutos mi hija entró corriendo a la casa. Estaba hermosa, bien cuidada. Su pelo brillante y suelto se me metía en los ojos mientras la abrazaba. Quería que aquel momento se congelara. Que nada me separara de ella más nunca.

Germania hablaba tan rápido contándome todo lo que le había tocado vivir esos días que me costaba entenderla. La experiencia de la cotidianidad con su padre que, según ella, la trataba como una niña chiquita me la había relatado con estas palabras:

-Si ya estoy grande mamá -tengo 11 años.

Lo consentida que estaba en casa de su abuela Aminta, la mamá de su papá. El huevito frito con arroz que le preparaban. La cama que compartía con su papá. Y tal como yo lo esperaba, no hubo ni un solo reproche de su parte. Sólo la pregunta imperiosa de ¿cuándo volveremos a estar juntas?

Esa noche, Mercedes nos preparó unas arepas deliciosas. Nos acostamos temprano porque en la granja no había mucho qué hacer. Mercedes nos tendió las dos camitas del cuarto de huéspedes pero preferimos dormir en una sola. Abrazadas muy fuerte nos quedamos dormidas y así amanecimos.

El domingo se fue muy rápido. Fue el día más corto de toda mi clandestinidad. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no llorar en el momento de despedirme de mi hija. Moncho estaba acompañado por Liván, un primo suyo a quien Germania quería mucho y entre ambos la hicieron reír por la aventura que estaban viviendo.

Antes de que se montara en el carro le prometí a mi hija que las navidades las pasaríamos juntas.

-¿En la cárcel, mamá? -me preguntó angustiada mi muchachita.

-Juntas mi amor. Como sea pero juntas, -fue lo único que me atreví a prometerle.

Un error muy peligroso

En la granja empecé a sentir los síntomas del encierro y la desesperación. Estaba perdiendo la paciencia con facilidad y no quería escuchar más sugerencias y consejos.

Faustino quería que yo no cometiera errores y, sobre todo, que las cosas salieran bien hasta que tomara la decisión de entregarme o irme del país.

Mi médico me había enviado a través de Flavio unas pastillas para dormir porque no estaba descansando nada por la tensión. En una discusión, Faustino me quitó las pastillas y me dijo que no debía tomármelas más.

Entonces decidí llamar a Moncho para que me buscara y me sacara de la granja, porque sentía que ya estaba molestando allí.

Flavio se presentó ese día en la noche para tratar de calmar los ánimos, pero yo estaba decidida a irme. El no se atrevía a contradecirme y acordamos que al día siguiente me iría. Pero, ¿a dónde?

Me comuniqué con Eligio y le dije que necesitaba volver a su apartamento, a pesar de lo insegura que me había sentido allá. Eligio accedió aunque él consideraba que me estaba trasladando demasiado y eso me ponía en riesgo.

Moncho me buscó junto con Rosa en el carro de ella y nuevamente escondida en la maleta hice todo el trayecto hasta Caracas. Una vez en el apartamento, Moncho me dijo que debía calmar las cosas con Faustino. Mercedes habló por teléfono conmigo y me pidió comprender a su esposo. Yo entendía que estaba demasiado susceptible y que no debí haberme enfrentado a ese buen hombre que me había tendido la mano.

Acordamos que yo volvería al día siguiente a la granja. Moncho se fue, y Eligio me dijo que estuviera pendiente para abrirle la puerta, porque iría a verme y no tenía las llaves.

Efectivamente a los minutos sonó el timbre y abrí la puerta. El mundo

se me vino abajo cuando me di cuenta de que quien tocaba no era Eligio. Un hombre alto, uniformado con traje de campaña, un coronel del Ejército me había descubierto. Con un rápido movimiento intenté cerrar la puerta aunque sabía que estaba perdida. No tendría cómo escaparme. El coronel metió la bota impidiendo que cerrara. No valía la pena que me siguiera resistiendo. Resignada dejé de forcejear y el militar abrió completamente la puerta. Para mi sorpresa, me dijo:

-¡Tranquila, Patricia, no es lo que tú piensas! ¡Me equivoqué de apartamento! ¡No sabía que tú estabas aquí!

En aquel difícil momento, todavía tenía ánimos para ser sarcástica:

-¡Ah, sí claro... ¡Qué casualidad! -le dije.

El Coronel, a quien nunca identifiqué, metió su mano dentro de la almilla y se quitó un escapulario.

-Toma, mija. Quédate tranquila. Ya yo me voy y no te he visto. ¡Que Dios te bendiga! -manifestó.

Cuando salió tranqué la puerta y miré por el ojo mágico. Vi al oficial llamando al ascensor y desapareciendo velozmente.

Esto que acababa de pasar me quitó la respiración. Me puso ante la realidad de lo precaria que era mi situación.

A los 10 minutos llegó Eligio y no quise contarle la imprudencia que había cometido al abrir la puerta sin ver quién tocaba. Él me notó nerviosa pero asumió que en mi situación ese estado de ánimo era normal. Yo sabía que tenía que irme inmediatamente de ahí.

En ese momento, ya tenía estudiado con Flavio y Moncho varias posibilidades para salir del país. Se lo manifesté a Eligio quien insistió en que yo debía entregarme porque era inocente.

Yo sabía que ser inocente no era suficiente ante la barbaridad que habían montado en mi contra. A pocos días de haberse ordenado mi detención, ya los medios habían comenzado a quitarle la máscara al

famoso Testigo Estrella de Isaías Rodríguez.

El DAS de Colombia había aclarado que Giovanni Vásquez estuvo preso en ese país por los delitos de "suplantación, estafa y uso de documento falso", cuando se presentó como siquiatra. Vásquez además se había presentado ante el DAS haciéndose pasar como miembro del Bloque Norte de las Autodefensas Unidas de Colombia (Grupo Paramilitar) que estaba en vías de alistarse a un proceso de paz.

Al enterarme de esa información tuve un ataque de ira, porque me habían vinculado con un delincuente de esa calaña. Yo jamás me había comido ni siquiera una luz roja, y ahora pretendían colocarme al nivel de ese bandido.

El trabajo de los medios fue fundamental para quitarle la máscara a Giovanny Vásquez. Uno de los datos fundamentales, obtenido por los periodistas de investigación de diversos medios, fue que en la fecha de marzo del 2004 el Testigo había asegurado que nos habíamos reunido en Maracaibo para planificar el crimen, y se comprobó que él estaba preso en Colombia. Entonces, ¿cómo podía estar en dos lugares al mismo tiempo?

Los colegas periodistas descubrieron que Vásquez De Armas tenía un récord que lo describía como un mentiroso y un farsante. En el año 2000 se hizo pasar como sensei de Kárate, miembro del FBI y siquiatra forense. Luego fue capturado en Colombia recetando pacientes como médico siquiatra. Posteriormente se hizo pasar por paramilitar, y en esa faceta estafó a funcionarios de los cuerpos de seguridad del Estado, de quienes trató de obtener beneficios legales y monetarios acusando falsamente a varios funcionarios colombianos. De allí pasó a declarar en el Ministerio Público en Venezuela que estuvo presente en las reuniones donde se planificó la muerte de Danilo Anderson.

Mis abogados, que habían intentado por todos los medios defenderme, me habían explicado que tal como estaba planteado el expediente en mi contra, iba a ser imposible lograr mi libertad.

Yoraco Bauza, el fiscal a quien yo había acusado de pertenecer a la red de Extorsión de Anderson, y que ahora pedía mi encarcelación,

interceptaba todos los días a mi abogado Negar Granado en tribunales para convencerlo de que me presentara:

-Tráela. Ponía a Derecho, Negar, -le pedía prácticamente salivando por capturar a su presa.

Traté de hacerle ver a Eligio que si el Gobierno había seleccionado a un delincuente como éste para acusarme, es porque estaban dispuestos a todo. Eligio seguía firme en que no tendrían forma de mantenerme presa con tan falsos argumentos. Lamentablemente años después, Eligio sufrió en carne propia lo que yo traté de hacerle entender aquel día: Que Hugo Chávez era capaz de cualquier cosa y que como todos los dictadores, no tenía escrúpulos en encarcelar y asesinar a inocentes.

Periodistas cómplices de la infamia

Al trabajo que hacían los periodistas serios, buscando la verdad sobre "la resolución del Caso Anderson", que el fiscal Isaías Rodríguez le había presentado al país involucrándome, se le enfrentaba la misión de los periodistas del Gobierno, como Vanessa Davies y Ernesto Villegas, encargados de darle credibilidad a una versión en la que nadie creía.

Davies tenía la exclusividad de las declaraciones de Isaías Rodríguez, que usaba en su programa para lanzar las acusaciones en nuestra contra.

Villegas pertenecía a una familia de periodistas respetados en el país. Pero él siempre había manifestado más interés por el dinero que por decir la verdad.

En una de sus columnas, de manera ruin y abyecta, haciéndole juego a la infamia del Régimen, Villegas me acusó de haberme enfrentado en una oportunidad a una de las hermanas de Anderson llamada María, junto a la tumba del fiscal. Según Villegas, María me había empujado por lo que mi escolta la agredió mientras yo la amenazaba diciéndole: ¡Te buscaré!

Sabía que Villegas era un periodista capaz de cualquier cosa, pero ya aquello era una vergüenza. Pensé que si María había sido la que inventó eso, entonces no quería realmente a su hermano. La verdad es que un día estaba yo almorzando en un restaurant japonés acompañada de mi abogado Negar Granado cuando se me acercaron una señora y un joven que la acompañaba. La mujer, fríamente, pero de forma bien educada me dijo:

-¿Sabes quién soy yo?

Sin darme tiempo a responderle que no, ella se contestó a sí misma inmediatamente:

-Yo soy la hermana de Danilo.

Bueno, su hermana no, su mamá, porque Danilo no tuvo mamá y yo fui quien lo crió. Yo formé a ese muchacho, ¿sabe? Salió de mis manos.

Por eso es que nadie sabe cómo fueron las cosas con él mejor que yo, y nada de lo que se ha dicho es cierto.

La mujer se refería, sin duda, a las publicaciones que yo había hecho acerca de la red de extorsión que manejaba Danilo.

Por supuesto, le pedí a aquella mujer que habláramos, que yo quería entrevistarla y ella sólo respondió:

-Búsqueme y hablamos. -Yo trabajo en la cocina del Hotel Tamanaco.

¿Cuál es su nombre? -le pregunté. Y me dijo: "María". Se dio media vuelta y se fue.

Días después estuve buscándola en el Tamanaco y me dijeron que efectivamente trabajaba allí hace 30 años y que era miembro del sindicato.

Ese día yo estaba acompañada de un abogado y María de un joven a quien no presentó. Había testigos. Entonces, ¿cómo el periodista Ernesto Villegas se atrevía a inventar aquella falsedad?

El trato con un informante

Una de las cosas que me hacían pensar que nada me salvaría de una condena de 30 años por un homicidio que no cometí, era la forma en que la justicia estaba creyendo en un informante que a todas luces estaba mintiendo.

En mi ejercicio periodístico, yo me había topado muchas veces con testigos falsos. En una oportunidad me escribió a mi correo un supuesto informante que quería darme datos del Caso Anderson. Simultáneamente le escribió al periodista Miguel Ángel Rodríguez y éste lo citó a la sede de Radio Caracas Televisión. Después de conversar con el "informante", el productor del programa conversó el tema conmigo. Acordamos que yo entrevistara en privado al supuesto informante. Y lo que ese personaje me dijo cuando nos reunimos fue:

Yo escuché a Freddy Bernal ordenando la muerte de Danilo Anderson. Yo soy mesonero y estaba sirviendo un almuerzo en la Dirección de Rentas de la Alcaldía, y otro mesonero y yo escuchamos a Bernal hablando por teléfono y diciendo que lo mataran.

Freddy Bernal era entonces el alcalde de Caracas y ha sido uno de los hombres más radicales y leales a Hugo Chávez, siempre dispuesto a hacer uso de la fuerza y de las armas para defender al Régimen.

Por supuesto que yo no le creí a ese "informante", aunque los detalles que daba eran tan específicos como los que aportaba el testigo de Isaías. Del otro mesonero dijo que podía ubicarlo porque, además, supuestamente había grabado a Bernal.

El "informante" dijo entonces que se acababa de escapar de la Dirección de Inteligencia Militar (DIM) donde lo tuvieron prácticamente secuestrado desde el día siguiente de la muerte de Danilo. Primera locura. Escaparse de la DIM. ¿Quién puede escaparse de la DIM? ¿Y su familia no preguntaba por él? Le pregunté y repregunté varias veces y no caía en contradicciones por lo menos en lo que tenía que ver con la información inicial que daba. Pero ¿escaparse de la DIM? Además estaba muy bien vestido, con una camisa muy limpia y planchada, y nos dijo que era la

misma camisa con la que había estado todos esos meses en la DIM.

Pusimos al "informante" a dormir en un hotel e hicimos lo que Isaías o el Ministerio Público debieron hacer con su testigo siquiatra: Investigar.

Sometimos al testigo a otro interrogatorio y lo presionamos para que hablara con el otro mesonero para que le entregara la grabación. En la tarde nos dijo que lo había localizado y que estaba en Barquisimeto. Para allá lo enviamos con la convicción de que tal grabación no aparecería nunca. Efectivamente así fue. No había grabación.

Al regresar lo sometimos a un tercer interrogatorio. Entonces comenzó a caer en contradicciones. Lo mandamos para su casa y punto. Todo era mentira.

Yo no había corrido con la misma suerte, y las acusaciones en mi contra no habían sido corroboradas. Claro, después entendería que el propio Fiscal General montó aquella trampa en mi contra.

Todo esto daba vueltas en mi cabeza, después de que Eligio se fue y me dejó abierta la posibilidad de enfrentar el juicio. Esa noche me quedé dormida en el sofá, con la palabra Injusticia en mi cabeza.

Cambio de granja y toma de decisiones

Faustino y Moncho llegaron nuevamente a buscarme al día siguiente. No le revelé a ninguno la experiencia del día anterior con el Coronel, pues no quería que Moncho me reclamara por no haber seguido las normas de seguridad.

El operativo del traslado era el mismo, y ésta vez aún no habíamos salido de Caracas, cuando yo me había quedado dormida en la maleta del carro.

Como Moncho y Faustino me llamaban y no respondía se asustaron, y se detuvieron en una vía aledaña. Se rieron al darse cuenta de que ya estaba tan acostumbrada a trasladarme dentro de la maleta, que hasta podía conciliar el sueño allí encerrada.

Una vez en la granja, Faustino nos propuso irnos a una casa muy cercana, en la que vivía un militar activo con su esposa. Nadie podría sospechar que yo estaba allí.

Moncho quiso visitar primero el lugar antes de tomar una decisión y así lo hizo. Él y Faustino se fueron mientras yo trataba de comunicarme con mi papá por un correo que habíamos acordado.

Hacía varios días no tenía comunicación con mi familia y las relaciones con ellos estaban muy tensas. Siempre habían sido tensas, pero las diferencias se hacían cada vez más abismales, porque ellos consideraban que yo no estaba tomando las decisiones correctas para mi seguridad. Cada quien consideraba que tenía en sus manos la forma de protegerme.

Decidí llamar a mi papá y me atendió el teléfono. Me comunicó entonces que estaba gestionando un asilo político para mí en Perú, y que cuando todo estuviera listo debía trasladarme hasta la sede de la embajada en Caracas. Quedamos en comunicarnos dentro de dos días.

Esa misma noche me mudé para la segunda granja. Llegué a aquella acogedora casa tímidamente. Ya tenía tres semanas rodando de

escondite en escondite y sabía que las posibilidades se estaban reduciendo. El hecho de que dos personas que no me conocían me recibieran en su casa en mis condiciones, me llenaba de vergüenza porque ya no quería molestar a más nadie.

Mis nuevos "cómplices" me recibieron con los brazos abiertos. Se trataba de un matrimonio joven, Carmela y Marcos que ya tenían lista una cabaña de huéspedes para alojarme. Marcos era un militar activo que se sentía orgulloso de ayudarme, porque consideraba que yo había arriesgado mi vida por el país. Carmela me dijo que podía quedarme con ellos el tiempo que quisiera.

Marcos se sentó con Moncho, Faustino Flavio y yo, mientras Carmela preparaba algo de comer. Nos preguntó qué teníamos pensado hacer. Yo había decidido que no podría defenderme en tribunales al menos por ahora, y prefería salir del país antes de seguir arriesgándome.

Moncho y Negar mi abogado me habían convencido de que era lo mejor.

-Siempre tendrás tiempo de volver, pero si te capturan o te matan, no habrá vuelta atrás -fueron las palabras de Negar que me convencieron.

Moncho y Flavio habían explorado varias posibilidades de salida. Dos hermanos de origen portugués, que siempre me habían apoyado, ofrecieron la logística para salir por tierra hacia Colombia y de allí tomar un vuelo para Estados Unidos. Yo tenía vigente mi pasaporte y visa americana.

Un hacendado amigo de Flavio había ofrecido salir en una avioneta desde una pista clandestina en sus tierras.

La tercera posibilidad era salir por mar, escondida en un barco hasta Curazao, y de allí tomar un vuelo a Estados Unidos.

La cuarta opción era que se concretara lo del asilo en Perú. Era la que menos me atraía, pero tampoco quería contradecir a mi papá.

Marcos, el militar activo, se puso a la orden para participar en

cualquiera de las opciones que escogiéramos: "¡Yo estoy dispuesto a trasladarla, uniformado, a dónde sea necesario!" Esa noche no pude menos que agradecerle a Dios por haber puesto en mi camino gente que sin conocerme, estaba dispuesta a arriesgar todo para ayudarme. Eran deudas de vida, que jamás tendría con qué pagarlas.

Sabía que debía tomar pronto una decisión. Ya había entrado el mes de diciembre, y cada vez que hablaba con mi hija me preguntaba si realmente pasaríamos la Navidad juntas.

Al día siguiente me volví a comunicar con mi papá para preguntarle cómo iba lo del asilo. Me respondió que debía tener paciencia. Exasperada le dije que necesitaba pronto una respuesta porque ya estaba planificando salir del país "por los caminos verdes", es decir, de forma clandestina. Su reacción fue dirigida a hacerme desistir de esa idea:

-¡Bueno, te van a agarrar y te van a matar..!

No quise responderle porque yo sabía que él no podía razonar en aquel momento sino como un padre, así que le pedí informarme sobre sus gestiones.

El asilo frustrado

Pasaron tres días desde que había conversado con mi papá la última vez. Moncho hacía los contactos necesarios para alistar la salida por mar hacia Curazao, que entre todos habíamos escogido como la salida la más viable. Si mi papá no respondía en una semana, me iría de cualquier manera.

Mi conexión con el mundo se había limitado a la televisión y ya me sentía como Chance Gardiner, el personaje de Jerzy Kosinsky en Desde el Jardín.

Antes de cumplirse la semana recibí un mensaje de mi papá en el que me decía: "Asilo en Perú aprobado. Comunícate conmigo".

Esa noche, mi papá me explicó que ya se habían hecho los contactos con la cancillería peruana y que estaban dispuestos a darme el asilo. Debíamos encontrarnos al día siguiente a las 6 de la tarde en casa de mi tía Ana, una hermana de mi mamá que además era mi madrina, para de allí salir hacia la sede de la embajada que quedaba relativamente cerca.

Hablé con Moncho y acordamos que él me buscaría junto con Levián, en una camioneta que le había prestado mi hermano Alejandro, y ambos me trasladarían al día siguiente para la embajada.

Esa noche me acosté pensando que ya me quedaban pocos días en Venezuela. Si algún país me gustaba especialmente era Perú, aunque su clima en invierno me afectaba mucho la salud. Perú siempre me había demostrado su agradecimiento por la contribución que con mi trabajo di para la captura de Montesinos, por lo que imaginaba que no sería gran problema conseguir el asilo.

Al día siguiente recogí por enésima vez mis cosas. Me bañé y me arreglé porque no quería que mi familia me viera afectada. A las 4 de la tarde teníamos previsto salir hacia la casa de mi tía. Me despedí de Carmela, Marcos, Mercedes y Faustino. Todos me llenaron de bendiciones y me prometieron que me visitarían pronto en Lima. Les agradecí con los ojos llenos de lágrimas.

Creía que ya no iba a molestarlos más. Pero me equivocaba.

A las 6 en punto de la tarde, estábamos entrando en casa de mi tía. Una vez que cerraron el portón del estacionamiento, Moncho me abrió la maleta del carro. Apenas me bajé vi a mi hermano mayor, Alejandro. Nos abrazamos y lloramos sin decirnos nada.

Adentro, en la sala de entrada, estaban mi tía, mi mamá y mi papá. A todos los vi como si les pidiera perdón por una travesura, y aquella casa me hizo recordar cada fin de semana que pasé allí en mis años de infancia. Parecía más grande que nunca, porque la numerosa familia de mi tía, constituida por su esposo y cinco hijos ya no estaban. Su esposo había muerto, y sus cinco hijos ya habían hecho su vida. Uno de ellos, Guillermo, había muerto dos años antes de un infarto. A pesar de eso, todo parecía haberse congelado intacto y perfecto.

Mi papá me explicó que varios políticos venezolanos amigos suyos habían hecho la gestión ante el gobierno peruano, encabezado por Alejandro Toledo, para que me otorgaran el asilo político. Como era su costumbre no me permitió hablar mucho, pero me aseguró que máximo en 3 días yo estaría saliendo para Lima. Me entregó mil dólares en efectivo y me dijo que una vez allá él viajaría para instalarme.

Me despedí de mi tía y de mi mamá que me trató con su habitual severidad como si yo me hubiera buscado todo aquello, y volví a montarme en lo que parecía mi transporte oficial: la maleta de la camioneta.

En un carro adelante iba mi papá guiándonos el camino. En menos de 15 minutos estábamos entrando en la residencia del embajador de Perú en Venezuela, Carlos Urrutia.

Apenas me bajé del carro, noté que algo incomodaba a Moncho, pero no me dijo nada. Después supe que había visto en las afueras de la embajada, que en el carro de mi papá había dos periodistas muy conocidas esperando por él. Moncho era de la tesis de que mientras más personas supieran que yo estaba dentro de la embajada, mejor.

Urrutia y su esposa me recibieron diplomáticamente y mi papá me encargó con ellos, asumiendo que el asilo era un hecho.

La pareja de embajadores me guió hasta la habitación destinada para mí, y me pidieron que permaneciera allí sin asomarme a la ventana ni comunicarme con nadie.

Aquellos fueron los días más terribles de todo mi encierro. Además de que estaba incomunicada, no podía salir del cuarto. Cada día, el embajador me permitía salir un rato en el que conversábamos. Él también había sido un perseguido político y aprovechó para contarme que no era un diplomático de carrera, pero sí un político de confianza del presidente Alejandro Toledo.

La segunda noche escuché un ruido en la casa de al lado que llamó mi atención y, desobedeciendo las instrucciones del embajador, me asomé por un filo que me permitía una ventana lateral del cuarto. Para mi gran sorpresa identifiqué a Tobías Carrero, un empresario venezolano que era el propietario del circuito radial para el que yo trabajaba. Supe entonces que la residencia del embajador quedaba justo al lado de su casa.

Cada día, cuando Urrutia me sacaba de mi encierro, le preguntaba qué pasaba con el asilo, pues hasta que no estuviera oficialmente aprobado, no se podía anunciar que yo estaba en la residencia solicitándolo. Mi temor es que me ocurriera lo mismo que a los comisarios de la Policía Metropolitana, los perseguidos políticos Lázaro Forero y Henry Vivas. Ambos habían solicitado asilo ante la embajada de El Salvador y no se los concedieron, sino que los entregaron al Gobierno venezolano condenando así a estos dos buenos hombres a una especie de cadena perpetua.

Mis temores no eran infundados. Tres días después de haber llegado a la residencia, el embajador Carlos Urrutia me tocó la puerta del cuarto que yo ocupaba, el cual quedaba en la parte de arriba de la casa. Apenas abrí me dijo con aire solemne:

-Patricia, tienes que irte. Aún no me han dado respuesta concreta en Lima sobre el asilo, y ya me están llamando periodistas de Globovisión para preguntarme si es cierto que estás aquí. Si el Gobierno me lo exige, tendré que entregarte.

Sin responderle, llamé a Moncho y le pedí que me fuera a buscar inmediatamente a la residencia. De forma desordenada metí mis cosas en mi maleta de mano y a los diez minutos me avisaron que Moncho estaba en la puerta buscándome.

Urrutia me dijo que lamentaba no poder tener más horas para intercambiar conmigo opiniones sobre Venezuela, y para mis adentros me pregunté si aquel hombre entendía el peligro que yo estaba corriendo.

Al bajar las escaleras, me encontré con la sorpresa de que todo el personal de la embajada estaba ahí para despedirme. Sin duda habían tenido una especie de asamblea para discutir qué era lo mejor para mí y tomaron la mejor decisión: Dejarme ir antes de que el Gobierno me capturara.

Nuevamente estaba en la maleta de la camioneta y Moncho al volante. Ahora surgía la gran interrogante ¿Para dónde iríamos?

Cuando le expliqué desde la maleta a Moncho lo que había pasado, me contó lo de las periodistas que él había visto acompañar a mi papá. Nunca sabré si fueron ellas las que revelaron que yo estaba dentro de la residencia del embajador.

Sin rumbo fijo

De uno de los teléfonos seguros que Eligio nos había entregado llamé a mi papá, y le conté lo que había ocurrido en la casa del embajador.

La reacción de mi papá fue algo que no hubiera esperado nunca. Simplemente no me creyó, pues me dijo:

-¡Eso es mentira! Lo que ocurre es que tú quieres hacer las cosas a tu manera y no querías el asilo, y seguro te fuiste escapada de la casa del embajador. ¡Conmigo no cuentes para tus locuras!

Y me cerró el teléfono.

No podía creer lo que acaba de escuchar.

-¿Cómo iba yo a inventar algo de esa naturaleza? -le dije a Moncho, que daba vueltas en el carro sin saber a dónde ir, y me respondió que no me preocupara por eso, porque teníamos qué pensar a dónde ir.

Estuvimos más de dos horas dando vueltas hasta que Moncho decidió llevarme a casa de una hermana que vivía sola, mientras pensábamos qué hacer.

Antes nos paramos a comprar unas hamburguesas que Moncho pidió desde el mismo carro.

La hermana de Moncho ni siquiera salió del cuarto. Yo no dejaba de pensar en lo que me había dicho mi papá. ¿Se suponía que yo debía quedarme en la casa del embajador a pesar de lo que me dijo? ¿Por qué ahora nadie creía en mí?

Rosa llegó a encontrarse con nosotros. Le conté lo que habíamos pasado y ella propuso que esa noche la pasara en el apartamento de Eligio. Nuevamente él aparecía como mi salvación.

En el apartamento de Eligio, Moncho, Rosa y yo retomamos otra vez el plan de salir por mar de Venezuela. Pero antes, yo insistía en aclararle a mi papá lo que había ocurrido en la embajada. Por eso le escribí una

carta de mi puño y letra, y le pedí a Moncho y a Rosa que se la llevaran al día siguiente a su casa.

Así lo hicieron. Mi papá los recibió molesto y les dijo que si ellos lo que querían era dinero, que no contaran con él.

La verdad es que ni Moncho ni Rosa le habían mencionado la palabra dinero. Pero él seguía con la idea de que yo me había ido sin razón de la casa del embajador.

Mientras tanto, mi hermano Alejandro, en la misma tónica de mi papá, había llamado a Moncho para exigirle que le devolviera la camioneta, que era el vehículo que teníamos para trasladarme.

Cara a cara, Alejandro le dijo a Moncho:

-Vamos a ver qué hace ahora Patricia, cuando ya no tenga dinero ni nadie que la esconda va a tener que hacernos caso.

Moncho, poco dado a las sutilezas, me contó todo sin anestesia. Después de mucho dolor entendí que esa era la forma en que en medio de la difícil situación, mi familia creía que podía ayudarme.

Fue entonces cuando decidí seguir adelante sin contar más con mi familia.

VII

TRAVESÍA HACIA EL DESTIERRO

Últimos días de Patria

Moncho se comunicó con la pareja que me había albergado los últimos días, Marcos y Carmela, y sin darles explicaciones les pidió que me volvieran a alojar.

Esa misma tarde nos trasladamos nuevamente a la granja y allí estaban las dos parejas esperándome. Les conté lo que había ocurrido y la decisión que había tomado de salir lo más pronto posible por mar.

Moncho y una persona de su confianza, Beto Rincones, habían hecho contacto con el dueño de un yate que estaba dispuesto a sacarme escondida hasta Curazao.

Jorge Serrano, el capitán, era un argentino que se había instalado en las costas venezolanas, después de recorrer el mundo a través de sus mares.

El plan era salir desde las costas del estado Falcón, al norte de Venezuela y la fecha la fijaría el capitán.

El hombre estaba cobrando diez mil dólares y yo por supuesto no los tenía. El único que podía ayudarme era Eligio y le pedí a Moncho que hablara con él.

Esa noche, antes de despedirnos, le dije a Moncho:

-Apura la salida, hermanito. Ya no tengo más nada que esperar.

Eligio le entregó inmediatamente el dinero a Moncho, y mis amigos, los hermanos portugueses, le dieron un dinero adicional a Flavio que me entregó al día siguiente.

Mi intención era llevarme a Germania conmigo, pues no quería irme y dejarla en Venezuela, y así se lo transmití a su papá. Gastón me dijo que llevarme a Germania sería un riesgo y me prometió que él mismo me la llevaría una vez que yo estuviera en un lugar seguro.

-Acuérdate que Germania es americana y no tendrá problemas para

salir de Venezuela -me recordó.

Era cierto. Once años atrás cuando iba a dar a luz, Gastón se encontraba en Estados Unidos y yo me empeñé en tener a mi hija en Venezuela. Pero un amigo en común, bromeando me dijo:

-Mira, es mejor que tu hija nazca en Estados Unidos porque si algún día pasa algo en Venezuela, tú corres a la Embajada Americana y se la entregas a un Marine que va a estar en la puerta esperándola para protegerla.

Esa imagen, once años atrás, era simplemente inimaginable para mí, por eso me reí a carcajadas. Accedí a dar a luz en Estados Unidos por la única razón de que Germania naciera al lado de su papá. Jamás pensé que aquello del Marine llegaría a tener un sentido real alguna vez en mi vida.

El 7 de diciembre ya teníamos todo listo para salir. Tal como lo había ofrecido, Marcos se encargaría de manejar el vehículo donde me trasladarían hasta el puerto de embarque.

Aparte de Eligio, la única persona a quien le comuniqué la forma en que saldría de Venezuela, fue a Flavio. A mi mamá la llamé para pedirle el teléfono de Ricardo Guanipa, un amigo de la infancia que vivía asilado en Estados Unidos. Quería avisarle que iba para allá.

Cuando me comuniqué con él, Ricardo mostró alegría. Estaba esperando mi llamada porque mi mamá le había advertido que yo había pedido su número.

-Ricky, -así le decíamos- está pendiente porque voy para allá. En unos días te aviso exactamente cuándo.

-Claro, Negra -así me llaman en mi familia- aquí estaré esperándote.

Jorge, el capitán del barco exigió que no lleváramos ningún tipo de equipaje más que mi cartera con el pasaporte y el dinero. Pero yo no quería salir sin el San Miguel arcángel que me había acompañado siempre. Le pedí entonces a Flavio que me lo llevara junto al secador de pelo.

-Mi reina, ¿en serio tú te vas a llevar el secador de pelo? -me preguntó incrédulo, Moncho.

-¡Claro! ¡Y a San Miguel también!

Preparando la salida

Entre Moncho y Beto negociaron con el capitán que nos iríamos el día 9, en vista de lo cual debíamos estar a las 8 de la mañana en el puerto.

Como estábamos muy lejos, salimos a las 3 de la mañana de la granja. A esa hora Carmela se levantó a prepararnos café y nos dio su bendición.

En una bolsa plástica blanca llevaba a San Miguel y, dentro de la cartera, el secador de pelo. Sin ellos no me iría.

Marcos, perfectamente uniformado, conduciría su propio vehículo. Moncho, en cambio, iría de copiloto. Mientras que yo iría sentada en el asiento de atrás. Por primera vez en más de un mes, me trasladaría fuera de la maleta.

Beto iría delante de nosotros manejando un Toyota para advertirnos sobre la presencia de cualquier alcabala que estuviera en el camino.

Apenas salimos, Marcos me preguntó si estaba nerviosa:

-No, -le respondí- aunque me costará acostumbrarme de nuevo a no viajar dentro de la maleta.

Nos reímos y partimos. Si nos detenían en alguna alcabala, Marcos

sacaría su credencial y ante cualquier pregunta diría que yo soy su esposa. Pero sabíamos que apenas lo identificaran como militar no pondrían problemas.

Beto nos iba avisando de todo cuánto se encontraba en el camino. Esas fueron las horas más largas de todas las que había vivido.

A las 8 en punto, llegamos al lugar acordado de encuentro. Ahí estaba esperándonos Jorge Serrano con la noticia de que el tiempo estaría muy mal, y según él lo más probable es que prohibirían la navegación.

-Mejor dejamos esto para otro día... -dijo.

Antes de que Beto o Moncho pudieran responder yo le dije:

-¡No señor! Nos vamos hoy cómo sea.

El capitán asumió que yo estaba decidida y que no me regresaría, y dijo algo que después yo entendería que era cierto:

-Bueno, yo lo digo por ustedes. No por mí.

La esposa del Capitán nos interceptó antes de montarnos en el barco. Ella, de nacionalidad venezolana, a diferencia del esposo, mostró conocer bien mi caso.

-Vaya tranquila, mija. Este es el mejor capitán de esta zona. Usted va con Dios que protege a los inocentes.

Marcos se marchó porque si los guardias nacionales veían a algún militar uniformado se acercarían. Nos montamos en el barco Moncho, Beto y yo.

Una vez instalados en el camarote de la parte baja del barco, el capitán comenzó a darme las instrucciones:

-Hoy se espera una tormenta muy fuerte por lo que el barco se va a mover muchísimo. Tómate esta pastilla para el mareo:

-No. No quiero tomarme nada -fue lo que le dije.

Siempre había sido muy susceptible a los medicamentos y temía que aquella pastilla me durmiera, y yo quería ir despierta durante todo el trayecto.

La segunda instrucción se refería a cómo actuar si nos detenía una patrulla de la Guardia Nacional en altamar.

-Te acuestas boca abajo en la cama, y finges que estás mareada y vomitando. Yo diré que tú eres mi esposa y mostraré su pasaporte. Apréndete el número por si acaso.

Para atajar mis nervios sobre una posible intercepción por parte de la Guardia Nacional, el capitán me dijo:

-Aunque no debemos ni preocuparnos. Esos guardias no se atreven a navegar con el tiempo que tendremos hoy...

El capitán me extendió el documento abierto en la página de los datos y la fotografía. Un problema de dislexia me ha hecho siempre muy difícil recordar números. La foto de la amable mujer que me había despedido con bendiciones en el puerto era asombrosamente parecida a mí. Bromeé con todos, diciendo que a lo mejor ella era la doble que Isaías Rodríguez decía que yo había dejado en mi lugar para salir de Venezuela con el fin de planificar el crimen de Danilo.

Estaba previsto que en condiciones normales, ese viaje duraría 5 horas. Ingenuamente pensé, calculando que al salir a las 9 de la mañana, ya estaríamos en Curazao a las 2 de la tarde. No sabía que nos esperaba una verdadera pesadilla.

Viaje tormentoso

Antes de salir, le pedí cinco minutos a Jorge, Beto y Moncho porque quería despedirme de mi país a solas. Quise grabarme la imagen de esa playa que tanto había disfrutado. En un segundo pasó por mi mente cada escenario y cada rincón de Venezuela que había recorrido. Siempre preferí viajar por mi país que ir al extranjero, y ese día que me iba sin fecha de regreso, le daba gracias a Dios porque me había permitido recorrer toda esa hermosa geografía. Recé en silencio y me di la vuelta para no arrepentirme. Sabía que no tenía otra salida que irme del país.

Apenas salimos, Beto y yo nos santiguamos simultánea-mente, como siguiendo una coreografía. El capitán asumió su puesto y a su lado llevaba una botella de Vodka. Beto se sentó en el puesto del auxiliar. Tal como lo había decidido el capitán, yo debía ir en el camarote hasta que saliéramos a aguas internacionales.

Moncho no paraba de dar vueltas por todo el barco.

No teníamos una hora de haber zarpado cuando se desencadenó una feroz tormenta. El primer movimiento brusco me lanzó fuera de la cama hacia el piso.

Moncho corrió a levantarme y Beto bajó para verificar que todo estuviera bien. El San Miguel que había llevado conmigo cayó al piso y como pude llegué hasta él para recogerlo.

A partir de ese momento, el barco no dejó de moverse con sañuda brusquedad. A las dos horas de haber partido comencé a vomitar sin parar.

-Esto no puede ser un viaje normal -le dije a Moncho. Aquí está pasando algo.

Beto tenía experiencia manejando lanchas y nos dijo a Moncho y a mí que el viaje iba a ser muy duro porque había Mar de Leva, un fenómeno que consiste en el aumento anormal de la altura del oleaje.

Aunque intentaba contenerme, no podía dejar de vomitar. Beto me ayudó a subir prácticamente a rastras hacia la plataforma del barco para que me pegara el aire en la cara. Entre la lluvia y las olas que nos pasaban por encima, alcancé a ver las maniobras que hacía el capitán para mantener el barco a flote. Cuando me vio prácticamente desmayada por los vómitos, me ofreció un trago de la botella que ya había consumido hasta la mitad. -¡No! -me negué- ¡Estás loco!

Yo jamás bebía licor y me parecía una temeridad hacerlo en esas circunstancias. El capitán insistió en que si tomaba un pequeño trago resistiría mejor el viaje, pero me negué rotundamente.

Arriba me sentí peor y le pedí a Beto que me acompañara nuevamente a la parte baja del barco. Cuando bajamos las escaleras nos dimos cuenta de que Moncho, que había sobrevivido a muchos peligros, también estaba vomitando sin poder contenerse.

Cuando vi a Moncho en ese estado de debilidad, me desmoroné. Sentí que si él estaba tan mal yo no podría resistir el viaje. Lloré desconsolada pensando en mi hija, y fue cuando recordé que mis padres no sabían dónde estaba yo en ese momento. Pasaron por mi cabeza las situaciones más tristes, y pensé en la tragedia que significaría el hecho de que ni siquiera encontrarían mi cadáver si naufragábamos.

Beto me colocó un paño mojado en la frente y se rió de Moncho que no dejaba de vomitar. Por un instante el barco se estabilizó y me acosté de nuevo. Quería tratar de dormir para no sentir ese terrible malestar.

De pronto, el barco comenzó a moverse con una extrema ferocidad. Como pude me paré hasta la zona de la cocina donde estaba Moncho, y vi cómo empezaron a volar por el aire cual los platos, el horno microondas, etc. Las mesas se partían como galletas. La puerta de la nevera se abrió y rodaron hacia el piso envases de comida y latas de refrescos. La pantalla del televisor estalló haciendo un ruido demencial.

Desesperada, le grité a Beto que bajara y me ayudara a subir. Quería salirme de aquel hueco donde pensaba que corríamos más peligro.

En la cubierta del barco seguí vomitando, y desde allí vi la impresionante imagen de una ola que nos pasó por encima. El capitán ni se inmutó. Permaneció en su lugar sin soltar las manos del timón. Después nos explicó que el barco era un pesquero preparado para resistir tormentas. Originalmente, estaba previsto que hiciéramos el viaje en una lancha de paseo, pero Jorge había tenido el buen tino de hacer el cambio.

-Moncho, de ésta no nos salva nadie... -le dije.

El intentado sobreponerse al malestar, me pasó un brazo por los hombros sosteniéndose con el otro de una baranda.

-Tranquila, mi reina. Claro que salimos.

Como pude, miré el reloj y advertí que apenas habían transcurrido 4 horas desde que zarpamos. Me di cuenta de que la mica del reloj se me había partido con uno de los golpes que me había dado contra la pared.

Estando todos en la cubierta del barco, vimos el espectáculo más hermoso de este tormentoso viaje. Una decena de delfines prácticamente bailaban alrededor del barco. El capitán nos dijo que esa inesperada y milagrosa visita era un buen augurio, porque esos animales no solían salir durante las tempestades.

Yo casi no podía abrir los ojos por la cantidad de agua que nos caía encima, pero hice un esfuerzo para grabar aquella hermosa imagen para siempre.

En ese instante, Jorge se volteó y mirándome fijamente me dijo:

-¡Felicitaciones! ¡Estamos en aguas internacionales! ¡Eres libre!

Aunque había hecho grandes esfuerzos por mantener el equilibrio emocional, no pude evitar ponerme a llorar. Miré hacia atrás y sentí físicamente el dolor de estar fuera de mi país. No quería que me vieran llorar y me tapé la cara como una niña. Moncho y Beto me abrazaron, y Jorge me dijo entonces:

-¡Quédate tranquila! En unos años estaré yo haciendo este mismo viaje, pero con el barco cargado de verdaderos delincuentes: los chavistas.

No supe cuándo me quedé dormida sobre las piernas de Beto en uno de los asientos largos de la parte más alta del barco. Pero fueron apenas unos minutos, porque una gigantesca ola casi volteó el barco tumbándonos al piso.

Nuevamente bajamos hasta la cocina Beto, Moncho y yo para tratar de secarnos, porque no podíamos cambiarnos de ropa.

En ese momento me dieron unas ganas incontenibles de orinar y les

dije a los muchachos:

-¿Cómo hago? -no puedo bajarme los pantalones porque me caigo.

-Orínate encima -me dijo con toda seriedad, Moncho. Nadie se va a dar cuenta con lo mojada que estás.

-¿Te volviste loco? ¿Cómo voy a llegar orinada a Curazao... si es que llegamos?

Como pude me bajé los pantalones, oriné, pero después no podía subírmelos.

Volteando hacia atrás Moncho y Beto me ayudaron. Yo recé para que no me volvieran a dar ganas de orinar y no tener que pasar nuevamente por el bochornoso incidente.

El barco estaba prácticamente destrozado por dentro. Moncho y yo estábamos muy débiles de tanto vomitar, aunque ya el barco iba más sereno.

A las 8 horas de navegación, sentí que ya no resistiría más, y le pedí a Beto que le preguntara a Jorge cuánto faltaba.

-Menos de una hora -fue la respuesta que revitalizó mi ánimo dándome más coraje para resistir.

Efectivamente así fue. En una hora estábamos anclando en Curazao. A las 6 de la tarde del 9 de diciembre, comenzaba mi vida en el exilio.

En tierra firme

Jorge tenía en sus manos mi pasaporte. La instrucción era quedarnos en el barco hasta que él resolviera los trámites de nuestro ingreso a Curazao.

La idea original, era que él mismo día me montara en un avión hacia Estados Unidos, pero habíamos llegado muy tarde para alcanzar el último vuelo. Teníamos que quedarnos esa noche en Curazao y al día siguiente saldría yo para Miami, mientras que Moncho y Beto se regresarían a Venezuela con Jorge.

Para el viaje, Eligio nos había dado unos teléfonos que podíamos usar en Curazao. Apenas llegamos, llamé a Gastón para informarle que ya estaba en Curazao. Le di las gracias por no haberme permitido que llevara a Germania en el barco, pues mi hija no habría resistido ese espantoso viaje. Hablé con ella y le dije:

-Lo prometido es deuda, en Navidad estaremos juntas. O quizás mucho antes.

Llamé después a Flavio para informarle que todo estaba bien. Le dije que podía avisarle a mi familia que ya me encontraba fuera de Venezuela.

Al bajarme del barco, me vi en un espejo pequeño que guardaba en

mi cartera. Mi aspecto no podía ser más deplorable. El pelo lo tenía espantoso, lleno de agua salada. Al contemplar esa desagradable imagen fue cuando le dije a Jorge:

-Mira, lo primero es lo primero. Dime a qué peluquería puedo ir aquí en Curazao.

Jorge, acostumbrado a andar con turistas, sabía la exacta ubicación de la peluquería más cercana.

-Allí enfrente hay una, pero tienes que cruzar la bahía con unos barquitos que van y vienen.

-¡Qué! -gritó Moncho- ¿Tú te vas a montar en otro barco después de lo que hemos pasado, sólo para ir a la peluquería?

Todos nos echamos a reír, y convencimos a Moncho de cruzar la bahía.

Cuando íbamos en el barquito, recibí una llamada en el celular:

-Mi amor, mi negrita -me dijeron.

La brisa que me golpeaba la cara no me dejaba escuchar bien, por lo que pregunté varias veces quién hablaba del otro lado de la línea:

-Soy yo, el hombre que más te quiere en la vida...

Era mi papá. Sentí en su voz la alegría de saberme a salvo y fuera de Venezuela. Le recordé que yo le había dicho que saldría y lo cumplí.

Después conversé con mi mamá, quien como siempre, quería decirme lo que tenía que hacer para cuidarme, y me advirtió que no me dejara ver mucho en Curazao hasta que pudiera salir hacia los Estados Unidos.

Lo próximo era buscar un hotel donde quedarnos. Mientras caminábamos, la paranoia que me apresaba en ese momento me hacía sentir que todos los ojos se posaban sobre mí. Entonces entré en una

tienda y me compré un sombrero tropical de ala ancha que no me quité más.

Aún me sentía insegura. Al llegar al hotel pedí una habitación con tres camas. Beto y Moncho se sorprendieron y les dije:

-Sí, vamos a dormir todos juntos. Lo que pase, que nos pase a los tres.

Después de alojarnos, salimos a caminar. Yo necesitaba comprarme una maleta y algo de ropa, porque no era conveniente llegar a Estados Unidos sin equipaje.

En la primera tienda donde entramos encontré una maleta de mi color preferido, el rosado. Y la compré. Luego me compré dos pantalones, tres blusas a juego y ropa interior. Y una pijama para dormir esa noche.

Moncho y Beto también se compraron ropa para cambiarse.

Al entrar nuevamente en la habitación, prendimos el televisor en un canal de Venezuela que podía verse en Curazao. La noticia que estaban pasando era precisamente sobre las grandes olas de 5 y hasta 6 metros que se habían producido ese día debido a la tormenta.

-¡Dios, de la que nos salvamos! -exclamé aliviada.

La puerta del baño no cerraba bien, y antes de meterme a la ducha le dije a mis dos compañeros:

-Cuidado con abrirme la puerta que no cierra bien.

Ambos se echaron a reír recordando el episodio, ocurrido hace apenas unas horas atrás, cuando habían tenido que subirme el pantalón en el barco.

Esa noche cenamos y nos quedamos rendidos hasta las 8 de la mañana.

Jorge se había quedado con mi pasaporte la noche anterior, y aunque

yo no quería hacer preguntas, imaginaba que estaba haciendo los trámites necesarios sobre mi entrada a Curazao, pues no tenía sello de salida de Venezuela.

A las 10 de la mañana nos reunimos con Jorge que me dio las instrucciones:

-Vas a ir hasta el aeropuerto, compras un pasaje de ida y vuelta con el regreso para dentro de tres días a Curazao. Si alguien te pone trabas porque no tienes sello de salida de Venezuela, dices que tú llegaste en un yate a Curazao y que no pensabas quedarte pero se dañó una pieza del barco que vas a comprar a Miami y te regresas.

Jorge nos aseguró que había arreglado ya todo con los funcionarios de Emigración.

Y así fue. Nos trasladamos hasta el aeropuerto y compré el pasaje de ida y vuelta en el vuelo de American Airlines, que salía a las 5 de la tarde.

Con el pasaje comprado llamé a Ricardo Guanipa y le informé la hora de mi llegada. Él me prometió que estaría allí buscándome.

Me despedí de Moncho y de Beto pidiéndoles que no se fueran del aeropuerto hasta que yo les avisara que ya había pasado los controles migratorios. Yo llevaba el teléfono que me había dado Eligio, y Moncho tenía otro para comunicarse conmigo.

Por más que intentaba no ponerme nerviosa, se me hacía muy difícil. Pero me obligué a mantener la serenidad para no llamar la atención de algún funcionario. En mi mano llevaba la bolsa de plástico con el San Miguel adentro, que había perdido una de sus alas en el accidentado viaje en barco.

Por azar, escogí ponerme en la fila de una funcionaria de aduana robusta y morena.

La típica curazoleña, ya entrada en edad.

Aquella mujer revisó página por página mi pasaporte y su gesto iba tornándose cada vez más severo.

-¿Dónde está el sello de salida de su país? -me dijo en voz más alta de lo normal.

Siguiendo el guión le respondí:

-No me lo sellaron porque sólo salí a dar un paseo en el yate de un amigo y se nos dañó una pieza del barco...

-¡No! -me interrumpió la funcionaria- lo lamento. No puedo darle la salida...

El mundo se me vino abajo. Tomé con fuerza la bolsa donde llevaba el San Miguel y le hablé en silencio.

-¿San Miguel, chico, cómo me vas a echar esta broma? ¿Tú vas a dejar que esta bruja nos regrese?

Como no había completado el guión que me había dado Jorge le insistí a la mujer:

-Mire, yo voy a Miami a comprar la pieza del barco y me regreso.

La mujer entonces tomó el sello en cámara lenta y me dijo:

-Bueno... si es para Miami... está bien. Pero esto no lo hago yo más nunca en mi vida.

Mientras cruzaba el pasillo hasta la puerta de embarque, sentí que iba a desmayarme. Mis piernas iban por un lado mientras yo iba por el otro. Me senté frente a la puerta de embarque y como pude le envié un mensaje de texto a Moncho:

-¡Mira, Jorge no había arreglado nada! ¡Casi no me dejan salir!

-Sí, es que falló alguien. Pero tranquila. Avisa cuando te montes en el avión -me respondió.

En tierra de libertad

Una hora después estaba yo montada en el avión rumbo al exilio. Durante el viaje, volví a sacar el espejito y me miré largamente. Por más que me había maquillado, sentía que durante los 36 días que había estado clandestina en Venezuela, me habían caído un montón de años encima. Me vi vieja en ese espejo, acabada y con grandes ojeras. Llevaba tatuada en mi alma una fuerte carga emocional que se reflejaba en aquel espejito, y que yo interpretaba simplemente como la vejez.

Recorrí durante el vuelo cada minuto que había vivido desde el día en que estaba dando clases hasta que Marcelo había llegado a sacarme cuando ordenaron mi detención. Eran apenas 36 días, pero sentía que aquello había cambiado muchas cosas dentro de mí.

Hacer inmigración en Miami significaba una angustia en esa nueva travesía. Esta vez escogí a un hombre joven que se veía afable y me metí en esa fila.

Cuando le entregué mi pasaporte, lo revisó como es la costumbre y me dijo en perfecto español:

-Hay algo extraño en este pasaporte.

Demudada ante este nuevo lacerante dardo, le lancé la responsabilidad a San Miguel:

-¿Chico, San Miguel, qué pasó? Ya falta poco.

Yo sabía que si me deportaban de Estados Unidos, nada me salvaría en Venezuela. Si tenía algún problema en el aeropuerto, pediría asilo ahí mismo, pero según las leyes de ese país, me llevarían detenida mientras se aclaraba el asunto.

-¿Qué tiene de extraño mi pasaporte? Ése es mi pasaporte, mis datos, mis fotos...

-Sí, hay algo extraño. Es que usted no parece que tuviera 40 años...

-¡Jajá! Pues sí los tengo. Completicos, acabaditos de cumplir.

Ese comentario era como una respuesta a la angustia que traía en el avión sobre los años que me habían caído encima. Pero Dios siempre estaba ahí para aliviarme.

Caminando hacia la salida donde me esperaba Ricky los ojos se me llenaron de lágrimas. Revisé el pasaporte y me fijé que me habían dado 6 meses para estar en Estados Unidos. Pensé entonces que necesitaría menos tiempo para aclarar las cosas y volver a mi país. De eso hace ya 6 años y aún sigo siendo La Fugitiva.

VIII

EL EXILIO

Comienzo de una nueva vida

Acostumbrándome a la libertad

Apenas salí del área de aduanas el 10 de diciembre del año 2005, vi a Ricardo Guanipa -Ricky como le llamábamos- que estaba esperándome visiblemente nervioso.

Sólo al verlo a lo lejos, sentí una gran alegría. Ricky era parte de mi vida de adolescente. Su ingenio para hacernos reír era incomparable, y a pesar de que todos opinábamos que debía dedicarse profesionalmente a la comedia, se fue por los caminos del periodismo. En Venezuela, ejerciendo como corresponsal de Radio Martí, emisora del Gobierno Federal de Estados Unidos, fue víctima de una agresión que lo llevó después a recibir asilo en este país.

Ricardo Guanipa, fue el primer periodista asilado del gobierno de Hugo Chávez. Pero para mí no era el periodista, sino el amigo de la infancia. En segundos reviví sus gracias tan divertidas, las travesuras que hicimos juntos, sus ocurrencias incomparables y fue como un bálsamo para todo lo yo que había vivido en los últimos días.

Después de abrazarnos muy fuerte, Ricky me quitó la maleta rosada y, mientras caminábamos, le conté parte de mi historia en la clandestinidad, sobre todo que ya me había acostumbrado a viajar en la maleta de los carros. De allí Ricky sacó la broma de que al acercarnos a su vehículo en el estacionamiento del aeropuerto, yo había tenido la intención de meterme en la maleta y que él me había dicho: -¡No, Negrita! -así me llamaba-¡ Tranquila, aquí puedes ir sin problemas en el asiento del copiloto!

Originalmente, había planificado con mi familia que en diciembre viajaríamos a pasar las vacaciones de Navidad en Orlando. Pensé mientras rodábamos por las perfectas autopistas de Miami, lo distinto que me hubiera sentido si ese viaje fuera de placer, y no por haber tenido que salir como una delincuente de mi país.

Llamé inmediatamente a Moncho para avisarle que estaba ya en Miami. Luego me comuniqué con mi papá y le dije que estaba con Ricky.

Mi papá tenía un apartamento de vacaciones en la playa pero estaba ocupado en aquel momento, de manera que me quedaría unos días en la casa de Ricky hasta que eso se resolviera. En cada conversación que teníamos, mi padre me daba aliento y me aseguraba que nada nos faltaría a Germania y a mí.

A Germania la llamé y le dije:

-¡Te gané! Llegué primero que tú a Miami.

Mi hija, con su voz ronquita tan particular me respondió:

-¡Mamá, mamá! ¡Eso no se vale! ¿Cuándo me voy yo, mamá?

Desde que nació, nunca habíamos estado separadas por tanto tiempo y ambas estábamos desesperadas por reencontrarnos.

Flavio les avisó a Eligio, a los hermanos portugueses y a mis amigos más cercanos, que yo había llegado sin contratiempos y que me encontraba bien en Miami.

Eligio se comunicó conmigo enseguida, y me prometió que él mismo en su avión privado, me llevaría a Germania unos días más tarde. Eso era lo único que yo quería en ese momento.

Ricky también vivía en la playa en un apartamento de dos habitaciones, pero sin muebles.

A pesar de la hora, fuimos a comprar un colchón inflable para dormir, sábanas y ropa interior para mí, porque no tenía suficiente.

Ricky insistía en que durmiera en su cama y él usaría el colchón. No acepté y armamos entre los dos aquella cama improvisada en la que caí rendida inmediatamente.

Al día siguiente, cuando me desperté, no sabía dónde estaba. Pasaron unos minutos antes de que recordara que aquel era el apartamento de Ricky. Sentí el rico olor de un desayuno que él preparaba y me levanté a ayudarlo.

Mientras comíamos, le contaba todo lo que había pasado durante la clandestinidad y él con su talento innato para convocar la risa lo convertía en una gracia. Definitivamente, él hizo menos traumáticos aquellos primeros días fuera de mi país, en los cuales me costó acostumbrarme a la libertad.

El reencuentro con mi hija

El 13 de diciembre, en el avión privado de Eligió Cedeño, llegó mi hija Germania a Estados Unidos. Con Ricky fui a buscarla al aeropuerto de Fort Lauderdale, al que llegamos casi dos horas antes.

Cuando aterrizó el avión y vi bajar a mi hija por las escalinatas, los ojos se me llenaron de lágrimas. Ricky me abrazó cariñoso y me jugó una de sus bromas para atenuar la intensidad de mi emoción.

Los trámites de entrada de Germania fueron muy rápidos, pues viajaba con su pasaporte americano. Lo que me había recomendado aquel amigo acerca de las ventajas de que mi hija naciera en Estados Unidos, y que en aquel momento consideré un disparate, se estaban concretando en ese momento.

Germania estaba feliz por reencontrarse con su mamá, y además por haber viajado en un avión privado donde decía que la habían tratado como una estrella de cine. Una vez más tenía algo que agradecerle para siempre a Eligio.

Meses después me enteré de que los dos socios de Eligio en el avión, Luis Emilio Velutini y Luis Carlos Serra Carmona, le reclamaron duramente haber montado a mi hija en la aeronave, aduciendo que eso les traería problemas con el gobierno. Ambos, Velutini y Serra Carmona, obligaron a Eligio a vender su parte en el avión. Aquella conducta formaba parte del modelo hipócrita que caracteriza a algunos políticos, pues Serra Carmona había llegado a ser incluso ministro de un gobierno adeco, montado en la fama de su madre, Isabel Carmona de Serra, quien en la época de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez había caído presa, y en la cárcel dio a luz a ese cobarde que ahora reclamaba por montar en el avión a la hija inocente de una perseguida política, para sacarla de Venezuela.

El primer amigo que no volvería a ver

Alfredo Bertorelli era uno de esos amigos que la vida me había regalado, pues siendo mucho mayor que yo, prácticamente me había adoptado, convirtiéndose en mi consejero y protector, pues siempre me decía que yo no tenía sentido del peligro.

Al saber que ya había llegado a Estados Unidos y estaba a salvo, se comunicó conmigo:

-¡Muchachita, gracias a Dios! Esta es la alegría más grande que he tenido en mucho tiempo. ¡Saber que estás bien y sobre todo libre!

Alfredo me aseguró que viajaría los primeros días de enero a Miami a ver a su hija María Gabriela, -cariñosamente conocida como May- y nos encontraríamos nuevamente.

Como solía hacer, Alfredo buscaba protegerme y me pidió que llamara a su hija para lo que necesitara. Sin duda, Alfredo ya se había puesto en contacto con ella para pedirle que me diera una mano.

Con Ricky visité a May. En su hogar de Weston, donde ella vivía con su esposo y sus hijos, se sentía el amor que Alfredo había sembrado en su familia, la ternura con la que había criado a su prole, que además habían crecido viendo cómo se adoraban sus padres. En aquella casa sentí que era posible construir una familia en cualquier país donde uno se encontrara, pues lo que hacía falta era que existiera el amor.

May no tuvo que hacerme muchas preguntas para saber cuáles eran mis necesidades femeninas y de mamá y como tener un buen peluquero es una máxima para toda venezolana que asume el cuidado personal como una bandera, me llevó donde Calógero Traamonte, un venezolano que comenzó viajando cada quince días a Miami para atender a las dientas que lo requerían, y terminó mudándose con su esposa y estableciendo su familia en Weston.

A apenas días de haber llegado a Miami, aún sentía la angustia de que cada persona que conocía, podía dudar de si yo era o no una asesina.

Calógero me atendió ese día con gran amabilidad. Al verme en el espejo sentí el gran alivio de saber que había conseguido el estilista idóneo para mis días de exilio. Con una rapidez insólita, me había transformado el rostro con un corte moderno. Cuando fui a pagarle no quiso aceptarme el dinero:

-No. ¿Cómo voy a cobrarte después de todo lo que has vivido?

Sentí ese acto de solidaridad como la primera reivindicación ante todo el dolor que había sufrido. Las palabras de Calógero, más que el trabajo que había hecho con mi cabello, me volvieron a la vida.

May me explicó cómo era el trámite para inscribir a Germania en un colegio, las recomendaciones de vida en Miami, etc, pero yo no quería asimilar todo eso porque me negaba a establecerme fuera de Venezuela. Aún pensaba que volvería pronto a mi país.

Ver a Alfredo en enero era para mí un alivio, pues él solía aclararme los escenarios de manera que conversar con mi amigo, verlo de nuevo, iba a ser gratificante para mí.

Pero el 14 de diciembre una llamada de Flavio entristeció mi vida. Alfredo había muerto esa mañana de un infarto. Flavio se había enterado porque había acordado almorzar con él ese día, y cuando lo llamó para confirmar, la secretaria le dio la dolorosa noticia.

Alfredo era el primer gran amigo que perdía sin la posibilidad de ir a despedirlo para siempre. Era como si él, que me había guiado tantas veces, me decía con su partida que vendrían muchas ausencias que debía superar para seguir adelante.

El dolor de May me mostró además, lo que yo misma sentiría si perdiera a alguno de mis padres estando en el exilio. Ese temor me ha perseguido hasta el día de hoy.

Una pausa necesaria

Pasé una semana con mi hija en casa de Ricky durmiendo en el colchón inflable, felices. Germania me llenaba de preguntas sobre lo que había ocurrido los días que estuve escondida, y yo no quería darle detalles. Para ella también había sido una hermosa experiencia haber compartido con su papá esos días difíciles.

Sabía que mi hija había estado bajo mucha tensión. Se acercaba la Navidad y decidí poner una pausa en todo lo que me había agobiado durante los últimos 45 días. Pero era muy difícil.

El 20 de diciembre de ese año 2005, a pesar de que ya se había empezado a caer la máscara del Testigo Estrella, Rolando y Otoniel Guevara fueron condenados a 27 años de cárcel, mientras que Juan Bautista Guevara recibió la pena máxima de 30 años. Con esto también condenaban, aunque ya estaban muertos, a Juan Carlos Sánchez y a Antonio López Castillo.

A mediados de diciembre se había entregado Nelson Mezerhane, a quien dejaron en libertad condicional el día 20, lo que había causado un conflicto en mi interior, pues pensaba que si él había logrado su libertad yo también la obtendría. Salvador Romaní y el general Eugenio Añez también habían quedado libres.

Al enterarme de la noticia, le comuniqué a mi abogado Negar Granado que estaba decidida a volver en enero para entregarme. Pero Negar me aseguró que conmigo sería distinto, pues no me dejarían en libertad bajo ninguna circunstancia. Tuvieron que pasar casi cinco años para que yo entendiera que la libertad de Mezerhane había sido pactada con José Vicente Rangel. Pero eso es tema de otro capítulo, relativo a las traiciones y complicidades.

Además, apenas Isaías Rodríguez se enteró de que yo estaba en Estados Unidos anunció que pediría mi extradición.

Casi en Navidad, Germania y yo nos mudamos al que sería nuestro nuevo hogar. Por tratarse de un lugar para vacacionar, que se rentaba

cuando estaba desocupado, el apartamento tenía una decoración impersonal. Aunque tenía dos habitaciones, Germania y yo dormíamos juntas en el cuarto principal.

No quería que aquellos días de diciembre terminaran, porque sabía que en enero cuando concluyeran las vacaciones escolares de mi hija, tenía que tomar la decisión de quedarme en Miami o volver a Venezuela.

Eso implicaba desarraigar a mi hija de lo que había sido su corta vida: su colegio, sus compañeros que habían estudiado con ella desde kindergarten, su cuarto, sus abuelas, su papá. Todo. No quería enfrentar eso.

Como lo teníamos previsto, pasamos Navidad y Año Nuevo en Orlando. Flavio viajó a encontrarse con nosotras y pasamos unos días desconectados en Disney.

Llegando a enero, sabía que tenía que tomar una decisión. Germania me preguntó cuándo se regresaba a Venezuela y tuve que enfrentar la realidad.

-Bebé, creo que por ahora no vamos a volver.

-Pero mamá... ¿Y el colegio? ¿No voy a estudiar más? -me preguntó desconsolada.

-Claro, mi amor. Vamos a buscar un colegio aquí y aprenderás inglés. Yo no puedo volver a Venezuela y tú tienes que estar conmigo.

La decisión no le gustaba mucho, pero mi hija era tan noble que no fue capaz de contradecirme.

Flavio me ayudó a buscar el colegio público que le correspondía por nuestra ubicación. Cuando me pidieron los documentos de mi hija, agradecí una vez más que por haber nacido en Estados Unidos, no tuviera que inscribirla como ilegal.

El único requisito que me pidieron fueron sus notas venezolanas. La inscribieron en un programa especial llamado Esol diseñado para insertar

a los niños de habla hispana en el idioma inglés.

Para ese entonces, usábamos un carro alquilado que tendría que devolver una vez que Flavio se regresara a Venezuela. Durante los primeros días la llevábamos al colegio hasta que empezó a usar el transporte público escolar.

Me resultaba increíble que mi hija pudiera tener acceso a todos esos derechos sin que yo pagara un solo dólar por ellos.

Cambia mi situación migratoria

El 9 de enero del 2006, por una invitación que me hizo a su programa de televisión la periodista Rosa María Palacios, viajé al Perú, donde en esos días se realizaría la segunda vuelta para las elecciones presidenciales entre Alan García y Ollanta Húmala. Éste último candidato financiado por Hugo Chávez.

Dada la credibilidad que mi trabajo periodístico tenía en Perú, Rosa María quería que yo hiciera una exposición sobre la situación en Venezuela y el peligro que se cernía sobre la Democracia en ese país si Húmala ganaba las elecciones.

Al aceptar la invitación, le puse como condición a Rosa María que debía regresarme al día siguiente, pues el Gobierno venezolano al enterarse de mi presencia en Perú, podía pedir mi detención, y así lo acordamos.

Flavio se quedó con Germania mientras yo iba a Perú. Al ingresar nuevamente a Estados Unidos, no tuve la misma suerte en inmigración que la vez anterior, y el funcionario me selló la entrada sólo por un mes. En segundos mi situación había cambiado, pues antes de febrero debía resolver mi estatus migratorio en los Estados Unidos.

IX

UNA VIDA DISTINTA

Enfrentando la nueva vida

Una vez que Flavio se fue, nos quedamos solas Germania y yo con nuestra nueva vida.

Una de las cosas que agradecí entonces era que había aprendido a cocinar siendo una adolescente. A pesar de que contaba con servicio doméstico en Venezuela, yo era capaz de hacer todas las tareas del hogar, excepto planchar.

Pero algo que no sabía preparar eran las arepas, el plato favorito de Germania. Por teléfono, su abuelita paterna, Aminta, me explicó cómo se hacían y aprendí, no sin quemarme antes las manos decenas de veces con el horno que no conocía bien.

El apartamento quedaba en un edificio a orillas de la playa, pero yo me resistía a disfrutar de nada porque estaba convencida de que no me encontraba en Miami para vacacionar. Insistí varias veces con mi papá para que me permitiera seguir escribiendo mi columna, pero él temía que eso afectara mi situación en los Estados Unidos que aún no estaba clara. Yo entendía su preocupación de padre, pero sentí que me había quedado sin la única arma que tenía para defenderme que era mi columna en el periódico.

Cada día me levantaba temprano para alistar a Germania para el Elementary, la primaria en la que ingresó. La enviaba con su almuerzo, pues ella no estaba acostumbrada a la comida, el lunch que solían poner en el colegio: pizzas, hamburguesas, etc.

Después que mi hija se iba, la tristeza se albergaba en mí. Sentía que con los días se me empozaba una amargura en el alma que se me revolvía con cada recuerdo.

A veces, después de despacharla para el colegio, me acostaba a dormir de nuevo y me despertaba muchas horas después, pendiente de que debía hacerle el almuerzo a Germania.

Un día, con esa madurez que la hacía tan especial, me dijo:

-Mamá, qué rico llegar del colegio y que tú me sirvas la comida.

En ese momento agradecí a Dios que mi hija me mostraba la parte hermosa de aquella terrible situación. Si ella no hubiera estado allí en aquellos momentos, la depresión seguramente me habría vencido.

Flavio, antes de irse, me había prometido ocuparse de hacer la mudanza de la casa alquilada a la casa que había remodelado. Yo conservaba la esperanza de volver pronto a vivir en ella.

Pero no dejaba un solo instante de pensar en Venezuela. Sentía que no tenía derecho a vivir en otro país que no fuera el mío. Me atormentaba haber dejado atrás todo lo que significaba la historia de mi vida: mis libros, mi colección de cruces, las fotos de la familia que sólo yo había conservado, el libro de las cartas de amor y desamor que mi papá le había escrito a mi mamá. Mis mascotas. Cómo me dolían mis mascotas, 7 gatos que había criado con todo el amor del mundo.

Yo que había sido intensa, sentía que no sentía. Que pisaba una grama que no era tan verde, saboreaba algo que realmente no sabía, metía los pies en un mar que no salaba, me mojaba con una lluvia que nunca empapaba, que viraba el rostro hacia un sol que no quemaba. Sentía que estaba haciendo una vida que no era vida, y me atormentaba la idea de no poderle dar un verdadero hogar a mi hija. Un hogar como aquel que habíamos dejado vacío, y que yo imaginaba aún con la almohada marcada con el descanso de la última noche.

Me taladraba el cerebro la idea de si no habría sido mejor la cárcel que el exilio. Pensaba en mis padres a los que ya no vería con frecuencia, y en cada persona que formaba parte de mi vida cotidiana. Sabía por ejemplo que la relación con Flavio no resistiría la prueba de la distancia, y que debía prepararme para la separación tarde o temprano. Aunque nunca me preparé para algunas traiciones y pérdidas.

En la cárcel, la familia se vive de domingo en domingo. En el exilio, de trimestre en trimestre, dos veces al año, muchas veces una o ninguna. O más nunca. Es un duro proceso que me costaría mucho dolor aprender.

El transportation

Si algo no se considera un lujo en Miami es un vehículo. Es una ciudad prácticamente carente de transporte público, y hasta que mi papá no llegara no tenía posibilidad de adquirir uno.

Un amigo de Ricky se enteró de que yo estaba sin vehículo y me prestó una camioneta vieja que no utilizaba.

La experiencia con aquel camioncito fue propia de una tragicomedia. A mí nunca me había gustado manejar, pero mucho menos si se trataba de un vehículo tan rústico como ése. A los 16 años, Miguel Yánez, un amigo consentidor de mi adolescencia, y que había conservado para siempre, me había enseñado pero para lograrlo tuvo que dedicarme mucha paciencia. Sentada frente al volante de aquel camión, recordaba las veces que le choqué el carro a Miguel hasta que al fin aprendí a manejar.

Lo primero que hice al recibir el camioncito fue llevarlo a lavar, porque se notaba que lo había usado alguien que fumaba mucho. Compraba cualquier cosa que vendían para neutralizar los olores y combatir aquel hedor. El volante tenía una especie de mugre que se resistió a todos los detergentes que había en el mercado, por lo que finalmente opté por comprarme unos guantes para no sentir que las manos se me pegaban mientras manejaba.

Le puse unos forros a los asientos y lo bauticé el transportation, que es como algunos cubanos llamaban a los carros.

En Venezuela, uno nunca se baja del carro a poner gasolina, porque en las estaciones hay empleados que se encargan de hacerlo. Una de las cosas que más me costó aprender fue eso. La primera vez que llegué con el transportation para cargarlo de combustible coloqué mal la manguera del surtidor, y se soltó golpeándome la cara y llenándome de gasolina.

Miré hacia los lados avergonzada, esperando que nadie me hubiera visto. Me metí inmediatamente en el transportation y lloré como una niña entendiendo que lo que era cotidiano en mi país, se convertía en un lujo

en esta nueva vida.

Los paseos con Germania en el transportation se transformaron en aventuras divertidísimas que terminaban siempre con la gran pregunta:

-Mamá... ¿Cuándo viene mi abuelo a comprarnos un carro normal?

-¿Por qué? ¿Qué tienes contra nuestro blue transportation...?

Cita con el FBI

A mediados de enero del 2006, los periodistas de investigación venezolanos habían publicado decenas de informaciones, las cuales probaban que el testigo estrella que me había acusado de planificar el homicidio de Danilo Anderson, simplemente mentía.

Un documento emitido por la Fiscalía colombiana probaba, por ejemplo, que efectivamente Giovanny Vásquez había estado preso en una cárcel de Santa Marta, Colombia, entre agosto y diciembre del 2003, fechas en las cuales él aseguraba haber participado en una reunión en la que yo propuse el asesinato de Anderson.

Isaías Rodríguez, el fiscal general de la República, había declarado en noviembre del 2005, cuando aún yo me encontraba escondida, que él creyó en la palabra de Giovanny Vásquez porque lo vio fijamente a los ojos y vio en ellos "el dolor, la tristeza, la rabia, la angustia..." Con eso le bastó. Aquella había sido la prueba -los ojos de Giovanny- con la que Isaías Rodríguez me había confinado a mí al exilio y había mandado a la cárcel a los Guevara.

Cuando las pruebas irrefutables publicadas por los medios terminaron de quitarle la máscara a su Testigo Estrella, la respuesta de Isaías Rodríguez fue prohibirle a los medios, a través de una medida judicial -en un hecho de censura sin precedentes-que se siguieran publicando informaciones relacionadas con el Caso Anderson.

A cada evidencia que saltaba ante mis ojos acerca de la injusticia que se había cometido contra mí, se me revolvía la rabia de no poder defenderme, y aún mi papá, cauto, se negaba a permitirme escribir la columna.

Estaba claro que Giovanny Vásquez era un truhán, un delincuente, un mitómano, un mentiroso compulsivo, y aún yo no podía volver a mi país porque su palabra valía más que la verdad.

Sentada en el sofá del apartamento, recibí una mañana de enero una llamada que no esperaba.

-¿Patricia Poleo? -me preguntó la voz masculina con acento estadounidense.

-Le habla el agente X del FBI. Yo soy uno de los agregados en Venezuela y he venido a Miami a conversar con usted. ¿Estará disponible mañana temprano?

-¡Sí, claro! -le respondí.

Me dio la dirección y me citó para las 8 de la mañana.

El día anterior, el Fiscal General había anunciado que solicitaría mi extradición a Estados Unidos. Pensé angustiada que la reunión con el FBI tendría relación con esto. Pero sabía que estaba en un país, Estados Unidos, que me permitiría defenderme y yo tenía cómo hacerlo.

El lugar de reunión quedaba muy lejos del apartamento por lo que salí muy temprano.

En una oficina muy pequeña me esperaban los dos agentes del FBI, un hombre y una mujer, ambos con trajes formales.

De entrada me explicaron que debían interrogarme sobre el Caso Anderson, y me preguntaron si prefería las preguntas en inglés o en español. Respondí, por supuesto, que en español.

El agente masculino era quien hacía las preguntas y la mujer anotaba todo minuciosamente, además de estar pendiente de mi expresión corporal. Yo había aprendido las técnicas del interrogatorio policial cuando comencé la carrera de periodismo, de la mano de un excelente policía venezolano, Orlando Jordán Petit.

Mientras el agente del FBI hacía las preguntas, yo pensaba que si en Venezuela me hubieran hecho al menos un interrogatorio, jamás podrían haberme incriminado. Por eso optaron por no hacerlo y ordenaron mi detención sin ni siquiera llamarme a declarar una vez.

Cuando el agente terminó las preguntas de rutina referentes a las

fechas, lugares dónde yo había estado cuando ocurrieron las supuestas reuniones para planificar el crimen de Anderson, nombres de personas que podían respaldar mi coartada, etc, me preguntó si quería agregar algo más. Mi respuesta iba entonces dirigida a estudiar la reacción de ambos agentes:

-Ustedes saben que yo soy inocente.

La mujer no respondió pero el agente me dijo:

-Yo sé exactamente quién eres tú. Te vengo siguiendo la pista desde que investigabas el Caso Montesinos. Pero nosotros tenemos que hacer nuestro trabajo. A Danilo Anderson lo asesinaron con un acto terrorista, tú estás acusada por la justicia de Venezuela de cometer ese crimen y te viniste a Estados Unidos que es un país que combate el terrorismo.

-Esa es una gran prueba de que soy inocente -le respondí.

La mujer me preguntó qué pensaba hacer para permanecer en Estados Unidos, y les informé entonces que la semana siguiente me reuniría con un abogado de inmigración para estudiar las opciones.

Salí de la reunión con el dejo amargo de que la primera vez que me habían dado derecho a defenderme era en un país extraño al mío. ¡Qué frustración!

Hablan los abogados

Por recomendación de un empresario venezolano, acudí al bufete de un abogado de inmigración que atendía casos de persecución política.

La oficina de ese hombre era como una especie de santuario oriental que me pareció impropio de un abogado. Cuando lo conocí, me disgustó su actitud, muy distante del respetuoso trato que suelen dispensar los profesionales del Derecho.

Ese hombre disparatado escuchó mi caso interrumpiéndome a cada instante. Le expliqué que yo me negaba a solicitar un asilo, porque eso me impedía regresar a mi país, y entonces él me propuso una idea que me hizo saltar de mi silla:

-Bueno, creo que lo mejor es que te cases. Buscamos un cubano y le pagas diez mil dólares y te casas por negocio.

El supuesto profesional del Derecho me estaba proponiendo que hiciera un fraude. Inmediatamente rechacé la absurda salida y me fui de la oficina diciéndole:

-¿Sabe qué? Prefiero estar presa en mi país que casarme por negocio.

Volví a mi casa derrotada. Mi único alivio seguía siendo que al menos mi hija estaba en Estados Unidos con todo su derecho. Pero a mí ya se me estaban terminando los pocos días que el odioso oficial de inmigración me había sellado en el pasaporte.

A través de un aviso publicitario, contacté a una segunda abogada experta en inmigración, María Trina Burgos, y me llevé la sorpresa de que era venezolana y conocía mi caso al detalle.

María Trina me propuso solicitar un asilo político para el cual yo evidentemente calificaba. Le expliqué que esa era la última opción que tomaría, y ella diligentemente buscó los diferentes caminos que podíamos seguir.

Intentó entonces el trámite para prorrogarme la 1-94, es decir, los días que tenía para estar como turista, y al mismo tiempo solicitar una Visa de Habilidades Extraordinarias. Al no recibir respuesta positiva de ninguna de éstas dos opciones, María Trina me planteó nuevamente la vía del asilo político, que según la ley, yo tenía un año para solicitar después de mi última entrada en enero.

Lo que menos quería era estar ilegal en Estados Unidos, porque además necesitaba la licencia para manejar y el permiso de trabajo.

Entre ambas tomamos la decisión de solicitar el asilo, y comenzamos la fatigosa tarea de recaudar las pruebas de la persecución en mi contra.

Adiós al transportation

En febrero, llegó mi papá a Miami a visitarme por primera vez. Tenía muchas ganas de verlo, y confiaba en que después de su viaje, acordáramos que yo siguiera haciendo mi trabajo de investigación y opinión en el periódico.

Germania me preguntó si yo iba a buscar a su abuelo al aeropuerto en el camión -el transportation- y nos reímos de imaginarnos a mi papá, un hombre de tan finos modales montado en aquel vehículo que era como un tractor sin aire acondicionado.

La realidad superó las expectativas. Mi papá levantó su maleta con esfuerzo para meterla en la parte trasera descubierta del transportation, y se montó tratando de disimular su sorpresa de que yo me trasladara en "aquello".

En el camino, mi papá jugaba con la ventana abriéndola y cerrándola, porque abierta le molestaba el viento y cerrada le daba calor.

-Este carro está muy bueno -me decía sin creérselo él mismo- hay que agradecerle al señor que te lo prestó, pero mañana mismo compramos otro.

Yo no aguantaba la risa e iba grabando cada escena para después comentársela con detalle a mi gran cómplice, Germania.

Al día siguiente salí con mi papá a comprar un carro de segunda mano, pero que estaba en perfectas condiciones, y devolví el transportation agradeciéndole eternamente al generoso hombre que me había resuelto el problema de vehículo por dos meses.

Durante la visita de mi papá, Germania y yo compartíamos el cuarto pequeño del apartamento y él dormía en la habitación principal.

Mi papá siempre había sido un hombre muy responsable, y en su primera visita se encargó de prever que, sin excesos, a Germania y a mí no nos faltara nada.

En todas las conversaciones que sosteníamos, yo le demostraba la impaciencia que tenía por volver a Venezuela, y él intentaba calmarme recordando su propia experiencia durante la segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez cuando le tocó salir al exilio durante dos años.

Siempre le discutí que se trataba de situaciones distintas, pues Carlos Andrés Pérez con todos sus defectos había demostrado ser un demócrata que se fue cuando le tocó irse, y no se quedó arbitrariamente en el poder como yo estaba segura que Chávez sí lo haría. Mi papá al menos tenía una fecha de término de su exilio, que era el fin del gobierno de Carlos Andrés Pérez, pero ése no era mi caso con Hugo Chávez.

Por primera vez en esa visita pudimos hablar de la desagradable situación que ocurrió en la embajada de Perú, y todos los desencuentros familiares que siguieron a ello quedaron saldados.

Pasamos unos días que lograron tranquilizarme, pues mi papá ejercía entonces una gran influencia en mí y me transmitía seguridad. Jamás olvidaré el día que lo despedí en el aeropuerto y me dijo, cargando su maleta de mano: -No tengas miedo.

Después que su figura desapareció, lloré con tanta tristeza que la sala de despedida en el aeropuerto se convirtió en un lugar terrible para mí.

El Aeropuerto

El Aeropuerto de Miami será siempre para mí el lugar de los recuerdos más contradictorios. Los más tristes, los más felices, los más angustiosos. Lugar de reencuentros e inevitables despedidas. La puerta de entrada al exilio.

Allí, un oficial de inmigración revisa documentos mientras unos rezan, otros hacen promesas, algunos delatan su angustia con una sudoración que levanta sospechas de otra cosa distinta a la realidad del intento de cruzar esa aduana por tiempo superior al que marque el funcionario. Mientras el oficial revisa pasaportes, huellas, y hasta la pupila del ojo, la historia de persecución e injusticias se repasa mentalmente, y a ello se le suma la mirada inquisitiva del funcionario de inmigración, quien a pesar de que quizás entró a este país colgado de una balsa tiene como misión evitar que otros lleguen para quedarse.

Es el mismo aeropuerto que nos conecta con lo que nunca queremos dejar de ser. Y con quienes nunca queremos dejar de amar. Arrellanada en una silla esperaba un día a alguno de mis afectos, cuando presencié una vez la ansiedad de un matrimonio cubano que esperaba por alguien. Ella que salió al exilio hace casi dos décadas, esperaba por su madre a quien no veía desde entonces. Ansio ver el final de la escena, el encuentro. Y el retraso en la llegada del vuelo de quien espero, me lo permite.

Una señora mayor llega al fin. Transporta desde Cuba toda la

pesadumbre, el aislamiento, la pobreza, la tristeza. Más que conmovedor, el reencuentro se torna inolvidable. La hija toca cada arruga, cada centímetro del rostro de la madre que no sabe si le es permitido llorar porque no está acostumbrada a eso que llaman libertad y mientras abraza con desesperado amor a la hija, considerada en Cuba una traidora en la Patria, mira a un lado y a otro pendiente de los esbirros que, aunque se quedaron en Cuba, la siguen como fantasmas.

Hubiera querido saber el final de esa historia. Cuando esa señora se regrese a Cuba ¿Cómo sería la despedida, en este mismo aeropuerto?

Dos décadas. Dentro de mi psiquis no podía metabolizar tanto tiempo sin mis afectos. ¿Es eso acaso vida? Pero al poco tiempo las circunstancias me ponen nuevamente frente a la realidad.

Mientras uno está en el aeropuerto, el vidrio que separa a los viajeros de la sala de espera se convierte en una enorme pecera por la que atraviesan caras desconocidas, y uno les construye una vida, se las arma y se las regala. Mientras tanto, el aeropuerto sigue allí, con sus paredes empapeladas de risas y llantos, y donde la despedida cada vez se hace más amarga, más difícil.

Un día en ese aeropuerto, mientras hacía el camino ya de memoria desde la puerta de salida por la que despedí a mi mamá -con esa sensación que aprieta el alma y hace sentir un dolor físico insoportable-, mientras peleaba con la vida y repudiaba hasta el olor de ese lugar, un bedel mayor, que seguro es parte de la historia de la terminal y que de historias de despedidas debe tener un montón, me tropezó, (después supe que a propósito), y antes de que pudiera decir algo me atajó en el aire:

-Que no te dé pena llorar, que las lágrimas son gotas que alivian el alma y lavan el camino para que aterrice sin temor la tranquilidad...

X

CAMINO A LA ESTABILIDAD

Mi gran compañera

Los días pasaban y Germania comenzaba a mostrar signos de rebeldía contra nuestra nueva situación. A su corta edad sentía pérdidas que, en su medida, eran irreparables.

Cuando llegaba del colegio le preguntaba si tenía tarea y las respuestas que recibía eran dardos afilados:

-No. Y si me mandaron no me enteré porque yo no hablo inglés.

O

-Me voy a quedar bruta para siempre. Lo sé.

En una oportunidad sentí que estaba siendo egoísta y que quizás mi hija prefería devolverse a Venezuela y vivir con su papá, y me atreví a preguntárselo con miedo a que su respuesta fuera positiva, pues no sabría cómo seguir sin ella:

-Bebé, ¿tú prefieres irte para Venezuela a vivir con tu papá? Yo hago lo que tú decidas...

-¡No, mami. Yo tengo que estar al lado tuyo! Su respuesta significó entonces para mí el compromiso de que debía luchar por la estabilidad emocional de mi hija, que estaba sacrificándose por mí.

En aquel apartamento tan pequeño, era imposible escondernos la una de la otra, pero ella comenzó a hablar por teléfono intentando que yo no la escuchara.

A sus 11 años, no creía que se tratara de una conquista. Sabía que tampoco se escondía para hablar con su papá. Hasta que me di cuenta de que ya mi hija estaba hablando inglés con fluidez y no quería que yo lo supiera para seguir teniendo bajo la manga un punto de manipulación. Su estrategia me dio risa, y no pude menos que sentirme orgullosa de que en medio de la crisis, Germania hubiera aprendido tan rápido el idioma. Ya no existirían barreras para que académicamente saliera adelante. Yo sabía que debía ocuparme de su parte emocional.

Germania jamás levantaba la voz. En la primera etapa tan difícil para ambas, nunca hubo reclamos de su parte. Sólo conformidad. El ajuste del cinturón, de los espacios, de la vida y de los afectos que se ven sólo de cuando en cuando, no cuando se necesitan, que es siempre. Hasta su rebeldía se convirtió en razón de orgullo, cuando me enteré de que se negaba en el colegio a cantar el himno de Estados Unidos con la mano en el pecho.

Ése no es mi Himno -me dijo con una de sus frases cortas, francas e inamovibles.

Yo la observaba con dolor porque me recordaba a mí misma, a su edad, libre de vivir en mi país, de hablar mi idioma, de cantar mi himno e izar mi bandera, libre de crecer pisando en la misma tierra que crecieron mis padres. No podía dejar de sentir culpa.

La rutina en el país que éramos era responsabilidad de alguien que cobraba un salario, como hacerle la comida, lavarle su ropa, se fue convirtiendo en un vínculo hermoso entre ambas, difícil de romper.

-¡Mamá, hazme chupe. Mamá esta carne no la sazonaste tú. Mamá se me acabaron las camisas del colegio... mamá, mamá..!

Con cada "Mamá" que exclama de forma imperativa, mientras escribo este libro me pregunto si después de lo que hemos transitado juntas seremos capaces, las dos, algún día, de estar la una sin la otra, a salvo de las confidencias que ella cree hacerme de pasajes de su vida que ya he descubierto, sin que cada noche insista sentarse en mis piernas, sin que me pida atención antes o después del noticiero, antes o después de un caso que investigo. Antes o después de escribir mi columna. Antes o después de lo que ha sido nuestra vida estos años, colapsados de zozobras y angustias, pero llenos de amor.

En esta tierra ajena, mi hija soltó la lonchera y los creyones, dijo su primera grosería y aprendió en qué consiste el amor por el país... sólo que no lo aprendió en el suyo. El día que se desarrolló le di gracias a Dios de no haber escogido como opción la cárcel, pues no habría estado con mi

hija en esa vital transición hacia la adolescencia.

A la educación que planifiqué darle tuve que agregarle la permanente corrección del castellano: ¡Germania, no se dice protectivo, se dice protector!

A cambio de haberle trastocado su historia, de haberle cambiado los símbolos y hasta el idioma, me traía del colegio notas de esmero, de satisfacción, de excelencia que nunca le celebré como una gran cosa sino como parte de lo que era su deber.

Hoy, la vida le ha dado una familia en el exilio, compuesta de tíos sin genes o sangre coincidente, pero afines en historias, principios e ideales. Y la escuela pública le ha regalado amigos de todos los colores, nacionalidades y religiones a quienes ama por lo que son, no por quiénes son o por lo que tienen.

Es mi hija. En todos los sentidos. Copia genética. Estructura sólida que se mantiene firme aunque todo a su alrededor se derrumbe. Imperturbable ante los agravios a su propia moral. Sin dudas frente a la conducta de su madre. Ausente de odios o rencores que la aparten de su fuerte formación espiritual. Es hija del amor por la Patria, por la verdad, por la libertad. Miembro de una casta labrada en medio de la lucha contra el oprobio.

¿Cómo no amarte Germania Patricia, y respetarte profundamente?

Pirata

Un día vi un reportaje en televisión acerca de un refugio de animales en Miami donde se podían adoptar mascotas. Era un sábado, me arreglé rápidamente y me dirigí al lugar. Me moría por tener un gato.

En el refugio había tantos gatos que era imposible decidirse por uno sólo. Caminé varias veces por los pasillos entre las jaulas acariciando a uno y a otro pero no podía decidirme. Hasta que cuando ya estaba casi lista para llevarme a un cachorrito recién nacido, sentí que me halaron el cabello con tanta fuerza que me pegaron de una de las rejas. Era una gatica totalmente blanca, con un parche negro en forma de corazón en el ojo.

Abrí la jaula, la cargué y enseguida se me acurrucó en los brazos. Ella me había escogido como su dueña. ¿Cómo negarme?

Pirata, nuestra nueva mascota, se convirtió en mi gran compañera. Su fecha de nacimiento coincidía con mi llegada a Miami y eso tenía mucho significado para mí. Esa bola de pelo blanca con el corazón en el ojo ha sido una parte hermosa en esta historia de exilio.

Recrudece la persecución

En abril del 2006, me reincorporé a mi trabajo periodístico comenzando así una etapa muy importante en mi historia profesional.

Cuando mi papá me dio luz verde para escribir nuevamente la columna, me hice el propósito de no dedicar ese espacio a hablar de mi caso. Ya tenía acumulados varios casos de corrupción que venía investigando y empecé a publicarlos.

Los organismos de inteligencia del Gobierno llegaron a hacer allanamientos en lugares de Caracas, pues pensaban que yo había regresado. La razón es que todos los temas que trataba tenían que ver con lo que estaba ocurriendo en Venezuela en ese momento. La tecnología me permitía estar al día y comunicarme con las fuentes de información de forma instantánea.

La persecución contra los periodistas que estaban en Venezuela hizo que muchas fuentes militares y policiales decidieran, por seguridad, entregarme documentación y pruebas a mí, que estaba fuera del país y podía trabajarlos en libertad.

Con el reinicio de la publicación de mis columnas, empecé a tener una actividad intensa reuniéndome con informantes que viajaban específicamente a reunirse conmigo. Adicional a eso, implementé varios sistemas de comunicación que el Gobierno no pudiera interceptar.

Simultáneo a ello, Iván Ballesteros, un militar retirado que se había convertido en el conductor radial más popular con su programa "Plomo Parejo", me integró a su programa de los lunes en el que conversábamos durante una hora y al que él bautizó como "Plomo y Candela".

Iván y yo habíamos sido compañeros en el Circuito Radio Venezuela propiedad del empresario de seguros, Tobías Carrero. Al salir yo de Venezuela, Iván Ballesteros fue despedido de su espacio. Pero Radio Caracas Radio, una emisora dirigida por Jaime Nestares, le ofreció el horario de las 4 de la tarde y allí, generosamente, me incluyó para empezar cada semana.

Miguel Ángel Rodríguez, periodista de Radio Caracas Televisión, me entrevistaba cada semana vía Skype para que yo pudiera desarrollar mis casos de investigación y mostrar las pruebas.

La combinación de la columna y mi presencia todas las semanas en la radio y la televisión hizo que Isaías Rodríguez arremetiera nuevamente contra mí anunciando que tenía un nuevo testigo en mi contra, un colombiano llamado Rafael García, quien era funcionario del DAS y según Isaías "estaba dispuesto a declarar en Venezuela contra Patricia Poleo".

Giovanny Vásquez ya había sido desenmascarado como un impostor, y ahora Isaías Rodríguez sacaba de su sombrero de mago un nuevo testigo. Pero en esta oportunidad fueron los medios colombianos, que no podían ser censurados por Isaías, los que se encargaron de informar quién era en realidad Rafael García, el individuo que ahora se prestaría para continuar con la infamia en mi contra.

Se trataba, efectivamente, de un ex funcionario del DAS que estaba preso en Colombia por utilizar los datos confidenciales de ese organismo para chantajear a varios ciudadanos. El plan era que Isaías Rodríguez le pidiera al gobierno colombiano trasladar a Venezuela a Rafael García para declarar en el Caso Anderson. A cambio de acusarme, Isaías le había ofrecido asilo político a García.

El nuevo testigo del Fiscal General aseguraba que yo tenía relación con Rodrigo Tovar, un paramilitar colombiano al que llamaban "Jorge 40", quien supuestamente era el que había suministrado el explosivo con el que asesinaron a Danilo Anderson.

Por esa razón, la periodista venezolana María Angélica Correa contactó a "Jorge 40" y en un lugar de la selva colombiana lo entrevistó.

Correa le mostró al paramilitar una revista que tenía mi foto en la portada y le preguntó:

-¿Usted conoce a esta persona?

El paramilitar respondió:

-No. Un rostro así sería muy difícil de olvidar.

Lamentablemente, para los planes macabros de Isaías Rodríguez, la Fiscalía colombiana se puso a la orden de la justicia venezolana, pero sólo para que Rafael García declarara en Colombia, sin trasladarse a Venezuela, por lo que el trato con el "testigo" se rompió al no poder Isaías pagarle con su libertad.

Al cumplirse un año de la orden de detención, Isaías Rodríguez ya no podía sostener la acusación que había hecho en mi contra, pero insistía en mantener los cargos, de manera que yo no podía volver a Venezuela.

El general Jaime Escalante, oficial del entorno de Hugo Chávez, a quien también había mencionado Giovanny Vásquez, fue exculpado por el propio Presidente, quien sin que se le hubiera enjuiciado ordenó su reinserción en el cargo militar que ocupaba.

Ya yo tenía 41 años, y había transcurrido un año desde que me vi obligada a no volver a mi casa. Los testigos en mi contra habían sido desenmascarados y, sin embargo, yo seguía siendo una prófuga de la justicia en Venezuela.

En diciembre cumplí un año en el exilio, y apoyada por mi papá, me mudé del apartamento a una casa más amplia en la misma zona.

La idea de instalar un hogar me producía emociones contradictorias, porque si bien necesitaba más espacio y un ambiente menos impersonal, también significaba que iba a empezar a echar raíces. Pero sabía que jamás me acostumbraría.

Mi mamá y Flavio pasaron Navidades y Año Nuevo con nosotras, y el Año 2007 amaneció para mí solicitando el Asilo Político al que tanto me había resistido.

La familia del exilio

Cuando llegué a Miami, ya varios venezolanos habían solicitado el asilo. La internacionalista convertida en dirigente político, Vilma Petrash, el empresario Carlos Fernández, la magistrada Gisela Parra, gerentes petroleros como Juan Santana, el ex alcalde Alexis Ortiz, y una decena de militares como José Antonio Colina, un nombre que me era afín, aunque no lo conocía.

Se trataba de un teniente de la Guardia Nacional perseguido por Hugo Chávez que, para evitar ser capturado, salió por tierra hacia Colombia desde donde viajó a Miami. Las autoridades de inmigración de Estados Unidos lo iban a deportar por lo que pidió asilo en el aeropuerto.

El resultado es que el teniente Colina fue detenido junto a su compañero Germán Valera mientras se resolvía su caso de asilo. En abril del 2006, cuando ya tenían 2 años y 4 meses presos, fueron dejados en libertad y se les permitió permanecer en Estados Unidos por una medida de protección contra la tortura.

Valera se fue lejos de Florida, pero Colina permaneció en Miami. El

día que salió en libertad lo conocí finalmente en casa de Patricia Andrade, una luchadora por los derechos humanos que había trabajado en su caso.

Colina había demostrado siempre su fuerza espiritual. Estando preso en Wakulla County Jail, una cárcel de Inmigración, resistió más de un mes en huelga exigiendo que se atendiera su caso.

La libertad llegó a medias para Colina, pues le impusieron medidas que restringen su vida cotidiana.

Desde que puso un pie fuera de la cárcel, Colina demostró que no quería quedarse en el exilio y que su destino era volver a Venezuela, a diferencia de muchos venezolanos que ya no pensaban en el país. Era lo mismo que yo sentía, que no podía dejar de luchar un solo día por volver a Venezuela.

El pacto tácito entre Colina y yo, desde aquel momento en que nos encontramos, fue mantener cada día la batalla para dar a conocer que en nuestro país realmente ya no había Democracia.

El camino del exilio nos había cruzado a ambos, que quizás jamás nos hubiéramos conocido en Venezuela. No tuvo que pasar mucho tiempo para que yo, que conocía bien a la Fuerza Armada en Venezuela, me diera cuenta de que José Antonio Colina era un militar de vocación, y que la persecución política había acabado con una carrera que seguramente hubiera terminado para él, en Democracia, con un honroso grado de General.

La primera vez que invité a Colina a comer en la casa, me miró atónito pues no podía creer que yo era capaz de cocinar. Entonces me trataba de "usted" y me decía "señora" y se comportaba muy educadamente, demostrando que su mamá, Gisela, había hecho un buen trabajo en casa.

A nuestra amistad, que con el tiempo se convirtió en un compromiso de vida, se unirían en el camino más miembros que han formado una hermosa familia, como Alejandra Romero a quien conocí en el set de un programa de televisión de Miami al que estaba invitada. La diminuta

figura se me acercó discreta para hacerme saber que ella, al igual que yo, estaba fuera de Venezuela por exilio. En su estilo llano y claro, Alejandra Romero se presentó al tiempo de ponerse a la orden con un "lo que haya que hacer... lo que yo pueda hacer... cualquier cosa en lo que pueda colaborar para que se acabe aquello..."

Y "aquello" fue lo que nos unió en una relación de amistad inspirada en no olvidar, en no dejar de trabajar ni un solo día para contribuir a la solución de "aquello".

La familia del exilio comenzaba a formarse. Poco a poco nos íbamos integrando con el propósito común de acompañarnos y al mismo tiempo hacer más productiva nuestra lucha común.

Oficializando el asilo

En enero del 2007, antes de cumplirse un año de mi última entrada a los Estados Unidos, María Trina Burgos introdujo formalmente la solicitud de asilo en mi nombre.

Negar Granado, mi querido abogado de Venezuela que no me había abandonado a pesar de las circunstancias, viajó para acompañarme.

A la entrevista llegamos puntuales, con una carretilla de pruebas y recaudos. María Trina me había explicado qué tipo de preguntas me haría la funcionaría de Inmigración, e intentaba por todos los medios hacerme entender que yo debía demostrar que tenía miedo de volver a Venezuela, porque eso era fundamental para la aprobación de asilo.

A la mitad del relato, cuando aún no había llegado a la razón que me hizo tomar la decisión de abandonar mi país, la funcionaría me interrumpió para reprenderme:

-¿Por qué usted tardó tanto en solicitar asilo? El asesinato de su escolta ya era motivo suficiente para salir de Venezuela.

Aunque la funcionaría no nos dio la respuesta en el mismo acto, nos citó para entregárnosla 10 días después.

Por su actitud, María Trina y yo asumimos que la respuesta sería positiva. Negar nos esperaba afuera y los tres nos fuimos a almorzar para celebrar, aunque yo seguía resistiéndome a la idea de llamarme asilada.

Para sorpresa nuestra, antes de cumplirse los 10 días, recibimos una carta de Inmigración pidiéndonos no asistir a la cita para buscar la respuesta, pues supuestamente la recibiríamos por correo.

Cae mi gran amigo

En el 2007 ya el gobierno de Hugo Chávez contaba con más de 30 presos políticos, y el 7 de febrero de ese año Eligio Cedeño, quien había facilitado que perseguidos del Régimen como el dirigente sindical Carlos Ortega y yo saliéramos al exilio, cayó preso en la sede de la Policía Política.

Eligio, presidente de un banco importante en Venezuela, fue acusado de un fraude con divisas y, aunque en las diferentes citaciones judiciales a las que había acudido demostró su inocencia, la orden era meterlo en la cárcel a cómo diera lugar.

Minutos antes de entregarse, pude comunicarme con Eligio a su celular. Sabía que él era de la opinión de ponerse a derecho, pues varias veces me había insistido a mí en enfrentar el juicio. Los hechos me habían dado la razón de que jamás me habrían dejado en libertad.

-Eligio, ni se te ocurra entregarte -le dije angustiada.

-¡Claro que voy a entregarme! Yo en dos días salgo en libertad porque soy inocente -me dijo.

Aquella respuesta me indignó, porque conocía bien de cerca lo que era capaz el Régimen para someter a sus enemigos y le dije:

-¡Sí, claro! Debe ser entonces que yo sí maté a Danilo Anderson.

Haciendo caso omiso de lo que le advertí, Eligio se fue caminando por sus propios pies hasta la sede de la Policía Política, donde le esperaban muchos meses de amarga prisión.

Insomnio

El 2007 transcurrió sin novedades en mi caso, el cual había caído en una especie de limbo en Venezuela. Continué haciendo mi trabajo periodístico mejor que si estuviera dentro del país, al tiempo que participaba activamente en la consolidación del exilio venezolano en Miami.

La relación con Flavio se deterioraba cada día más. Viajaba con menos frecuencia y yo sabía que lo nuestro terminaría por disolverse.

Yo, mientras tanto, sufría cada vez más por estar fuera de Venezuela, y no me resignaba a no volver.

Comenzó entonces una época terrible de insomnio. Las 3 de la madrugada era la hora recurrente en que abría los ojos y era entonces cuando al sueño lo sustituía el desvelo. Eran horas de mil minutos que se hacían eternas.

Con el insomnio me llegaba siempre un recuerdo infantil, en el que quizás también a las 3 de la mañana despertaba a mi hermano mayor, Alejandro, entonces de 7 años, y le expreso un terror que después me acompañaría en todas las etapas de mi vida:

-¿Qué haces despierta? -me pregunta somnoliento. -¡Tengo miedo..! -le respondo.

-¿Miedo? ¿De qué? No pasa nada... -dice tratando de tranquilizarme.

-De que mi papá y mi mamá se mueran.. .-le respondo.

-No, los papas se mueren cuando uno está ya grande. Nosotros somos chiquitos... duérmete... -me tranquiliza dentro de su lógica infantil.

Con el insomnio, ese miedo se había transformado pero seguía allí. Yo había luchado siempre por no tener miedo. Había aprendido que lo importante no es no sentir miedo sino aprender a superarlo. Mi miedo ahora era no saber manejar el dolor de las ausencias. En el exilio, se

había profundizado mi terror a no poder estirar la mano y tocar a los afectos... y el terror a perderlos, a no tenerlos más...

Fueron muchas las noches de ese año que con los ojos pegados al techo viajaba a la casa en Caracas en la que no había podido vivir, a la de mi infancia, a mi vida estudiantil, recorría rostros que quizás no me cruzaría mas, episodios que jamás habría revivido si no estuviera en el exilio. Recordaba mil veces cómo me bañaba en el mar con mi papá que intentaba pasar por encima de mis limitaciones físicas para enseñarme a nadar, y lloro frente a la muñeca que mi hermano mayor afeitó al rape. Abro los ojos en medio de una fiebre por otitis y veo allí al lado de la cama a mi mamá velando mi recuperación. El insomnio es el peor compañero del exiliado. Y en una de las miles de vueltas que daba cada noche sobre mí misma intentando rescatar el sueño, alcanzaba la fe en que esta pesadilla tiene un término.

Kemy y el miedo a morir desterrada

Uno de los miedos que he enfrentado desde que salí de Venezuela, es el de morir fuera de mi país.

El 27 de noviembre del 2007 me vi cara a cara con esa posibilidad cuando asistí al velorio de Kemy López Ohep.

En el frío e indiferente pasillo de una funeraria en Miami, cientos de amigos, cual piezas de rompecabeza, le daban vida con sus recuerdos a este hombre multifacético: dirigente estudiantil, deportista, médico, policía, compadre, esposo, padre, hermano, luchador demócrata. Mezclado entre ellos, era imposible dejar de ver a un joven vestido con el estricto uniforme de marine que parecía enfrentarse a su más dolorosa guerra, la de la pérdida del padre.

El llanto, los recuerdos, las risas en el velorio eran por Kemy López Ohep, el hombre que estrenó el exilio en el gobierno de Hugo Chávez.

Frente a sus restos, me pregunté si Kemy había perdido la gran batalla, la de regresar en vida a la Patria, o si en cambio había ganado la más importante de las guerras, la de morir de pie, con dignidad, sin vaciar de su alma los principios.

Kemy había nacido en Venezuela en el año 1956 en plena dictadura de Marcos Pérez Jiménez, y dejó marcada su huella por cada etapa de la vida que quemó. Se graduó de médico pero su verdadera vocación era ser policía. La combinación de ambos apostolados dio en el cargo de subdirector médico de la Disip, la policía política.

Cuando en nombre de Hugo Chávez se intentó dar un golpe de Estado contra Carlos Andrés Pérez en Venezuela, en noviembre de 1992, a Kemy lo sorprendió en el rango de Comisario Jefe. Desde la sede de la Policía Política, defendiendo la Democracia, Kemy López, armado con ametralladora, logra derribar un avión Bronco de los insurrectos que se dirigían a Miraflores. Este héroe de la Democracia se convirtió después en objetivo a cazar cuando Hugo Chávez cruza la puerta del poder. Tras persecución, amenazas y hostigamiento sin tregua, Kemy escoge el exilio

como bastión de lucha, y el destino es Estados Unidos, país que registra el nombre del padre de Kemy como héroe de la Segunda Guerra Mundial.

Kemy López no sólo no volvió del exilio, sino que en un país extraño dejó sembrados a sus hijos, un Marine que servirá a otras guerras, y una hermosa hija que arroja altos rendimientos académicos. Nunca superó el sinsabor del exilio. Nunca dejó de soñar con el regreso. Nunca cortó el cordón umbilical con la Patria. Nunca dejó de sufrir ni siquiera con el aturdimiento de una enfermedad que lo torturó hasta la muerte.

Aquella realidad me golpeó muy duro, pues me reflejé en el espejo de esa circunstancia: morir sin pisar más nunca Venezuela.

Muy poco antes de irse para siempre, ya con dificultad en el verbo, Kemy me habló por teléfono de tanta vida en común que teníamos aún sin conocernos: el amor por nuestra Tierra, el repudio a la injusticia, la decisión de no dejar un solo día de luchar y no perder jamás la fe en el regreso. Ese día le mentí sin saberlo. Le dije:

-Tranquilo Kemy que nosotros volveremos. Tú volverás de pie, o alzado en nuestros hombros. ¡Pero volverás!

Era sábado cuando despedimos a Kemy. Y era además un irónico 27 de noviembre, el mismo día en que él se había convertido en héroe. Algún día su esposa Carmen Eugenia, y sus hijos Ernesto y María Fernanda, y los miles de amigos que jamás lo olvidaron, enterrarán a Kemy en su justo lugar. Lo cubrirán con nuestra tierra, y pondrán los colores de la bandera en su lápida.

XI

FRENTE A LA INFAMIA

Mea Culpa

A finales del año 2007, cargado de vergüenza por su evidente manipulación en la investigación del Caso Anderson, Isaías Rodríguez no optó a un nuevo período como Fiscal General de la República, y en su lugar fue designada una de sus colaboradoras, Luisa Ortega Díaz.

A sólo meses de haberse encargado, Luisa Ortega Díaz recibió una carta de Hernando Contreras, uno de los fiscales que había formado parte del equipo que me incriminó, detallando cómo habían alterado las actas del Caso Anderson al capricho de Isaías Rodríguez.

La carta del fiscal Contreras fue el primer mea culpa de una serie que vendría a desenmascarar la infamia jurídica del Caso Anderson:

Ciudadana Luisa Ortega Díaz
Fiscal General de la República

Quien suscribe, Hernando José Contreras Pérez, actuando en mi carácter de Fiscal Quincuagésimo Sexto a Nivel Nacional con Competencia Plena, carácter éste que se evidencia según Resolución No. 85, suscrita por el Fiscal General de la República en fecha 13-02-2006, acudo ante su competente autoridad a fin de exponerle y solicitarle:

Punto Previo

En fecha 15-03-2001, juré ante su antecesor Julián Isaías Rodríguez, a quien hoy denunció, que cumpliría y haría cumplir con lo establecido en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela y demás leyes existentes; hoy más que nunca reitero ese compromiso con mi Patria, el Ministerio Público y mi familia.

Primera Denuncia

Tal y como se lo hice saber recién nombrada Directora de Actuación Procesal en esta Institución, le reitero mediante este escrito, que la responsabilidad sobre el cambio del contenido de las actas de entrevistas rendidas por el testigo Giovanni Vásquez de Armas en la investigación Penal relativa al Homicidio de ex Fiscal Danilo Baltasar Anderson, recaía

directamente en la persona del entonces Fiscal General de la República Julián Isaías Rodríguez, quien alegaba luego de leerlas, que estas debían ser consultadas con el "Alto Gobierno ya que esa investigación era un problema de Estado", posteriormente nos reunía a los fiscales comisionados y nos decía que debíamos quitar a tal persona o colocar el nombre de esta otra, así como decir sus rasgos o características que pudieran individualizarla, ello, entre otros. En esa investigación penal,

nada se hacía si no era por instrucciones precisas del mencionado Fiscal General.

Excusa Extemporánea

El ex Fiscal General de la República antes mencionado, en declaración de reciente data 21-01-2008, publicada en el diario "El Universal", aborda nuevamente el tema e intenta explicar a la opinión pública que este testigo le había sido llevado bajo engaño (¿quien se lo llevó?) (¿Por qué no nos hizo caso cuando le advertimos algunos de los fiscales comisionados que se trataba de un testigo con poca o casi nada de credibilidad?); pero no, él tenía un caso relevante y por eso declaró que había visto, oído, tocado, palpado a dicho testigo y por ello le merecía un 100% de credibilidad, luego manifestó que un 80% y por último un 50% (este último porcentaje en virtud de un mensaje que le enviara el testigo Giovanni Vásquez con uno de los Fiscales comisionados, donde le amenazaba que no iría a declarar al Juicio Oral y Público).

Quien suscribe la presente, fue la persona que lo entrevistó hasta la saciedad y pude constatar que este testigo perseguía intereses distintos al de colaborar con la justicia para esclarecer el caso más importante en la historia contemporánea de este país y así lo hice saber en muchas de las reuniones a que nos convocaba el ex fiscal General, así como a mis colegas fiscales.

Recuerde ciudadana Fiscal que estas declaraciones a las que su antecesor calificó como "Declaración Anticipada" realizada inaudita parte ante el Juez Gúmer Quintana Gómez (este ex Juez de la República, aparece en una declaración donde precisa la forma como se hizo la mal llamada "prueba anticipada" y bajo presiones de un superior jerárquico; por lo que no le quedó otra alternativa que hacerla; declara el

funcionario) sin la presencia si quiera de un Defensor Público de Presos que representará a los investigados, sirvió para solicitar las Privativas de Libertad de varios de los investigados, que en su mayoría resultaron hasta hoy día inocentes (Sobreseimiento: Arrieta Salvador Romani Orue; Archivo Fiscal: Nelson Mezerhane Gosen, Fernando Jesús Moreno Palmar y Eugenio JoséAñez Núñez. En el caso de la periodista Patricia Poleo, su antecesor le sugirió al padre (Rafael Poleo) que la sacara del país, (¿Sería que no estaba seguro de lo declarado por el testigo?).

Del Compromiso Institucional

Ahora que usted asumió la Dirección del Ministerio Público, dando mensajes altruistas, de lucha sin cuartel al flagelo de la corrupción, delito que esta carcomiéndose las bases de nuestras instituciones, le reitero mi compromiso y disposición en acompañarla en tan ardua tarea; incluso me pongo a su disposición para comenzar desde cero la investigación en el caso de la muerte del Fiscal Danilo Baltasar Anderson, tal y como se lo hice saber al ex Fiscal General Julián Isaías Rodríguez y mis compañeros fiscales en más de una oportunidad, ya que consideraba que esa investigación como se estaba llevando estaba plagada de irregularidades.

Del Testigo Arrepentido.

Ciudadana Fiscal General de la República, recientemente pude conocer que el testigo Giovanni Vásquez de Armas, desmintió toda su declaración, incluso en su exposición le pide perdón a los hoy condenados Rolando, Otoniely Juan Bautista Guevara, por los señalamientos que hizo de ellos como autores materiales en la muerte del Fiscal Danilo Baltazar Anderson; esto lo puede confirmar con la periodista y camarógrafo que realizaron la entrevista, a solicitud del mismo.

Ciudadana Fiscal General, se que en aquella oportunidad era la única persona como alto funcionario en el Ministerio Público (Directora de Actuación Procesal) a la que podía denunciar lo antes señalado, ya que se trataba del Fiscal General de la República; a él sólo pude advertirle sobre las irregularidades en el caso, pero como él lo manifestó en su momento, "necesitaba tener un caso", ya que "la corriente radical del chavismo le estaba exigiendo resultados con autores intelectuales presos" (creo que

su egocentrismo y compromisos políticos lo desviaron de sus funciones como Fiscal General de la República)

Ruego a Dios, que luego de estos señalamientos no se me califique como un Fiscal incómodo dentro de su gestión, porque lo único que deseo es continuar cumpliéndole a ese ser supremo, la Patria, la Institución que usted dirige y mi familia.

En Caracas, a los diecisiete (17) días del mes de marzo de 2008.

Hernando José Contreras Pérez, Fiscal Quincuagésimo Sexto a Nivel Nacional con Competencia Plena.

Al hacerse pública esta carta, Contreras nunca pudo lavar su responsabilidad evidente en el montaje jurídico, a pesar de que alegó no haber hecho la denuncia en el momento preciso en que se cometía la infamia, porque supuestamente quería presenciar los hechos para poder denunciarlos después. Jamás le creí a este sujeto que después huyó a Estados Unidos donde recibió asilo político.

Frente a los infames

Al mea culpa del fiscal Hernando Contreras le siguió el del propio Testigo Estrella, Giovanny Vásquez. El delincuente que me había acusado de planificar el crimen de Danilo Anderson, le confesaba al mundo entero que todo había sido un montaje. Confesaba que había mentido.

Lejos de la reacción lógica que cualquiera esperaría de mí al sentirme liberada de culpas, mientras veía en la televisión a ese infame declarando, daba golpes descargando mi rabia contra la pared y lloraba amargamente. Enfrentarme a los detalles de cómo me habían destrozado la vida no era fácil para alguien que, como yo, estaba acostumbrada a defenderse.

En una entrevista a la periodista María Angélica Correa, Giovanny relató paso a paso cómo hicieron el montaje que me convirtió por arte de magia en una asesina.

Allí estaba ese hombre, metido en una pantalla de televisión que lo aislaba de mis manos, mientras yo quería hacerle pagar todos y cada uno de los días que había vivido escondida y fuera de mi país.

El Testigo Estrella confesó haber recibido dinero del propio fiscal general Isaías Rodríguez para sostener la acusación que nos involucró en el atentado a Anderson, y manifestó haber aceptado el trato por sugerencia del fiscal Gilberto Landaeta, quien había sido amigo suyo en la infancia. Ciertamente, Isaías Rodríguez le encomendó a Landaeta conseguir una persona sin escrúpulos que se prestara para el macabro plan de destruirles la vida a personas inocentes, sin sufrir cargos de conciencia.

Sin prurito alguno, Vásquez contó cómo Gilberto Landaeta, que se desempeñaba como uno de los fiscales que investigaba la muerte de Anderson, lo llamó a Bogotá a principio del año 2005, y le pidió que se reunieran en Venezuela para explicarle las condiciones de un negocio "hecho a su medida y por el cual habría un dinero importante que podrían repartir".

Días después, Landaeta se encontró con Vásquez en Maracaibo, estado Zulia, Venezuela, en el Hotel El Lago. Allí le hizo entrega del libreto y le dijo:

-Fíjate si te gusta. Todo lo que está ahí es lo que vas a decir, esto es lo que va a decir el testigo.

Vásquez regresó a Bogotá, y después de varios días se comunicó con Landaeta para preguntarle cuánto le pagarían. El fiscal le dijo en principio que quince millones de dólares, pero una negociación posterior con un funcionario a quien Vásquez recuerda como "Miguel", adscrito a la Vicepresidencia de Venezuela, es decir, que trabajaba para José Vicente Rangel, bajó la suma a siete millones.

Finalmente, el Testigo Estrella dijo haber recibido sólo 500.000 dólares. El dinero le fue entregado en la sede del Ministerio del Interior y Justicia por un funcionario de nombre Alexander. Vásquez asegura que la mitad se la entregó a Landaeta en un lavadero de carros.

Como Vásquez había logrado infiltrarse en Colombia en el programa de reinserción de paramilitares, acordó con Landaeta que iría a varios despachos judiciales de Colombia para "denunciar" actividades criminales del Bloque Norte (paramilitares). Ésta era una manera de dejar evidencia de sus visitas para luego declarar, cuando hiciera las acusaciones falsas en Venezuela, que él había alertado a las autoridades colombianas sobre el atentado que tramaban en Venezuela contra Danilo Anderson.

Mientras Giovanny relataba cómo en agosto del 2005, dos meses y medio antes de la orden de detención en mi contra, se sentó con los fiscales a levantar las declaraciones formalmente, corrí al baño de la casa dónde vivía en Miami a vomitar. Desde allí escuchaba aún aquella barbaridad. El testigo contaba sin resumen cómo había firmado varias declaraciones ante los fiscales, quienes cambiaban una y otra vez a los implicados, a su antojo, como si se tratara de un casting televisivo.

Según el libreto que debía seguir Giovanny Vásquez, la primera reunión que habríamos realizado para tramar la muerte de Anderson se realizó en la zona del Darién, en la frontera colombo panameña, en la

finca de un "amigo de las autodefensas" de apellido Urdinola. ¡Dios mío!, el Darién es una zona selvática cuyo acceso es casi imposible por lo tupido de su vegetación. Yo que siempre había sido tan delicada de salud, alérgica a las hormigas, a los mosquitos, al polvo. ¿Qué carajo se suponía que podría estar haciendo en un sitio como ése?? ¡Yo ni siquiera había estado en Panamá, nunca! Y según Giovanny, estuvimos tres días metidos en esa selva conspirando Nelson Mezerhane, Salvador Romaní, un hombre de apellido Pesquera (jefe del buró del FBI en Miami) y otro de apellido Morrison (representante de la CÍA), el paramilitar conocido como Jorge 40, unos ex funcionarios de la policía política venezolana (Disip) y de la policía judicial, Otoniel, Rolando y Juan Bautista Guevara.

A pesar de todo lo que había vivido hasta ese momento, de todo el dolor, las pérdidas, los sufrimientos, no podía creer cuánto oía. Estaba asqueada, llena de rabia. Sentía que el odio que tanto había luchado por erradicar estaba intacto dentro de mí. Aquella basura de hombre, que había manchado la reputación de tanta gente honesta, era capaz de pararse frente a una cámara a contar su historia con una facilidad pasmosa. ¿Cómo iba a hacer yo para perdonar esto?

En el libreto que debía seguir Giovanny estaba contenido que el financiamiento del plan -cuyo costo fue estimado por Jorge 40 en 20 millones de dólares- habría sido acordado en una segunda reunión realizada en enero de 2004, en Miami. En marzo siguiente, supuestamente nos habíamos reunido de nuevo en un apartamento en Maracaibo, ubicado en el sector del Milagro Norte, propiedad de las autodefensas colombianas. Esta vez se sumarían dos generales de las fuerzas armadas venezolanas, uno de apellido Escalante -el que fue salvado a tiempo del juicio por sus estrechos lazos con el gobierno- y otro de nombre Eugenio Añez.

El libreto le exigía a Vásquez de Armas decir que el 15 de marzo del 2004 él recibió en Panamá 10 millones de dólares para la logística, y que los explosivos fueron entregados -por instrucciones de Jorge 40- en un bohío de Paraguachón, en La Guajira, y recogidos allí en una camioneta de la empresa Marshal Security, propiedad de Salvador Romaní.

Allí, Jorge 40 descartaría que el atentado contra Danilo Anderson

fuera obra de sicarios, y habría dicho que era mucho mejor capacitar a algunas personas para poner explosivos en el chasis del vehículo de la víctima.

Como Vásquez fue instruido para decir que actuaba en doble condición de jefe de logística de las autodefensas y como informante del DAS, su versión tuvo un aliño importante: que Jorge Noguera, entonces director del DAS colombiano, y sus funcionarios en la Costa, no habían hecho nada por evitar que el explosivo llegara a su destino. Luego Vásquez declararía que el DAS quiso asesinarlo cerca del Cabo de la Vela en Medellín, Colombia, y que por eso huyó a Venezuela.

En la misma entrevista, Giovanny relató que comprobó que Isaías Rodríguez estaba enterado, pues el Fiscal le dijo que ya todo estaba cuadrado: "Hay una persona que te va a dar todo el material que necesitas", -le habría dicho Isaías.

Al testigo falso le entregaron fotos de todas las personas a las que debía acusar para que no tuviera problemas al momento de describirlas e identificarlas en el juicio.

Una de las partes que más me indignó de la confesión de Vásquez, fue la relacionada con el Vicepresidente José Vicente Rangel, el siniestro personaje que había llamado a mi papá para asegurarle que no estaba de acuerdo con lo que me estaban haciendo. Giovanny dijo que sus interlocutores le pidieron siempre que estuviera tranquilo, porque José Vicente Rangel estaba al tanto de todo.

Después de haber declarado en la Fiscalía, a Giovanny Vásquez lo trasladaron en aviones de la Armada Venezolana a La Orchila, una isla en Venezuela que se usa como sitio de descanso para los presidentes y que además funciona como Base Naval. El testigo estrella aseguró en esa entrevista que en dicha isla habló con el propio presidente Hugo Chávez, y que éste le dio las gracias por haber colaborado con la justicia y el esclarecimiento del crimen de Danilo.

Para probar que sí decía la verdad, Vásquez le mostró a la periodista fotos del avión que lo trasladó, de la casa presidencial y sus recorridos por

el lugar.

Por supuesto, antes de terminar de transmitirse la entrevista, ya mis teléfonos se reventaban. Pero me negué a atender a nadie hasta calmar la rabia que no me dejaba pensar. Un golpe aún más duro me esperaba después, al enterarme de que la entrevista había sido hecha dos años antes y que esta periodista, María Angélica Correa, la había ocultado. Ésta argumentó que había llegado a un acuerdo con el delincuente Giovanny Vásquez, y después de hacerle la entrevista se vio obligada a entregarle la cinta con la grabación.

La excusa de la periodista María Angélica Correa no era válida para mí, pues ella había guardado durante dos años una información que era fundamental para que no quedaran dudas de mi inocencia. Durante dos años, con su silencio, ella se había hecho cómplice de aquella barbaridad.

La inutilidad de la palabra perdón

Uno de los testigos que la Fiscalía había usado para señalarme era un taxista llamado Fernando de Jesús Moreno Palmar.

Después de la confesión de Giovanny Vásquez, le tocó a Moreno Palmar retractarse y, públicamente, aseguró haber sido obligado a decir que me había visto en una reunión, junto a otras personas para planificar el asesinato de Anderson.

Mientras lo veía en televisión relatando los detalles de cómo lo obligaron a acusarme, le pedía a Dios que me ayudara a erradicar el resentimiento contra quienes habían tramado la infamia que había cambiado mi vida y la de mi hija.

-"Yo nunca vi a esas personas, -dijo Moreno Palmar- no los conozco y si en algún momento los mencioné que me perdonen, tienen que ponerse en mi lugar".

¿Perdón? Me preguntaba si con esa palabra él borraría el daño que me había hecho con su testimonio.

Moreno Palmar dijo que las declaraciones que ofreció fueron grabadas con una cámara y un grabador de voz, e indicó que las personas que lo habían capturado le dijeron que si cambiaba esas confesiones le iba a ir peor.

El taxista aseguraba que se había visto obligado a mentir y dio los detalles de cómo, supuestamente, lo habían presionado:

-Fui a recoger a mis hijos en Paraguaipoa donde vivo, cuando una camioneta Cherokee Roja se paró frente a mi auto y dos personas me encañonaron, me obligaron a bajarme del carro y me llevaron con ellos hasta la sede de la Disip en Maracaibo. Me maltrataron todo el tiempo que estuve capturado. Me colocaron esposas y un pasamontañas. Me pusieron enfrente a Giovanny Vásquez quien me dijo lo que tenía que declarar para que me dejaran en paz: Que estábamos en una reunión en el edificio (...) tú estabas abajo conmigo y llegó una señora que yo te dije que era

Patricia Poleo vestida de gris. Eso es lo que tú tienes que decir, no te van a molestar más, no te van a maltratar. Eso es lo que ellos quieren escuchar. Más nada ".

¡Vestida de gris! ¡Ja! El montaje era tan burdo que si había un color que no usaba para vestirme era precisamente el gris. Si al menos hubieran inventado que iba de rosado, mi color predilecto, tendría alguna lógica.

- "Me llevaron a la Disip un día martes de noviembre del año 2005" -reconoció Palmar. "Preguntas y preguntas y les dije lo que querían escuchar, que había visto a Patricia Poleo y me dejaron tranquilo" -añadió el taxista.

¿Cómo podía dormir ese infame en paz?

Aunque yo estaba clara en que toda la acusación en mi contra había sido un montaje, escuchar los detalles de boca de uno de los que me señaló sin ni siquiera conocerme, me llenó de tal ira que tomé mi cartera y tuve el impulso de irme hasta el aeropuerto para montarme en un avión hacia Venezuela. Llamé a Negar, mi abogado, y me tranquilizó diciéndome que había que esperar para saber qué ocurría con el expediente después de las confesiones de Giovanny y de Moreno Palmar.

-Después de todo lo que has pasado no vas a venir a que te metan presa. Piensa en Germania -me dijo.

Ruindad contra una menor

Definitivamente, Negar tenía razón. A pesar de que ya toda la trama montada por el Gobierno para incriminarme estaba develada, la fiscal Luisa Ortega Díaz, que sustituía a Isaías Rodríguez, se hizo cómplice al no tomar las medidas pertinentes. Los Guevara continuaron presos y yo en el exilio.

A pesar de que ya mi inocencia en el crimen de Anderson estaba más que probada, en el 2008, dos años después de haber solicitado el Asilo Político no me lo habían otorgado. Aunque estaba legal en los Estados Unidos porque aún no recibía respuesta, no podía salir del país y mi situación estaba en el limbo.

A dos años de haber salido de Venezuela, me sentía agradecida porque estaba en un país que me había protegido a mí y a mi hija, quien ya se había adaptado a nuestra realidad. Tenía la libertad de expresarme a través de mi columna en el diario El Nuevo País, en el cual había develado casos vitales, como la extracción de uranio (elemento vital para la fabricación de bombas atómicas) de Venezuela a Irán, el escandaloso caso de la comida putrefacta que el Gobierno había importado y pagado a sobreprecios a través de Pedeval, además de las compras de equipos militares y la situación interna de la Fuerza Armada.

Había demostrado que la decisión de no entregarme había sido la correcta, pues el trabajo que había hecho desde el exilio jamás hubiera podido realizarlo desde la cárcel.

Pero ningún éxito periodístico podía compararse con haberme dado a mí misma la oportunidad de ver crecer a mi hija.

Sin duda, el Gobierno que no había podido derrotarme con el montaje del Caso Anderson, seguiría intentando por todos los medios desmoralizarme.

Y en agosto del 2008 casi lo logra.

Haciendo uso de las técnicas de laboratorio sucio propias de las

dictaduras, el Régimen "colgó" en Internet las fotos de una prostituta joven en pleno acto sexual con dos hombres al mismo tiempo bajo el título "Ésta es la hija de Patricia Poleo".

El correo con las imágenes pornográficas fue difundido a millones de direcciones electrónicas, y en apenas unos días mis correos estaban inundados de mensajes sobre el tema.

Aunque intentaba que no me afectara, el Régimen había logrado que personas que conocían a mi hija personalmente, llegaran a dudar de que la joven (quien además se notaba drogada en las fotos), fuera mi hija.

Las imágenes estaban fechadas en el 2003, cuando mi hija tenía apenas 9 años, y en el momento en que rodaron masivamente los correos apenas tenía 13. La prostituta de las fotografías aparentaba al menos unos 20 años. ¡Cómo podía creer alguien que se trataba de Germania!

Por varios días sentí que no había sido capaz de proteger a mi hija a pesar de haberla sacado del país, y creer que estaba a buen resguardo en Estados Unidos. Y no sabía qué hacer para que ella no se afectara con lo que estaba ocurriendo. ¿Pero cómo alejarla de Internet? ¿Cómo evitar que alguien la llamara desde Venezuela para hablarle de lo que estaba ocurriendo?

Sin explicarle las razones, inventé un viaje a Orlando y le impedí llevar con ella su laptop, aunque sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que ella se enterara de lo que estaba pasando.

En Orlando nos alojamos en la casa de Rafael Palacio, un entrañable amigo de la universidad que dirigía el periódico en español más importante de esa ciudad.

Rafael había sido mi amigo y confidente hacía más de 20 años. En Venezuela había trabajado en empresas muy importantes. Le pedí consejo acerca de responder en los medios sobre el abuso infantil del que estaba siendo objeto mi hija por parte del Gobierno, y Rafael me recomendó no hacerlo:

-Por experiencia te digo que ese tipo de cosas es mejor no responderlas. Eso pasará. Te acordarás de mí que pasará.

Durante dos días, intenté distraer a Germania hasta que decidí decirle yo misma lo que estaba ocurriendo, pues sabía que de un momento a otro alguien le tocaría el tema.

Sentadas en la sala de la casa de Rafael, con mi laptop sobre las piernas, le conté a Germania lo que estaba pasando. Me pidió entonces ver las fotos y con una rápida mirada le consulté a Rafael su opinión si debía mostrárselas. Mi amigo me hizo un gesto expresándome "Si no se las muestras tú lo hará otra persona".

Abrí uno de los centenares de correos electrónicos que me habían llegado con las fotos. Germania me quitó la laptop de las piernas y empezó a abrir ella misma una por una todas las imágenes.

Cuando terminó, riéndose a carcajadas, mi hija me dio una de las lecciones de fortaleza más importantes de mi vida:

-¡Ah... bueno... mamá! Por lo menos escogieron una mujer más o menos bonita.

Cerró el correo y pasó la página sin que esa afrenta hubiera hecho mella en su alma.

Cerrando ciclos

El 31 de diciembre del 2008, mientras esperaba junto a mi familia del exilio que terminara el año, y entrara el Año Nuevo, tuve la sensación de que había cerrado varios ciclos en mi vida.

La relación con Flavio había terminado definitivamente y quedamos como amigos. La vida me regalaría dos años más tarde la oportunidad de conocer el verdadero amor que resiste todas las pruebas y distancias.

Otro ciclo vital que cerré, fue el de la esperanza de que se hiciera justicia en mi caso. El año que estaba terminando arrojó las pruebas vivas necesarias para disipar cualquier duda acerca de mi participación en el crimen de Danilo Anderson, y a pesar de ello, el Gobierno de Hugo Chávez sostenía la acusación en mi contra.

Eso me hizo entender que no sería posible mi regreso mientras Hugo Chávez fuera Presidente, de manera que debía alejar de mi cabeza cualquier idea de volver a Venezuela. Por primera vez estimé la idea de vender mi casa por la que había trabajado tanto, y mudar a Estados Unidos las pertenencias que no quería perder.

Se cerraba un ciclo, y definitivamente se abría otro en mi vida.

XII

LA MUERTE TOCA A LA PUERTA

Interpol trae el Asilo

Llegó el año 2009 y ya mi hija y yo contábamos 3 años fuera de Venezuela.

A pesar del tiempo, mi rutina forzada por el propio oficio del periodismo siguió girando alrededor de los temas de mi país. Me acostumbré a vivir en una especie de burbuja que me aislaba de cualquier cosa que significara echar raíces en Estados Unidos: Ni parejas, ni trabajos, ni amigos que extrañar cuando me fuera. Ni siquiera el idioma.

El círculo de amistades que me rodeaba tenía el vínculo de la lucha que seguíamos teniendo por volver a un país libre, pero a lo que sí tuve que darle entrada fue a la asimilación del sistema organizado que impera en este país, donde el cumplimiento estricto de las leyes garantiza que todo funcione correctamente. Me había costado muchas multas de tránsito, pero finalmente aprendí a vivir ordenadamente.

Cada día, al revisar el buzón del correo, un servicio eficiente a través del cual se hacen todas las gestiones, pagos, etc, me pregunto cómo haré cuando regrese a Venezuela para vivir sin este óptimo recurso. Cuando algún funcionario comete algún atropello en mi presencia, he podido defender mis derechos o el derecho de la tercera persona que ha sido atropellada. En este país he aprendido realmente a cumplir y que el Estado a cambio me cumpla.

Aún a comienzos del 2009, a tres años de haber hecho mi solicitud de asilo, no me había llegado la respuesta. Nunca lo negaron pero tampoco lo aprobaban.

En el 2008 se me atravesó uno de esos ángeles de la guarda que suelo tropezarme en la vida. Alexandre Rangel, un abogado venezolano que ejerce la materia de Inmigración en La Florida, me contactó para que sirviera de experta en un juicio de asilo. Al enterarse de que yo nunca había recibido respuesta de mi solicitud, Alexandre se sorprendió y me pidió asumir mi caso sin cobrarme honorarios. Yo en el fondo agradecía en silencio que no me hubiera llegado el asilo, pues una vez que me fuera aprobado ya no podría ir más a Venezuela.

Al solicitar información, mi asilo aparecía como "pendiente". Alexandre decidió presentarse en Inmigración, y la funcionaría que llevaba mi caso pidió una "actualización" de la persecución política en mi contra.

Eso requirió volver a recabar las pruebas que demostraran que el gobierno de Hugo Chávez continuaba persiguiéndome.

A pesar de la gestión realizada por Alexandre, un año después yo no había recibido aún el asilo.

Un día de agosto del 2009 estaba rendida con Germania, que estaba de vacaciones de verano cuando a las 8 de la mañana recibí una llamada de mi hermano mayor, Alejandro.

-¿Estás despierta? -me dijo.

-Más o menos, ¿qué pasó? -le respondí somnolienta.

-Un juez pidió tu requisitoria ante Interpol por una demanda de Ricardo Fernández Berrueco -me informó.

Ricardo Fernández Berrueco era un empresario chavista, a quien el Gobierno le había entregado todos los contratos de distribución de alimentos en Venezuela. Yo había publicado varios trabajos de investigación en los que detallaba los negocios irregulares de este sujeto y sus dos hermanos, quienes habían comenzado como modestos transportistas y habían amasado una fortuna injustificable.

Germania me escuchó hablando con mi hermano y me preguntó:

-Mamá, ¿eso quiere decir que te van a venir a detener aquí? ¿Y ahora para dónde nos iremos?

Traté de tranquilizarla en vano, pero yo misma no sabía qué repercusión tendría aquello, pues aún no contaba con el asilo que me protegiera.

Inmediatamente llamé a mi abogado Negar Granado, quien ya estaba informado del caso. El juez que hizo la solicitud de mi captura ante Interpol era Alí Paredes, un ex policía que había sido despedido del Cuerpo para el que trabajaba por ajusticiar a unos detenidos.

Pero lo más insólito del caso es que el abogado que me acusaba en nombre de Ricardo Fernández Berrueco era Reinaldo Gadea Pérez, el mismo que estando yo escondida pretendió cobrarle una cantidad millonaria a Eligio Cedeño para defenderme.

Esa misma mañana me reuní con un funcionario del FBI que conocía, para contarle lo de Interpol, y él me tranquilizó aclarándome que Estados Unidos jamás me entregaría a un Gobierno que me había perseguido.

A la semana recibí una llamada de mi abogado de inmigración, Alexandre Rangel, quien me informó que el Gobierno de Estados Unidos me había concedido finalmente el asilo político.

Ricardo Fernández Berrueco, en cambio, cayó preso en noviembre del 2009 ratificándose con este hecho todas las denuncias que yo había publicado en su contra.

10 de diciembre

El 10 de diciembre se había convertido para mí en una fecha simbólica para la persecución política, y coincidencialmente, es el Día Internacional de los Derechos Humanos.

En el orden en que ocurrieron los hechos, un 10 de diciembre (2003), el teniente José Antonio Colina llegó a Estados Unidos y pidió asilo. Un 10 de diciembre (2005) llegué a Miami donde años después recibí asilo político. Y el 10 de diciembre del 2009, después de casi tres años en prisión fue dejado en libertad Eligio Cedeño, quien se trasladó a Estados Unidos donde después de un juicio en la Corte le fue otorgado asilo en el año 2011.

Pero ese mismo 10 de diciembre del 2009 cuando Eligio fue dejado en libertad, el propio Hugo Chávez -en una evidente injerencia en el Poder Judicial- ordenó detener y condenar a 30 años de cárcel a la juez María de Lourdes Afiuni, quien le concedió la libertad a Cedeño. El juez que se encarga de ejecutar la sentencia ordenada por Chávez es el mismo Alí Paredes, quien solicitó mi captura ante Interpol.

El día más triste

Las llamadas muy temprano en la mañana siempre han sido de malos augurios para mí.

Así lo sentí en mi pecho el 9 de febrero del 2010 cuando repicó mi celular a las 7 de la mañana.

-¿Cómo estás? ¿Ya te enteraste? -era José Antonio Colina.

-¡No! ¡Estaba dormida! ¿Qué pasó? -esperaba cualquier cosa, cualquier noticia, menos la que estaba a punto de darme.

-Es Gastón... el papá de tu hija. Me dijo tratando de darse fuerza a sí mismo para darme la noticia.

-¿Qué pasó? ¿Qué le pasó a Gastón?

-Bueno... anoche unos hombres se metieron en su casa... y le dieron unas puñaladas.

-¡No! Pero... ¿qué pasó? ¿Está vivo, verdad? -le pregunté con la esperanza de que su respuesta fuera afirmativa.

-No... aparentemente lo mataron.

Aquello no podía ser verdad. Cerré el teléfono y marqué inmediatamente el número de la abuela de Germania en Caracas y me atendió Gustavo, el hermano mayor de Gastón.

-Gustavo... ¿Qué pasó..?

-Una desgracia... -mataron a Gastón.

Gustavo me relató que la noche anterior Gastón había sido sorprendido por dos hombres que lo esperaron dentro de su casa, en la isla de Margarita en Venezuela, y lo mataron a puñaladas.

Un fuerte dolor se me enquistó en el pecho y no pude controlar el llanto. ¿Cómo le diría esto a Germania? ¿Cómo se le decía a una niña de

apenas 15 años que su papá se había muerto y de esa manera?

Ya mi hija estaba en el colegio pero yo no podía esperar a que regresara para hablar con ella. Temía que alguien se me adelantara y yo no estuviera allí para consolarla.

Moncho Terra, el amigo que me había sacado de Venezuela, estaba de visita en Miami y se alojaba muy cerca de mi casa. Lo llamé, le di la noticia y le pedí que me buscara.

Me vestí rápidamente y cuando Moncho llegó salimos hacia la casa de mi papá que, para ese momento, también perseguido por el gobierno de Hugo Chávez, se había mudado a Miami, a unas cuadras de mi casa.

Toqué la puerta muchas veces pero mi papá no me escuchaba pues estaba durmiendo. Abrí con el juego de llaves que él me había entregado para las emergencias y lo desperté.

Apenas lo vi estallé en una crisis de nervios. Mi papá me dio una pastilla para calmarme pero yo sólo quería buscar a mi hija.

En el camino al colegio, pensé en todo lo que había hecho para proteger a mi hija desde que nació, pero nadie me había preparado para esta circunstancia. Imaginé una decena de formas de darle la noticia, pero no me sentía capaz de pararme frente a ella a darle un golpe tan duro. Le di gracias a Dios porque mi papá estuviera conmigo para enfrentar esta trampa que me había puesto la vida.

Mientras mi papá manejaba, yo iba en silencio recordando que la última vez que Gastón había viajado a Miami a visitar a Germania me había insistido, en varias oportunidades, que me sentara con él para hacer una lista de sus bienes "por si me pasa algo". Yo me negué reiteradamente respondiéndole en broma: -¿Qué te va a pasar a ti? hierba mala nunca muere.

Durante los casi dos meses que pasó en Miami, su papá le reclamaba a Germania por algunas conductas típicas de la adolescencia diciéndole:

-Menos mal que eso es por la edad... tendremos que esperar que

tengas 18 años para que vuelvas a ser simpática.

Pero Gastón nunca vería a su única hija cumplir 18 años. No la vería graduarse, casarse y tener hijos.

Mi papá me aconsejó antes de hablar con Germania que solicitara hablar con un sicólogo del colegio, pues seguramente ellos manejaban mejor que nosotros las estrategias en estos casos, y así lo intentamos.

Cuando le expliqué a la consejera escolar lo que estaba ocurriendo, me impresionó la frialdad de aquella mujer, y entonces deseé no haber salido nunca de mi país, pues si mi hija hubiera estado en su colegio religioso al ocurrir algo tan difícil, yo seguramente habría recibido más apoyo.

Cuando Germania entró en la oficina donde Moncho, mi papá y yo la esperábamos, supo inmediatamente que algo malo ocurría. Con una cara de angustia me preguntó qué estaba pasando y sólo atiné a decirle:

-Bebé...tu papá...

Enseguida mi hija se desmoronó. Se lanzó contra la esquina de la oficina, como queriendo romper aquellas paredes y salir corriendo y cuando quise abrazarla reaccionó con rabia:

-¿Por qué, mamá? ¿Por qué pasan estas cosas? ¡Yo sólo tengo 15 años y ya me quedé sin papá!

Yo simplemente no tenía respuestas. Sólo podía abrazarla y llorar con ella, pero quería salir rápido de ese colegio que se me venía encima.

Mi hija me exigía que le dijera cómo había muerto su papá y yo quería evitarle el dolor. Le respondí que había sido para robarlo pero no quise darle detalles del terrible hecho.

En el carro, de regreso a la casa, mi hija lloraba desconsolada. Se había hecho realidad el sueño recurrente que tenía desde pequeña en el que veía muerto a su papá.

Yo no quería que mi hija fuera a Venezuela al entierro pues yo no podía acompañarla, y así se lo planteé pero tal como yo me lo imaginaba, ella insistió en despedir a su papá.

Una vez en la casa, mi hija se encerró en su cuarto a llorar. Yo a duras penas preparé su viaje a Venezuela aunque me seguía resistiendo a que se fuera. Le arreglé la maleta, y en la tarde la casa se llenó de nuestra familia en el exilio que no nos dejó solas en ningún momento.

En la noche nos acostamos juntas a dormir y, a pesar de que yo había hecho todos los esfuerzos por mantenerme fuerte, estallé en llanto y le confesé a mi hija la angustia que me estaba asfixiando:

-¡Dios mío! ¡Yo no sé si voy a saber hacer las cosas bien de aquí en adelante!

Y mi hija, llorando también, me respondió llena de grandeza.

-Mí papá decía que tú siempre sabías qué hacer. Esa noche no dormí velando el sueño de mi hija. La sentía dando sobresaltos en la cama y sabía que tenía pesadillas. Aún esperaba convencerla en la mañana, de no viajar a Venezuela.

-No, mamá. Tengo que ir. Yo tengo que enterrar a mi papá -me insistió.

Sin duda, ése fue el día más triste de mi vida. En el aeropuerto no pude menos que sentir una profunda ira cuando vi a mi hija totalmente vestida de negro, con su pelo largo recogido en un moño, los ojos hinchados de tanto llorar, caminando erguida, digna y valiente hacia la puerta de salida. La abracé muy fuerte y sólo pude decirle: "Te amo". Sentí entonces que jamás podría perdonar a los responsables de que yo no pudiera acompañar a mi hija, mi niñita, a enterrar a su papá.

Un ejemplo de valentía

Al regresar mi hija del entierro de su papá, me dediqué a ayudarla a superar el dolor. Su alto sentido de responsabilidad no le permitió darse el lujo de perder más días de colegio y se esmeró por no bajar las notas a pesar de que le costaba concentrarse.

Con la ayuda de un orientador avanzamos las dos con la nueva situación, y mi papá le hizo sentir que él estaba ahí y que nunca le faltaría nada a pesar de la ausencia de Gastón.

La valentía con la que enfrentó no sólo la muerte de su papá, sino los problemas de papeleos y sucesiones que vinieron después, era digna de admiración, y pronto entendió que el mejor tributo a Gastón era recordarlo con alegría y tenerlo presente en cada acto de su existencia.

Una vez más pensé en la posibilidad de que mi hija se hubiera quedado sin papá estando yo presa y agradecí nuevamente a Dios por haberme dado la opción del exilio.

La corta vida de mi hija no ha sido fácil, pero definitivamente ella ha sabido convertir las adversidades en logros, en avances, en éxitos.

Pactos con el Diablo

Habían transcurrido apenas 10 días de la muerte del padre de mi hija cuando recibí un sacudón que me sacó de la tristeza en que había caído.

Alberto Federico Ravell, socio minoritario del canal de noticias Globovisión del que también era propietario Nelson Mezerhane, uno de los implicados como autor intelectual de la muerte de Danilo Anderson, dio una rueda de prensa al salir de la directiva del canal.

En sus declaraciones, Ravell reconocía que desde el año 2005 tenía en su poder la confesión en la que el testigo estrella Giovanny Vásquez reconocía haberse prestado para acusarnos falsamente. Y afirmaba que hizo un pacto con el Gobierno para no transmitir dichas declaraciones, a cambio de que le dieran la libertad a Mezerhane, sin importar que esto afectara al resto de los inocentes que habíamos sido señalados, incluyendo a los Guevara que fueron condenados.

Las palabras exactas de Ravell en la rueda de prensa, fueron:

Hay una anécdota muy interesante, porque yo dije que yo para ayudar a Nelson iba a ir a hablar o con el diablo o con mandinga y creo que fui a hablar con el diablo y con mandinga, (porque durante no sé qué día antes de diciembre, antes de que lo soltaran), yo fui a hablar con el Dr. José Vicente Rangel y con el fiscal general de la República, el Dr. Isaías Rodríguez y me presenté en la oficina de José Vicente Rangel con un betacam en la mano y le dije: -Mira, José Vicente, tú sabes que Nelson Mezerhane no tiene nada que ver con el caso Anderson y me repitió:

Sí, yo sé que él no tiene nada que ver, pero él sabe.

Le dije: -Bueno, yo tengo aquí en este cásete las declaraciones de Giovanni Vásquez (que aún no había aparecido en escena declarando) donde echa todo el cuento y esta noche las vamos a transmitir, y me dijo: -Espérate un momentito ¿cómo es eso? Sí, tengo las declaraciones de Giovanni Vásquez.

Bueno, mira, espérate un momentito, déjame llamar a Isaías, tú

cuando salgas de hablar conmigo te acercas a donde Isaías. Yo me ocupo del juez y él se ocupa del Fiscal. Tragué hondo y salí con mi cásete al despacho de Isaías Rodríguez, que me estaba esperando. Subí un piso, me metieron por una puerta secreta y en la entrada me dicen: - Tienes que dejar el cásete para subir a la oficina. Y yo dije: -No, este cásete yo no lo suelto de ninguna manera, si no puedo reunirme no me reúno: pero este cásete yo no lo entrego.

Consultaron y preguntaron, y total que entré a la oficina con el cásete en la mano y le dije lo mismo: -Isaías, aquí tengo el cásete donde Giovanni Vásquez echa todo el cuento y el gobierno va a quedar muy mal. Entonces me dice: -Ya José Vicente me llamó. Tranquilo que todo se va a arreglar. A los pocos días salió en libertad Nelson Mezerhane. O sea, esta historia les demuestra a ustedes cómo funciona la justicia, cómo funciona el país, cómo funcionan los tribunales, cómo funcionan los fiscales.

Descaradamente, Alberto Federico Ravell reconocía que había ocultado una información tan importante, que pudo haber evitado la condena de los Guevara y mi exilio. Pero además desmintió el argumento de la periodista María Angélica Correa, quien aseguró que ella le había entregado el cásete con la entrevista a Giovanny Vásquez, y que por eso no la había transmitido en el momento en que la hizo, sino en el año 2008.

Enterarme de que Ravell había pactado con el Gobierno para ocultar la verdad sólo me ratificó una vez más que salir de Venezuela fue la mejor decisión que tomé, pues dentro de la negociación no les importaría que yo quedará presa, como tampoco les importó la condena de los Guevara.

Al final del camino, el haberse comprometido de esa manera de nada le sirvió a Ravell porque el propio Mezerhane le pidió su salida de Globovisión, y en el año 2010 el Gobierno acusó a Nelson Mezerhane por un delito bancario y éste se vio obligado a abandonar Venezuela y solicitar asilo en Estados Unidos.

XIII

EL MATRIMONIO CONFESIÓN DE AMOR

Encuentro de perseguidos

En marzo del 2010, recibí en mi correo un mensaje de un exiliado político venezolano en Perú, Nixon Moreno, líder del Movimiento-13, cuya historia no se puede resumir en pocas páginas.

Nixon dirigió el Movimiento Estudiantil en Venezuela y, tal como me había ocurrido a mí en el año 2006, lo criminalizaron acusándolo de haber violado a una funcionaría policial en medio de unos disturbios universitarios.

La persecución que se desató en su contra fue feroz, y después de pasar 9 meses en la clandestinidad la mañana del 13 de marzo del 2007, Nixon brincó el muro de la Nunciatura Apostólica, (sede diplomática del Vaticano), y una vez en el jardín pidió asilo político.

A pesar de que la funcionaría policial que lo había acusado de violación reconoció haber mentido, y que Nixon probó que estaba ofreciendo entrevistas a los medios en el momento de la supuesta violación, tras haber sido atendido por una herida de perdigón en la cara, el Gobierno sostuvo la acusación de violación.

Desde Miami, yo seguía todo cuánto ocurría con el caso de Nixon, a quien por supuesto nunca creí culpable, a pesar de que era un joven que provenía de la extrema izquierda y ahora se enfrentaba al Gobierno.

En el 2005, en medio del fragor de las batallas estudiantiles, yo lo había entrevistado por teléfono, en vivo para la radio. Su verbo era encendido y emocionaba no sólo a los estudiantes sino que tenía conmovido al país.

Cuando terminé de entrevistarlo, le comenté a mi productora que había hecho un esfuerzo exitoso en lograr la entrevista, y le dije:

-¡Qué muchacho tan valioso!

Durante dos años, Nixon estuvo encerrado en La Nunciatura, a pesar de que el Estado del Vaticano le había concedido el asilo. La razón es que el gobierno de Hugo Chávez nunca le dio el Salvoconducto necesario.

Nixon tenía las visitas muy restringidas en La Nunciatura, pero una de las personas que iba con frecuencia a visitarlo era Iván Ballesteros, con quien siempre le enviaba mensajes de fortaleza y ánimo que él respondía de igual forma.

Las agresiones contra la sede de La Nunciatura que lo albergaba mantenían en constante peligro a quienes allí trabajaban y habitaban. Después de 8 atentados con granadas y la detonación de una bomba, Nixon decidió salir del lugar para evitar daños a terceros.

En el 2009, Nixon Moreno se fugó de La Nunciatura, y tras un viacrucis atravesando el Amazonas, llegó a Perú a pedir refugio. En Lima se encontraba ya asilado el dirigente sindical, Carlos Ortega y los dirigentes políticos, Manuel Rosales y Eduardo Lapi.

Cuando recibí el correo electrónico de Nixon, dudaba de que se tratara de él, pero me había enviado su contacto directo de Blackberry, por lo que lo agregué. Y sí, se trataba de él.

Me alegré mucho al reiniciar la comunicación con aquel muchacho que yo sabía que había sufrido mucho. A partir de ahí, nos conectábamos diariamente por skype para discutir los temas del país.

El manejo del odio

Comunicarme con Nixon varias veces al día, aunque fuera a través del Blackberry, se había convertido en una necesidad.

Con frecuencia intercambiábamos pasajes de la experiencia que habíamos vivido y cómo la habíamos superado.

Sentí mucho dolor al darme cuenta de que el odio se había alojado en su alma. Yo entendía que todos teníamos razones para odiar, pero sabía también que el odio nos hacía más daño a quienes lo sentíamos.

En un allanamiento que la policía hizo a la casa de sus padres, el 13 de noviembre del 2006, a Rosa, su mamá, le dio un infarto. Los esbirros no le prestaron los auxilios y la dejaron morir. Nixon, que se encontraba escondido entonces, estuvo a punto de cometer la tontería de presentarse en el entierro de su mamá, donde lógicamente decenas de policías lo esperaban para capturarlo.

Mientras conversábamos por skype, o cuando cada mañana nos enviábamos un mensaje dándonos los buenos días, se estrechaban cada vez más nuestros vínculos y la necesidad que teníamos el uno del otro.

Una noche antes de dormirme, Nixon me envió una fotografía del Topo Gigio, un tierno personaje que había llenado los días de mi infancia. Fue la primera vez que sentí que me estaba enamorando de Nixon Moreno, pero me resistí a la idea de establecer una relación con él, no sólo por la distancia que nos separaba, sino porque yo le llevaba 9 años y en mis parámetros eso era impensable.

Día a día, Nixon -quien se había convertido en un ferviente y practicante católico- trabajaba conmigo en el manejo del odio. Fueron los días en los que más presente tuve a la madre dominica María Teresa Sancho, la mentora espiritual de mi adolescencia, que había hecho grandes esfuerzos por enseñarnos el significado de la palabra perdón.

Mi maestra del perdón en la escuela secundaria, la madre María Teresa Sancho, había entrado en mi rebeldía adolescente y la manejaba como nadie. Ante mis arrebatos de rabia por las injusticias, ella sólo me pedía perdonar. Trataba de inculcarme, mientras yo me revolvía como una fiera, que el perdón era lo único que podía aliviar mi alma. Y a mis 14 años me advertía que en el camino tropezaría con injusticias por doquier, y que sólo el perdón me ayudaría a vivir en paz. ¡Cuánta razón tenía! Su ejemplo emblemático era el de Jesucristo, y cada vez que lo mencionaba yo no me imaginaba nunca poder copiar a ese hombre que amó tanto a quienes tan despiadadamente lo persiguieron.

Ahora me enfrentaba como nunca a la necesidad de perdonar, y de lograr que Nixon perdonara. Ambos necesitábamos perdonar y volver a perdonar para poder sobrevivir.

Como otras cosas que ella inculcó en mí, yo llevaba clavada la práctica del perdón en el manual de cristiana que la madre María Teresa me enterró en el alma.

Al encontrarme con Nixon, ambos teníamos un doloroso saldo de pérdidas, de injusticias, de impunidad. A ambos nos unía la duda de mirar hacia atrás y pensar si había servido de algo nuestro amor por el país, y el respeto por nuestra familia.

Rompiendo el hielo

Nunca supe cómo un día a las 4 de la madrugada, conversando por teléfono Nixon y yo nos dijimos "Te Amo": Así comenzaba una historia que nos ponía a ambos en cero en cuanto al amor y a la vida.

Para poder encontrarnos, yo debía viajar a Perú pues Nixon no tenía pasaporte ni visa americana.

Como asilada, yo no podía salir de Estados Unidos sin un Pasaporte de Refugiado que tarda de 3 a 4 meses en tramitarse.

Todos los días revisaba el buzón con ansiedad, aunque sabía que los días necesarios para que llegara el documento no se habían cumplido.

A pesar de que sentía que un vínculo muy fuerte me unía a Nixon, creía que lo nuestro no iba a ser posible. Pensaba también que en el primer encuentro que tuviéramos, la magia creada en los últimos meses por Internet se desvanecería, y que seguiríamos siendo los grandes amigos y compañeros de lucha.

En marzo, producto de las tensiones propias de la atípica relación, tuvimos una pelea y rompimos.

Aunque estaba llena de tristeza, yo esperaba que esto ocurriera en cualquier momento. Pero el 17 de marzo, Día de San Patricio, Nixon intentó reanudar lo nuestro de nuevo, y yo, para asustarlo y alejarlo le dije:

-¡Ok! Vamos a volver. Pero vamos a casarnos...

Para mi sorpresa, Nixon reaccionó inmediatamente:

-¡Hecho! ¡Nos casamos!

Aquello para mí era un juego que yo pensé que se acabaría con nuestro encuentro. Pero me equivoqué.

XIV

INTERPOL RETRASA LA CITA

Un encuentro fugitivo

Finalmente me llegó el pasaporte. Apenas lo saqué de mi buzón de correo, compré por Internet mi pasaje con destino a Lima, para irme dos días después.

Nixon y yo acordamos no avisarle nada a los compañeros venezolanos que estaban en el exilio acerca de que yo viajaría para allá, porque queríamos estar solos.

Con Germania se quedaron Ricky y Colina, y por primera vez en cuatro años yo saldría de Estados Unidos, casualmente hacia Lima, de donde había ingresado la última vez.

Preparé mis maletas rosadas con mucho cuidado, y dejé todo listo en la casa para que no faltara nada durante mi ausencia.

El vuelo duraría casi seis horas, durante las cuales yo sabía que no podría dormir porque tenía mucha ansiedad. Nixon estaría esperándome en el aeropuerto y ya faltaba poco para definir qué pasaría con nuestra relación.

En Miami era plena época de verano, pero en Lima estaba arreciando un invierno crudo y húmedo por lo que al bajarme del avión sentí un escalofrío que no sabía si era por el clima o por los nervios. Eran las 10 de la noche.

La zona de Inmigración del Aeropuerto de Lima era familiar para mí, y todas mis visitas a ese hermoso país habían sido inolvidables. Ésta, sin duda, también lo sería. En el momento de llegar no me imaginaba cuánto.

Con tranquilidad, le entregué al funcionario peruano mi pasaporte de refugiado recién estrenado. Me preguntó entonces si yo no tenía pasaporte venezolano y se lo entregué, advirtiéndole que estaba vencido y que a los perseguidos no nos renovaban los documentos, pues tampoco podíamos entrar a las oficinas consulares.

El hombre metió mis datos en la pantalla y acto seguido se me quedó mirando fijamente. Vino entonces la pregunta:

-¿Usted ha tenido alguna vez problemas con la policía?

-¡Claro! Yo soy una perseguida política en mi país. -Eso se llama tener problemas... -me respondió.

El funcionario se levantó de su silla y me pidió que lo acompañara hasta la oficina de la Policía Nacional de Perú ubicada en el aeropuerto.

Una vez allí le entregó mis documentos a uno de los dos policías, quien después me explicó que había un alerta roja de Interpol en mi contra.

A partir de ese momento, quedaba retenida a las órdenes de la justicia del Perú.

Presa en Perú

Lejos de asustarme, estar presa en la oficina policial del aeropuerto me llenaba de indignación.

Uno de los dos policías me había reconocido como me identifican aún muchos en Perú: La periodista venezolana que ayudó a capturar a Montesinos. Desde el primer momento me trató con sumo respeto.

El otro, en cambio, me decía que lo que procedía era deportarme a Venezuela, el país que me estaba solicitando y que se pondría en contacto con mi embajada.

Yo sabía cuáles eran mis derechos y se los aclaré:

-Mire oficial -le dije con firmeza- mi embajada es la de Estados Unidos porque estoy asilada en ese país, tal como lo especifica el documento que usted tiene en sus manos, así que le exijo que se comunique inmediatamente con ellos.

Mientras tanto, el policía bueno -como lo llamé desde ese momento- me transmitía tranquilidad y me preguntó quién me había ido a buscar al aeropuerto.

-Mi novio, Nixon Moreno, que es un refugiado venezolano en Perú. Él me está esperando.

El policía bueno me prestó su celular para que le comunicara a Nixon lo que estaba ocurriendo.

Apenas me escuchó la voz, Nixon sabía que había ocurrido algo:

-Nixon, me tienen detenida por un alerta de Interpol.

-¡Pero no puede ser! Yo revisé la página de Interpol y tú no aparecías -me indicó.

Efectivamente, una de las cosas que habíamos revisado bien antes de mi viaje, es si yo aparecía en la pantalla de Interpol. Después supimos

que hay una página de Interpol que no es pública, a la que sólo tienen acceso los cuerpos policiales, y allí es donde estaba la ficha en la que aparecía como solicitada.

Nixon me pidió que mantuviera la calma, mientras él se comunicaba con el resto de los exiliados. Le pedí que llamara a Ricky y a Colina en Miami para que ellos advirtieran en Estados Unidos lo que estaba ocurriendo.

A partir de ese momento, me instalé cómodamente en una de las sillas de la oficina de la Policía, porque sabía que aquello podía tardarse muchas horas, y quizás días.

El policía malo insistía en que yo debía ir presa, y que un juez decidiría si me deportaba a Venezuela o me devolvía a Estados Unidos.

-¡Ja, ja! -le dije al escuchar eso- Me va a encantar ver los títulos de los periódicos: "Perú entrega a Chávez a periodista que ayudó a capturar a Montesinos..."

El policía bueno me calmaba y me decía que nada de eso iba a pasar.

Para ese momento habían llevado ya mis maletas rosadas hasta la oficina, y noté que el policía malo las miraba con asombro. Pensé que como yo estaba también vestida de rosado esto seguramente le llamaba la atención.

El policía malo hacía llamadas al tiempo que me amedrentaba, mientras el bueno me hacía señas de que no me preocupara.

El policía bueno sabía que su compañero estaba cometiendo una arbitrariedad, y para calmar los ánimos me dijo:

-Voy a sacarla para que vea por unos minutos a su novio.

La idea me tranquilizaba, pues pensar que había hecho aquel viaje para que me regresaran a Estados Unidos sin haberlo visto me atormentaba.

Un beso vigilado

El policía bueno me acompañó hasta el lugar donde se encontraba Nixon. Mientras caminábamos me dijo que no me preocupara, porque de ninguna forma me entregarían al gobierno de Hugo Chávez.

-Lo peor que puede pasarle es que la manden de vuelta a Estados Unidos -me dijo.

A lo lejos vi la figura de Nixon y sentí que involuntariamente se me congelaban las piernas. No podía avanzar hasta que el policía bueno me dio un empujoncito cariñoso en la espalda.

En segundos estábamos ya frente a frente, y Nixon me abrazó muy fuerte. Ambos lloramos de la alegría. Habían pasado muchos meses, habíamos vivido "toda una vida" y sufrido mil persecuciones pero allí estábamos. Juntos.

Bajo la vigilancia del policía bueno, nos besamos por primera vez. Lo que yo me imaginé que podía ser un encuentro para desencantarnos el uno del otro fue un instante en el que sellamos la relación, y entendimos que no queríamos estar más nunca separados.

Nixon me dijo que ya Manuel Rosales y Carlos Ortega se estaban comunicando con Jorge del Castillo, un congresista peruano que conocía bien cuál era nuestra situación.

El policía bueno calmó a Nixon, que estaba muy nervioso diciéndole que todo iba a estar bien.

Cuando nos separamos, Nixon me gritó:

-¡Patricia, te amo!

Y yo en silencio respondí:

-¡Yo también, mi amor!

Fugitiva en rosa

Antes de entrar nuevamente a la oficina de la policía en el aeropuerto, alquilé un teléfono celular para poder llamar a Miami y además tener comunicación directa con Nixon, sin molestar al policía bueno.

Llamé a mi casa y me atendió Ricky. Le dije que yo me encontraba bien, pero que no le contara a Germania lo que me estaba ocurriendo. Habían pasado muy pocos meses de la muerte de su papá y sabía que imaginarme detenida la desestabilizaría.

También hablé con Colina, quien estaba esperando noticias para, una vez que amaneciera, alertar a mis abogados en Miami sobre lo que me estaba ocurriendo.

En la oficina de la policía, el teléfono no dejaba de sonar. Ya el congresista Del Castillo se había movilizado para impedir que se cometiera una arbitrariedad conmigo.

A pesar de que el policía malo había recibido una llamada de un oficial superior diciéndole que ya se estaba aclarando mi situación, insistía en amedrentarme, diciéndome que de cualquier forma pasaría unos días presa en La Cárcel de El Callao en Lima.

Entonces le dije:

-Dígame de una vez cuántos días son para meter en la maleta pequeña la ropa que necesitaré mientras esté presa...

Mi respuesta desconcertó al policía malo y el bueno me dijo:

-Quédese tranquila que usted no va a ir presa. Vamos a entregarle ahora las maletas a su novio.

Las horas pasaban y no había noticias, pero Nixon me aseguraba que Del Castillo ya se había comunicado con el presidente del Perú, Alan García, para informarle lo que estaba ocurriendo.

Efectivamente, casi a las 3 de la mañana, el policía bueno me anunció que estaba en libertad y que él me acompañaría hasta la salida donde me esperaba Nixon.

El policía malo entonces me pidió disculpas diciéndome:

-Perdone lo malo. Es que yo la veía a usted tan fría, tan tranquila y sus maletas rosadas... Eso es típico de las peores fugitivas.

-¡Fugitiva en Rosa! -me reí divertida. Eso es lo que yo era. Una Fugitiva en Rosa.

Una criminal muy peligrosa

Nixon y yo dormimos abrazados toda la noche. Después de todo lo que habíamos vivido, finalmente se nos permitía estar juntos.

En la mañana nos reímos porque habíamos querido que mi visita a Lima fuera incógnita, y ya lo de mi detención era un escándalo en los medios en Miami, en Caracas y en Lima.

Habíamos tenido que mudarnos de hotel porque los periodistas peruanos, que son unos verdaderos sabuesos, ya sabían que estaba en Lima.

La primera diligencia que hicimos fue investigar qué decía exactamente la ficha de Interpol. Un funcionario de inmigración nos hizo el favor de imprimírnosla y, para nuestro asombro, los datos eran tan falsos como todo el montaje judicial en mi contra.

La foto que mostraba la ficha era un burdo montaje de una reseña policial que nunca existió, pues yo no había estado presa. Decía que yo estaba condenada a 34 años de cárcel por homicidio, pena que no existe en Venezuela, donde la condena máxima es de 30 años, además de que yo no había sido juzgada, mucho menos podía estar condenada.

La frase que más me sorprendió de la ficha fue: "Es miembro de una organización criminal muy peligrosa".

Claro. Ahora entendía al policía malo, quien seguramente creyó que había capturado a una peligrosa delincuente y que eso le garantizaría su ascenso.

Nixon y yo estábamos tratando de proteger al máximo los pocos días que estaríamos juntos, pero no pudimos evitar a la prensa. Entre una entrevista y otra, nos dedicamos a querernos, y a pesar de la diferencia de edad de los mundos tan distintos, parecía que habíamos estado juntos toda la vida. Decidimos entonces que mi siguiente viaje sería para casarnos.

Versiones sobre un amor

En Venezuela había comenzado a correr el rumor de nuestra relación, y ya Nixon y yo no sólo éramos tema en las páginas políticas sino también en las del corazón.

A pesar de que tratamos de proteger nuestra relación intentando no hacerla pública, ya eso era imposible, y para evitar las versiones que podían afectarnos decidí anunciarla en los medios.

Consideré que lo lógico era hacerlo en los programas de mis dos grandes amigos, Marianella Salazar e Iván Ballesteros.

Marianella es una periodista venezolana a quien conocí siendo yo muy niña y había sido mi inspiración, pues rompía el trillado estereotipo de que las mujeres bellas no podían ser inteligentes. Además, Marianella nunca me había abandonado en las difíciles circunstancias que yo he enfrentado.

En cuanto a Iván Ballesteros, más que mi amigo, yo lo consideraba un hermano que se tomaba el tiempo de tomar un avión varias veces al año para visitarme.

En ambos programas anuncié que sí existía una relación sentimental entre Nixon y yo, y que en nuestros planes estaba casarnos a corto plazo.

Aquello fue una especie de bomba informativa en Venezuela, donde muchos llegaron a pensar que nuestro amor no era cierto, y que se trataba de una estrategia política contra el Gobierno.

La relación se consolidaba cada día más, y nos reíamos de todas las versiones que se hacían en los medios. Aprendimos a separar los temas políticos de los sentimentales que sí nos unían, a respetar el espacio profesional de cada uno y a tolerar nuestras diferencias de opinión sobre algunos hechos. Estábamos claros en que lo más importante para ambos era mantenernos unidos, a pesar de todas las adversidades que enfrentábamos.

Las diferencias entre ambos se habían convertido en lazos de unión.

El era el muchacho de provincia que andaba con un morral y yo la muchacha de la ciudad de la maleta rosada con rueditas. Así nos amábamos.

Aunque yo era 9 años mayor que Nixon, y a pesar de que estábamos separados, sentía que con él estaría segura y protegida para siempre.

Contra viento y marea

Para casarnos, Nixon y yo necesitábamos que nuestras partidas de nacimiento fueran validadas por el Gobierno de Venezuela, lo cual parecía imposible dadas nuestras circunstancias.

Sin embargo, logramos que una funcionaría hiciera el trámite arriesgando su puesto de trabajo.

En cada trámite conseguíamos un obstáculo. El Cónsul de Perú en Miami ante quien tenía que validar mis documentos se negaba a hacerlo, porque pretendía que yo los pasara primero por el Consulado de Venezuela en Miami. El diplomático no quería entender que yo no podía pisar el Consulado, porque era una perseguida de ese Gobierno. Pero finalmente accedió a sellar el trámite.

Lo mismo le ocurría a Nixon en Perú. Entre los requisitos que exigía la municipalidad de Breña, ante la cual nos casaríamos, se incluía que los documentos fueran refrendados en la Embajada de Venezuela en Lima. Dadas las circunstancias, Nixon apeló al artículo 25 de la Convención de Refugiados de 1951 para que lo exoneraran de esa obligación.

En Miami, yo sentía la angustia de Nixon, y el agotador esfuerzo que hacía para tener todo listo con el fin de casarnos por el civil.

Con todos los trámites ya logrados, fijamos la fecha de la boda para el 7 de agosto del 2010.

Después del percance que había vivido para entrar a Perú la primera vez, Nixon tenía que avisar a Inmigración que yo viajaría para evitar el proceso ante la Policía de ese país.

Pensando que ya no habría más problemas, yo tenía previsto viajar diez días antes del matrimonio a Lima. Pero me equivoqué. Esta vez el gran obstáculo lo presentó American Airlines, la línea aérea en la que había previsto viajar.

La empleada del counter revisó el pasaporte de refugiado con desconfianza, y me manifestó su duda de que yo pudiera entrar en Perú

con ese documento. Intentando tener paciencia, le dije que revisara que ya yo había entrado anteriormente en Perú con ese pasaporte, pero ella prefirió pasarle el caso a una supervisora, quien casi se convierte en la causante de que yo demandara a la línea aérea.

Identificada con una placa en su solapa que decía "Ana B.", la supervisora me atendió en actitud de que por nada del mundo me permitiría viajar a Perú, si no le presentaba mi pasaporte venezolano.

Los minutos pasaban y la mujer insistía en que en Perú no podría entrar con el Pasaporte de Refugiado.

-Pero, ¿cómo entré entonces anteriormente, señora? -insistí con impotencia- ¡Ahí está el sello con el cual se prueba que ya entré una vez a Perú con ese pasaporte!

La supervisora decía haberse comunicado con un funcionario de inmigración en el Aeropuerto de Lima, que le había ratificado que el Pasaporte de Refugiado no era reconocido en Perú por inmigración.

Aquello parecía una broma de mal gusto. Por teléfono le comuniqué a Nixon el impedimento que me estaba poniendo la línea aérea, y él tomó la previsión de irse hasta el aeropuerto Jorge Chávez de Lima para intentar resolver el asunto desde allá.

Los minutos pasaban, y la supervisora Ana B. me puso entonces una especie de penitencia para permitirme viajar:

-Si una autoridad de inmigración de Perú me envía un fax autorizando ese pasaporte, yo la chequeo -me dijo extendiéndome un papel con el número del fax anotado.

Sin duda Ana B. pensaba que yo jamás lograría eso. Y en un principio yo también lo pensé, porque aún no sabía hasta dónde podía llegar el amor y la determinación de Nixon.

Colina, nuestro cómplice de amor, me había acompañado al aeropuerto y desplegaba todas las estrategias imaginables para calmarme.

Cuando le dije a Nixon lo que aquella mujer pretendía para permitirme viajar, él estaba metido en un taxi en medio de una cola de tránsito terrible. Noté en su voz la desesperación, pero me juró que él lo resolvería.

Una vez en el Aeropuerto de Lima, Nixon fue hasta la oficina de Inmigración dónde localizó a la Directora, a quien le explicó lo que ocurría.

El argumento de Nixon conmovió de tal manera a la funcionaría, que redactó un fax para enviarlo a la intransigente Ana B. en el que no cabían dudas, pues incluso especificó el número exacto de mi pasaporte de Refugiado, el que Ana B. no quería admitir como válido.

Algo que no podré olvidar nunca es la cara de asombro e impotencia con la que Ana B. leyó el fax, y en el último intento para justificar su actitud al entregarme el Boarding Pass, me dijo: Renueve su pasaporte venezolano. Colina me contuvo para que no le diera una cachetada a la empleada de American Airlines, quien casi me hace perder el vuelo que me llevaría directo al matrimonio.

Durante el vuelo intenté descansar, pero la ansiedad no me dejaba. Repasé mentalmente lo que iba en mi equipaje. El vestido que había escogido para casarme, los recuerdos que entregaría a los pocos invitados: unos cuadritos de madera con la imagen de El Señor de Los Milagros (Santo venerado en Perú), que me había hecho Juan Olivares, un artesano venezolano, quien junto a su esposa Norma Reglero formaban parte de esa hermosa familia que me había regalado el exilio.

Pensé en cuánto me había cambiado la vida en tan poco tiempo y, a pesar de la atípica situación, me sentí más segura que nunca del paso que iba a dar: Convertirme en la esposa de Nixon Antonio Moreno Merchán.

Esta vez fui recibida en Lima por autoridades de inmigración y entré sin contratiempos.

A pesar de la imagen de hombre fuerte que había dejado grabada en Venezuela, Nixon era un hombre tierno y lleno de detalles. Ambos nos

habíamos aferrado a la fe religiosa y estábamos de acuerdo en que nuestro matrimonio tenía que estar basado en esos principios, y que el amor estaba por encima de todo. Eso nos cambiaba la vida a ambos, pues ya no podíamos tomar decisiones aisladas sino siempre juntos.

Últimos días de soltería

Los días antes del matrimonio civil los dedicamos a ultimar todos los detalles necesarios. Aún faltaba por entregar unos recaudos en la municipalidad de Breña y hacernos unos exámenes médicos.

Cuando entramos en la sede de la Alcaldía, sentí el aire fraternal de quienes allí trabajaban y que ya no tendríamos más obstáculos para casarnos.

El secretario del alcalde José Antonio Gordillo, quien celebraría la boda civil, era un señor mayor que nos explicó cómo sería la ceremonia. Con casi 5 años que ya tenía viviendo en un país como Estados Unidos, -donde los funcionarios públicos son institucionales, es decir, fríos y distantes- me agradó sentir el calor de ese hombre, quien en medio de la charla que nos daba, se tomó el tiempo para explicarle a Nixon cómo debía tomarme la mano en el momento de ponerme el anillo y las palabras que debía decirme.

Salimos de la municipalidad riéndonos divertidos, pero sobre todo felices. Por fin estaba todo listo para casarnos el 7 de agosto.

La ceremonia

Un amigo peruano nos ofreció su casa para la ceremonia civil y la celebración, que queríamos fuera muy sencilla.

Aunque Nixon no quería separarse ni un instante de mí, le dije que era de mal agüero que me viera vestida antes del matrimonio, y que necesitaba estar tranquila para arreglarme. Lo aceptó a regañadientes.

La ceremonia estaba fijada para las 5 de la tarde. Me di un baño larguísimo en la tina del hotel, y me pregunté y repregunté mil veces si estaba segura del paso que iba a dar.

La respuesta siempre fue "Sí". Sentía que nadie me había amado de la forma en que me lo había demostrado Nixon, y sentía que ya no quería vivir sin él. Teníamos la misma fe, el mismo compromiso con el país, pero sobre todo nos amábamos profundamente como hombre y mujer.

En Lima añoré tener cerca a mi amigo y peluquero Calógero Traamonte, pero estaba resignada a arreglarme yo misma el cabello. Lo adorné con unas perlitas sencillas. Mientras me maquillaba noté que me temblaban las manos. Estaba emocionada y varias veces se me salieron las lágrimas, que me obligaron a lavarme la cara y volverme a maquillar.

Nixon me llamaba cada diez minutos, temeroso de que no fuera a llegar puntual, pero poco antes de las 5 estaba llegando a la casa donde se efectuaría el matrimonio.

A pesar de que era pleno invierno, Nixon y yo tuvimos el regalo de que el sol, que no se deja ver en esa época en Lima, resplandeció esa tarde.

Por unos minutos sentí una profunda tristeza de que ni la familia de Nixon ni la mía estuvieran ahí para acompañarnos, en un momento tan importante en nuestras vidas. Pero sabía que era una consecuencia más de la situación que ambos atravesábamos. En cambio nos acompañaban la mayoría de los venezolanos que habían recibido asilo en el Perú.

José Antonio Gordillo Abad, Alcalde de Breña, un municipio humilde

de Lima, ofició la ceremonia. Los testigos fueron Carlos Ortega, uno de los venezolanos que más ha sufrido la persecución del gobierno de Hugo Chávez y Ángel Delgado, un profesor universitario peruano, amigo entrañable de Nixon, quien para el momento era Regidor de Lima.

El alcalde Gordillo, además de las palabras pautadas para efectuar una boda civil, se dirigió a Nixon y a mí como perseguidos políticos y alabó la lucha que ambos habíamos llevado a cabo por la Democracia en Venezuela.

Como regalo de bodas, le llevé a Nixon unas palabras que leí durante la ceremonia, las cuales encerraban lo que él significaba en mi vida:

Mi Niño Precioso:

¿Cuántas cosas hemos pasado para llegar aquí, a estar frente a frente, sellando un compromiso de vida basado en el amor, en principios de fe, en esperanzas?

Este día, mi amor, no es diferente al día en que sentí por primera vez que no quería apartarme más nunca de tu lado. Fue aquella noche en que me mandaste una foto del Topo Gigio y a mí se me salieron las lágrimas porque sentí que sin habernos rozado nunca, habías entrado en mi alma para no salir de allí jamás. No hay yates, ni viajes, ni ramos de flores, ni joyas que yo haya recibido jamás, que signifiquen en mi historia la imagen del Topo Gigio que tú me regalaste.

En mi vida ha habido lujos, Nixon. Han sobrado los halagos, las adulaciones, las luces, las cámaras. Pero nada me ha hecho tan feliz como el muchacho del morral que se ha dedicado a amar a la muchacha de la maleta rosada de meditas.

Eso somos tú y yo. El amor por encima de la razón, de los estereotipos, de las probabilidades, de las estadísticas. Y ¿cómo no amarnos así, si nacimos para enfrentar lo difícil, pero sobre todo, nacimos para vencer?

Hoy entrego mi soltería, mi libertad, mi independencia, mi

autosuficiencia. Lo entrego todo a cambio de que se acaben los días de frío, que termine el miedo al miedo. Que escampe. Y que seamos dos los que sigamos dando la pelea, con el doble del compromiso, siempre sin odios, cargados de amor.

Te amo. Te amé antes de encontrarnos. La vida que nos ha golpeado tanto, hoy nos sonríe. Ha llegado para nosotros el tiempo perfecto de Dios. Y su mandato divino es que jamás nos separemos. Esa debe ser la lucha que libremos con más valentía. Tú y yo haremos realidad aquello de que la Patria existe donde estemos tú y yo. Así será mi amor hasta que volvamos juntos, tomados de la mano y con un solo corazón a la tierra que nos vio nacer.

Nixon Antonio Moreno Merchán, hoy, yo, Patricia Poleo Brito, en esta tierra peruana que amo profundamente, te condeno a cadena perpetua. A amarnos para siempre. Como sólo tú y yo sabemos hacerlo.

Patricia Poleo Brito
7 de agosto del 2010
Perú.

EPÍLOGO

Escribo este libro en un rincón de La Florida, Estados Unidos, que me recuerda a la casa de la playa frente al mar en Venezuela en la que pasé los mejores días de mi infancia.

A mi lado, leal y tierna, se echa mi mascota del exilio, Pirata a quien le leo cada capítulo como si ella entendiera.

Este libro ha sido una terapia para lograr el perdón, pero al mismo tiempo para dejar un documento que no permita que caiga en el olvido la persecución criminal que en Venezuela ha ejecutado Hugo Chávez, y para mostrarle, a aquellos que nos acusan de estar viviendo un "exilio dorado", la realidad del destierro.

A seis años de mi salida de Venezuela y siete años del asesinato de Danilo Anderson, la injusticia prevalece.

Isaías Rodríguez, el fiscal que encabezó todo el montaje judicial en mi contra, recibió como premio el nombramiento de Embajador en España e Italia, cargo que ejerce actualmente.

Los fiscales Yoraco Bauza, Sonia Buznego y Gilberto Landaeta, fueron expulsados del Ministerio Público pero continúan ejerciendo libremente como abogados en Venezuela.

El fiscal Hernando Contreras, vive exiliado en Estados Unidos.

Giovanny Vásquez desapareció de Venezuela después de confesar que había mentido. Hay quienes aseguran que vive escondido en Panamá.

Los Guevara continúan presos en Venezuela a pesar de que fueron condenados con testimonios falsos.

Aún Interpol me mantiene como una delincuente en alerta roja, con los datos falsos aportados por el Gobierno de Hugo Chávez.

Mi hija Germania ha crecido en Estados Unidos libre y segura, pero

ama a Venezuela por encima de todas las cosas.

Nixon y yo no hemos logrado vivir juntos, pero nuestro amor sigue fuerte y perseverante.

Las maniobras del Gobierno de Hugo Chávez han impedido que se haga justicia por la muerte de Danilo Anderson y que se revele la identidad de los verdaderos responsables de este terrible crimen.

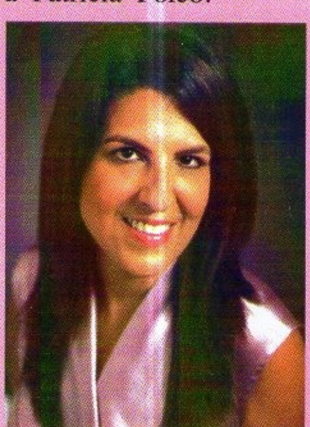
Al concluir este libro, hago votos porque algún día pueda reeditarlo con los verdaderos nombres de los héroes que arriesgaron su vida y su libertad para ayudarme a salir de Venezuela y espero justicia en el tiempo perfecto de Dios.

Miami, noviembre del 2011

Fugitiva en Rosa recoge el testimonio de una de las periodistas de investigación más prestigiosas de Venezuela, Patricia Poleo, a la que el gobierno de Hugo Chávez acusa de un homicidio que no cometió, y que después de estar un tiempo en la clandestinidad sale hacia el exilio en Estados Unidos. Este libro, además, es un documento que quedará para la historia venezolana sobre la persecución política en Venezuela durante el gobierno de Chávez.

La historia contiene elementos de un *thriller* policial, aliñado con pasajes humanos verídicos, escritos con una gran intensidad dramática y una prosa rápida y sin trampas, en la que es imposible no quedar enganchado.

Los hechos objetivos, hábilmente acompañados por una prosa sugerente, caracterizada por narraciones, descripciones, metáforas e ironías propias del mundo literario, sacan a la luz el alma de novelista que le late en la cueva a Patricia Poleo.



Patricia Poleo

Nació en Caracas, Venezuela. En 1987 se graduó de Licenciada en Comunicación Social en la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.

En el año 2001 recibió el Premio Rey de España por su investigación sobre la presencia del prófugo peruano Vladimiro Montesinos en Venezuela. Sobre esa experiencia escribió su primer libro *Tras la huella de Montesinos* (Editorial Planeta Venezuela, año 2001).

Después de múltiples juicios y amenazas por parte del gobierno de Hugo Chávez, la periodista sale al exilio en diciembre del 2005 y se residencia con su hija en Miami, Florida, desde donde continúa publicando en Venezuela sus trabajos de investigación.


$19.99
ISBN 978-0-615-55867-7
51999>
9 780615 558677